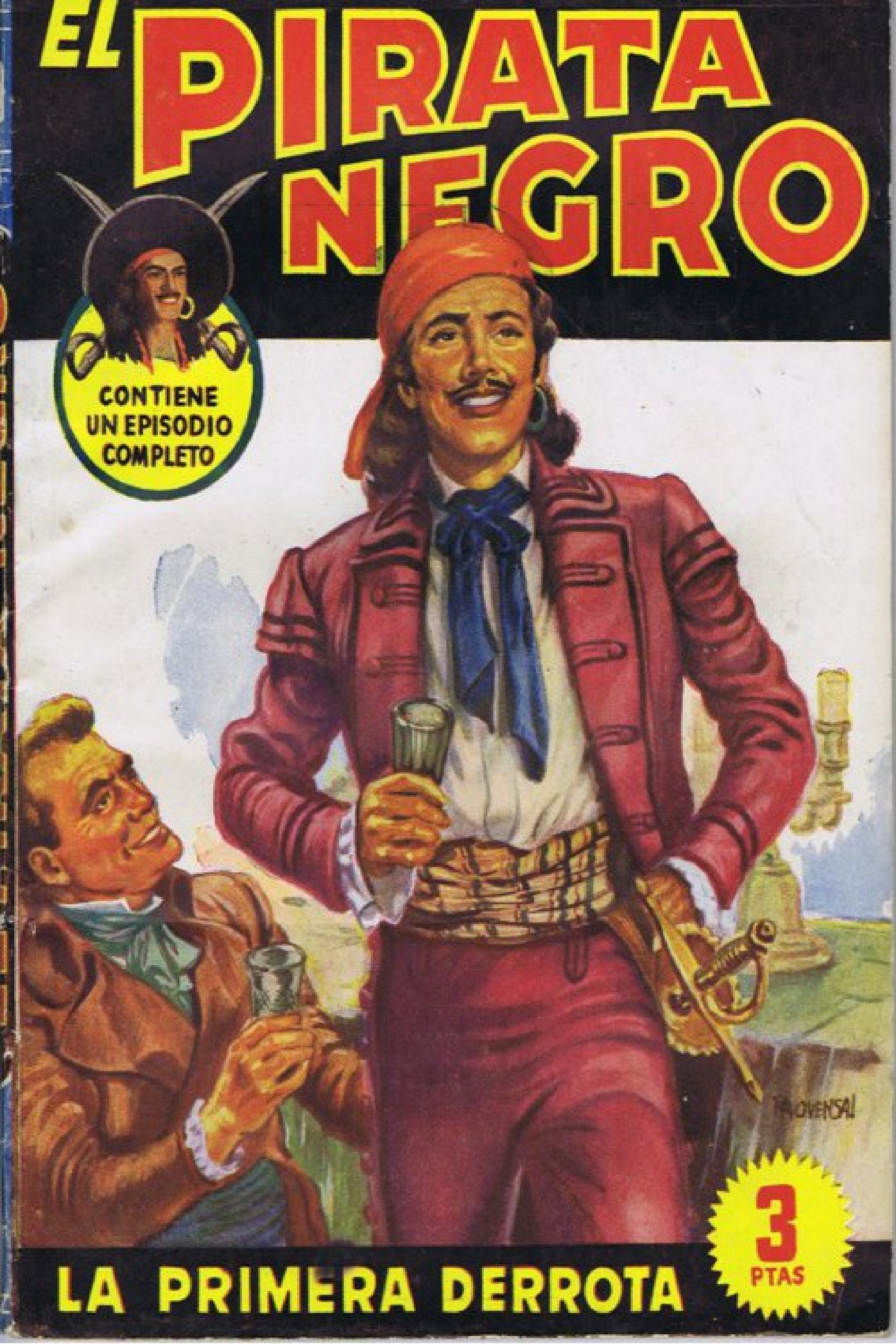
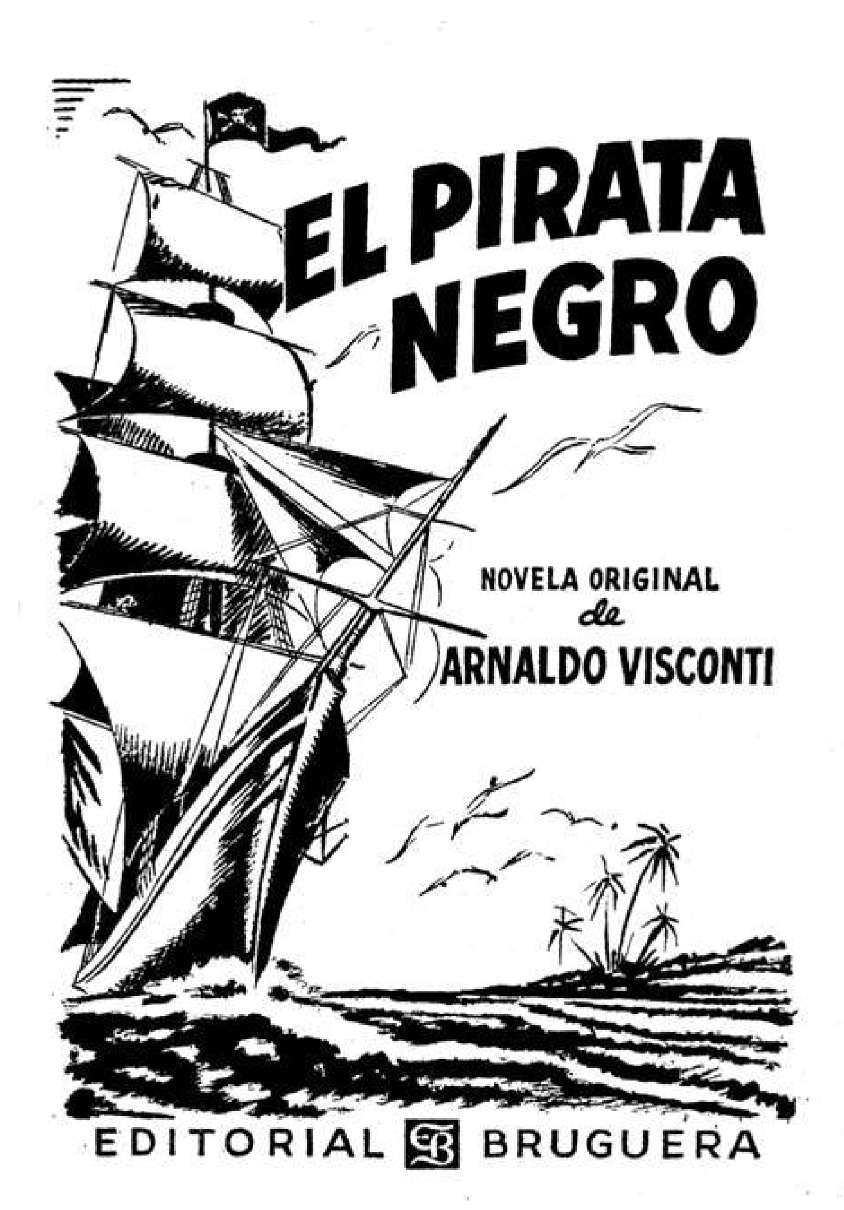

EL PIRATA NEGRO
CONTIENE UN EPISODIO COMPLETO
PROVENSAL
3 PTAS
LA PRIMERA DERROTA


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

La primera derrota

Colección El Pirata Negro n.° 12

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1946


La PRIMERA
DERROTA

PROLOGO

"Aquí yace un valeroso inglés,
filibustero llamado Chester Tramp.
A él y a toda su flota, yo los enterré.
"El Pirata Negro."

Este epitafio rezaba una pancarta de madera clavada contra una gruesa rama de pino hincada verticalmente en un cuadrángulo de tierra recientemente removida.

El mar Caribe bañaba la ribera venezolana, donde Carlos Lezama, el Pirata Negro, acababa de hincar en la tumba de Chester Tramp, la pancarta cuyo texto había trazado con la punta de su puñal.

A media milla de la playa, el "Aquilón" bandeaba levemente, tensas sus velas y rígida la cadena de los dos anclotes.

—Presto esta mi "Aquilón" para reemprender nuevas singladuras donde a la emoción de la lucha pueda añadirse jugosos frutos. Tira del ancla porque también su casco tiene la inquietud que nos posee la inquietud de viajar sin reposo, embriagarse en él embate de las olas, olvidar pasados, yendo en pos de presentes ignorados.—Y el Pirata Negro, en pie sobre un cofre tallado en sándalo, lanzó sonora carcajada.

Los veintitrés piratas que en semicírculo le rodeaban escuchándole atentamente, sonrieron porque "él" reía, aunque la mayor parte de las veces no comprendían el oculto significado de las palabras de su jefe.

—Bravos sois en la pelea, mis valientes, y quizás por eso vuestro caletre es tardo en comprensión. Os podría hablar de que algo llamado alma me roe a veces el pecho, y me desasosiega, pero entre nosotros, para entendernos, hemos suprimido ese molesto roedor.

Hablemos, pues, de las nociones que os son entendibles. El filibustero que acabo de enterrar nos ha obsequiado generosamente con montones de esmeraldas. Somos, pues, bribones enriquecidos, y por más prisa que pongáis en empobreceros no lo lograréis antes de medio año, dado que viváis a lo marqués, o lo que es lo mismo, a lo príncipe pirata.

Pegó un taconazo el Pirata Negro en la cubierta del cofre de sándalo sobre el que estaba en pie.

—De esta panza irán brotando las esmeraldas de Arauca, que bien pesadas serán repartidas en veinticuatro partes iguales. Vendidas en la tienda holandesa de lapidarios de la isla vecina de Curasao, os producirán largos meses de embriaguez. Pero debo advertiros, mis valientes, que la esmeralda es piedra preciosa que atrae muchas supersticiones. Dicen que al ser trocada por onzas sonantes acarrea la desgracia. ¿Os parece que en evitación de futuras desgracias nos hagamos a la mar y hundamos en el seno del Caribe éste peligroso cofre?

Cruzóse de brazos el Pirata Negro lanzando una ojeada circular rebosante de ironía a los rostros de los repentinamente asustados supervivientes del “Aquilón”.

—Me temo que sois un hatajo de asnos que como yo preferís las onzas sonantes con todas sus desgracias futuras, a desperdiciar los placeres que tanta piedra verde nos pueden proporcionar. Por tanto, respirad ya con sosiego, que pronto empezará el pesaje del botín. Pero he decidido no tentar al destino yendo en busca de la peor de las muertes: ¿sabéis cuál es la más horrenda muerte? Aquella del hombre que lacerada su carne y sintiéndose descender a los infiernos, recuerda que en su bolsa queda aún mucha plata que no ha podido disfrutar. Por eso he decidido que durante seis meses, cada uno de nosotros tire por de más le guste, beba cuanto quiera y cuente amores a quien le plazca. En Curasao empezarán esos seis meses de rica holganza. Nos los merecemos. ¿Os complace?

De los veintitrés oyentes, veinte manifestaron su cálida aprobación echando al aire y recogiéndolos varias veces sus chambergos, tricornios y gorros. Sólo tres quedaron inmóviles y ceñudos: “Cien Chirlos”, el lugarteniente del Pirata Negro, “Piernas Largas”, el andaluz, y el negro cubano Tichli. Este Último, por sordomudo, imitaba solamente la expresión de “Cien Chirlos”,

porque, sabedor que el lugarteniente profesaba por su jefe la misma adoración que un salvaje por su fetiche, estimaba que si el espantoso semblante lleno de cicatrices del segundo de a bordo manifestaba descontento, no podía él sonreír.

—Celebro encontrar en vosotros esta total aprobación a mi plan —dijo el Pirata Negro, fingiendo no darse cuenta de la abstención en el general regocijo de "Cien Chirlos” y “Piernas Largas”—. Pero ya que solos estamos tenemos que reconocer que somos un montón de carne sin sesos. Nos hallamos dispuestos a derrochar hasta el último maravedí de todo cuanto obtengamos por la venta de las esmeraldas. ¿Es que somos tan belitres que ignoramos las excelencias de lo que se llama ahorro? ¿No tenemos conciencia de que cuando vienen buenas hay que saber guardar para cuando vengan malas? Predico en desierto... porque no hay convicción en mis propios consejos, ya que yo soy el primer derrochón. Podéis elegir entre ser hormigas que sabiamente atesoran para el invierno o cigarras que durante el verano cantan y al llegar el invierno se mueren de hambre por no haber sabido imitar a la previsora hormiga. Quizá así seamos, porque tenemos la seguridad de que nunca al invierno llegaremos ya que nacimos para morir pronto. Cantad, cigarrones, que “Cien Chirlos” va a empezar la distribución del verde manjar.

El Pirata Negro describió en el aire un acrobático salto en voltereta mortal. Al caer limpiamente sobre la punta de sus botas, los piratas, uno has otro, en fila india, esperaban ya recibir su parte en el pesaje de las cascadas de esmeraldas que “Cien Chirlos”, hoscamente, iba sacando ayudado por “Piernas Largas” y Tichli, del cofre de sándalo y amontonándolas sobre la arena.

Al anochecer, el “Aquilón” zarpaba... Los tripulantes cantaban bravías letrillas improvisadas por los más talentudos en que como “leitmotiv” barajábanse las palabras “vino, mujer y sangre”...

En el castillete de proa paseábase el Pirata Negro... Fueron cesando los cantos; desguarneciose la cubierta, quedando sólo al timón la hercúlea figura del negro Tichli siluetada por la luna, y en lo alto de la cofa el vigía, atento a los cabrilleos plateados del mar...

“Cien Chirlos” y “Piernas Largas” cambiaban en voz baja los resultados de sus hondas meditaciones.

—Medio año, andaluz, sin oírle reír —decía el lugarteniente—.

Medio año en que desaparecerá quién sabe dónde, y yo me moriré de aburrimiento.

—Él tiene algo que nosotros no tenemos, carota—dijo con su desparpajo habitual el de Chiclana—. Eso que le roe el pecho, y que si nosotros sabemos anegar con vino los resquemores, él otra cosa necesita. Quizás vivir por tiempo entre otras personas más finas y que sean más personas. ¿Te das cuenta, cacho de bruto?

—Lo que me doy cuenta es que a

veces me pierdes el respeto, y te voy a meter el puño en el hocico, ¡so lengua larga! Pero ya ves si estaré hecho cisco, que ni ganas de pelea tengo ya...

—Enfermo has de estar, pues, guapetón —resonó a espaldas de ambos, la voz del Pirata Negro—. Porque morder y apuñalar es para ti como la leche para el niño y el bastón para el anciano.

Ambos piratas pusiéronse prestamente en pie, y “Cien Chirlos”, al sonreír, contrajo el semblante en mueca capaz de infundir pavor al más templado de los ánimos.

—No pareció gustaros la idea de que por algunos meses el “Aquilón” no buscará aventura. Mirad aquella redonda faz que parece sonreír con leve y bondadosa burla—y la diestra de Carlos Lezama señaló el disco lunar, brillante en el negro horizonte—. Rezuma tranquila melancolía que inspira sentimientos que no conocéis tales como nostalgia de otro vivir. Hay atracciones que no pueden razonarse: instintos obscuros que nos llevan lejos, errantes, en pos de algo que no podernos definir. Siento, sin poderlo explicar, una llamada imperativa a la que quiero obedecer y por eso es que me voy al civilizado continente europeo. Tú, “Cien Chirlos”, mi hombre de entera confianza has sido siempre. Mandará el “Aquilón” sin orzarlo en empresas combativas. A Francia partiremos tan pronto queden vendidas las piedras de la mala suerte. Desembarcaré, y os haréis de nuevo a la mar. Si cuando seis meses transcurran no me hallase en el sitio en que pondré pie a tierra... tuyo es el “Aquilón”.

CAPITULO PRIMERO

El pabellón del lago

En la parte occidental del bosque de Vincennes, entre frondosa arboleda, se extiende la apacible superficie líquida del lago de Saint-Mandé. El extenso lago artificial de unas veinte hectáreas, contiene dos islas, y en el 1700 se llamaba “el castillo del lago” al edificio señorial hereditario de la familia Saint-Mandé.

El primer Saint-Mandé fué el célebre soldado que amputado de una pierna en guerra contra los ingleses, defendió más tarde contra los mismos enemigos el castillo histórico como plaza fuerte de Vincennes, y al ser invitado a rendirse, replicó con “sprit” de parisino:

—Os rendiré el castillo cuando me devolváis la pierna.

Fué recompensado por el rey con la cesión de un título y de veinte hectáreas de terreno en el bosque de Vincennes, e hízose construir una lago artificial con dos isletas. El rey llevó más lejos su generosidad, y los fondos del Estado sufragaron la edificación de un lindo castillo en una de las islas, que recibió también el nombre del célebre soldado.

En la otra isla, un favorito del rey construyóse un pabellón de reposo, y al casarse con una hija de Saint-Mandé, uniéronse las dos isletas por un puente de esbeltos arcos.

Muchas generaciones de Saint-Mandé fueron sucediéndose, y a principios de 1701, con la muerte del solitario que había adquirido el pabellón de reposo quedó éste en venta.

En el castillo del lago vivían Jean de Saint-Mandé y su esposa Hortensia. Desde los ventanales del edificio eran visibles a lo lejos y en el extremo del bosque los altivos torreones del castillo de Vincennes, convertido desde 1498 en prisión de Estado.

Hortensia de Saint-Mandé salía todas las mañanas a realizar largos paseos a caballo, atravesando la alameda florida que flanqueada por arcos de madera unía los bosques de las dos islas.

Detuvo una mañana su caballo, cuando en el paraje usualmente desierto del pabellón, vió dos jardineros podando las crecidas enredaderas que trepaban por la fachada del recoleto y pequeño edificio.

Dió vuelta a su caballo y a todo galope reemprendió el regreso al puente, entrando poco después en los jardines del castillo del lago. Desmontó entregando sus guantes y fusta al lacayo.

Alta y esbelta, tenía una frágil apariencia engañadora de muñeca. Rubia y bonita, su delicado aspecto femenino era desmentido por la fría y desdeñosa mirada de sus verdes ojos. Casada a los quince años con Jean de Saint-Mandé, al que no amaba, limitándose a soportarlo, Hortensia era la verdadera autoridad en el castillo.

Atravesando los salones del rellano, llegó a la biblioteca particular, donde halló a su marido abstraído en la contemplación de una de las numerosas vitrinas de minerales que formaban su colección.

"¡Dichosos pedruscos!", pensaba muchas veces Hortensia. Pero reconocía con irónica ecuanimidad que, gracias a ellos, su marido tenía la imaginación y las horas de su día constantemente ocupadas.

—¿Sois vos? — preguntó Jean de Saint-Mandé, sin volverse—. Acabo de colocar en mi vitrina de cuarzos, uno magnífico que me han remitido hoy de Calais. Figuráos, querida mía, que son varios ejemplares…

¿Queréis dejar por unos instantes vuestros minerales, Jean? Necesito hablaros.

Jean de Saint-Mandé, si no había heredado las cualidades bélicas de su heroico antepasado, poseía, en cambio, la sanguínea complexión robusta del hombre amante de los placeres de la buena mesa. Sus ojos miopes tenían una bondadosa expresión tras el grueso cristal de sus impertinentes de oro. Miraba siempre con respeto a su esposa; constituía para él un problema difícil conseguir llegar a comprender por qué razones aquella mujer tan bonita e inteligente había consentido en casarse con él, vulgar gentilhombre de campo, rico, pero sin distinción y con quince años más que ella.

—Os escucho atentamente, querida mía.

—Alguien ha adquirido el pabellón de la isleta, Jean. He visto jardineros limpiando los jardines, y en el interior oíanse voces.

—Estaba a la venta, querida mía. Justo es que alguien lo ocupe.

—No comprendéis o no queréis comprender. Os aconsejé que lo comprarais, y me dijisteis que nos bastaba con el castillo para bien vivir. Ved ahora el resultado; ya no podré pasearme sin temor a tropezarme con molestos vecinos. ¡A saber que burgueses enriquecidos serán los adquiridores del pabellón! Debéis, sin tardanza enteraros de quiénes son los vecinos que por vuestra negativa a adquirir el pabellón, voy a verme obligada a soportar.

Durante tres días Jean de Saint-Mandé suspiró resignadamente al no poder satisfacer la curiosidad de su esposa. Sí, sabíase que un nuevo inquilino iba a ocupar el pabellón desierto, y que estaban verificándose operaciones de limpieza, tapizando lujosamente el interior... pero nada más se sabía.

Al cuarto día, Jean de Saint-Mandé vino alborozado a comunicar el resultado de sus gestiones.

—Tranquilizaos, querida mía. No debéis temer griterío de niños ni obesas comadres sin distinción. El pabellón ha sido habitado por un caballero solo. Un capitán español que dicen es profesor de esgrima y se llama Carlos Lezama.

—¿Qué hace un capitán español en Francia?

—¡Oh, bien! Sabréis, querida mía, que los profesores de esgrima, sean italianos franceses o españoles, tienen particular empeño en que se les llame capitanes. De si es o no capitán no puedo responderos, pero que es hombre de armas sí, porque los que trajeron su equipaje, me han contado que hay profusión de floretes, espadas y pistolas en repartidas panoplias.

—¿Habéis cumplido con vuestra obligación?

—¿Mi obligación?—preguntó perplejo Saint-Mandé—. Ah, perdonad. ¿Os referís a invitarle a que nos invite? Es fórmula esa de cortesía, querida mía, que si usual en París, será desconocida en España... y un profesor de esgrima...

—Si pudo comprar el pabellón es hombre adinerado, aunque distinguido no sea. Pero la cortesía es ley social a la que no podemos eludirnos.

—Invitadle, pero... ¿deberé estar presente? Me quedan por

clasificar unos valiosos ejemplares de cinofama recibidos de Nantes y…

—No será precisa vuestra presencia. Sé que preferís quedaros aquí entre vuestros dichosos minerales. Me encargaré, como siempre, de ser yo la que reciba—dijo ella con un suspiro de aparente conformidad.

Un lacayo atravesó el puente portando ornada cartulina.

“Jean de Saint-Mandé y esposa
invitan al señor Carlos Lezama.”

En el jardín delantero del pabellón un individuo alto y de bronceado rostro en el que estaba impreso el sello de una viril energía, entreteníase en leer. La barbilla voluntariosa, hendida en su mitad, completamente rasurada; el fino trazo del bigote negro que sombreaba los labios de roja vitalidad; la nariz breve y aguileña; las cejas arqueadas; las negras pupilas de intenso mirar que examinaron al lacayo que se aproximaba, todos sus rasgos faciales contribuían a dar un fiel retrato de un temperamento apasionado y turbulento.

Cubría sus amplios hombros con un chaleco de seda roja echado negligentemente sobre las espaldas.

Sus largas y musculosas piernas de jinete estaban enfundadas en un ceñido pantalón negro sujeto al talle por una ancha faja de rojo tejido. La camisa de blanca pechera de encajes hacía resaltar su tez obscura.

—Creo que equivocaste el camino— dijo en correcto francés.

—Excusadme, señor, pero venía a entregar una invitación al caballero Charles Lezama.

—Ese soy yo. Pero ni espero invitación ni la deseo.

—Mi señora me…

—Perdona, perdona, muchacho. ¿Dices que tu señora es la que te manda a invitarme? Nada dije y sordo eres. Dame lo que traes—y el Pirata Negro leyó las breves líneas—: “Jean de Saint-Mandé y esposa invitan al señor Carlos Lezama”. Bien, enterado quedo… pero a obscuras permanezco. Toma, buen mozo; esos dos luises para que instruyas a un rústico ignorante como yo, que poco ha viajado. ¿Quiénes son tus señores y por qué me invitan?

—Costumbre es, excelentísimo señor — dijo el lacayo, relucientes los; ojos de satisfacción ante la generosa dádiva del

español—que por ser mis señores los propietarios del castillo del lago, quien ocupe el pabellón pase a visitarlos en cumplimiento de una atención cortés.

—De cortés quiero sentar plaza. Dime, ¿a qué hora debo presentarme en tu castillo del lago?

—La señora de Saint-Mandé tendrá a bien recibir al excelentísimo señor a las cuatro en punto de la tarde.

A las cuatro en punto de la tarde, Hortensia de Saint-Mandé se asomó desde uno de los balcones del primer rellano del castillo. Acababa de oír resonar unos cascos de caballo sobre el patio empedrado, y al pie de la escalinata vio a un jinete cuya negra capa flotaba en el aire tras él, que refrenando bruscamente su caballo y encabritándolo, ponía pie a tierra con soltura casi acrobática.

Contempló la desconocida figura arrogante de Carlos Lezama, estudiándolo desde las altas botas de charol, el pantalón negro ceñido, la rígida casaca del mismo color de elegante y sobrio corte... Erguido el cuello en el coleto rígido de la casaca, el recién llegado abrochábase los guantes de piel negra. Tenía un aspecto orgulloso y dominante, pensó Hortensia de Saint-Mandé.

Instantes después avanzaba al encuentro de Carlos Lezama, quien viéndola llegar tuvo tiempo de percibir la línea suave y grácil del blanco cuello, los redondos hombros satinados, el breve talle que avaloraba el torneado busto, las pálidas manos de frágil muñeca y la naturalidad con la que vestía el distinguido y difícil combinado de sedas y encajes.

—Bienvenido, capitán Lezama. Tenía ya noticias de vuestra presencia en el pabellón.

El Pirata Negro inclinó la desnuda cabeza y besó la mano tendida.

—Demoré el presentaros mis respetan, señora, por carecer de mutuos conocidos que me garantizasen ante vos.

—Me basta como garantía el que me honréis como vecino.

La precedió para pasar al interior y ya en el salón, despojado Lezama de su capa que un lacayo recogió, ocupó un sillón frente a Hortensia.

—He sabido que sois profesor de esgrima y poseéis título de capitán.

El visitante contempló sonriente la irónica expresión de los

verdes ojos de Hortensia.

—Si tales son vuestros informes, pueril en mí sería desmentirlos.

Ella fijóse en la peculiar sonrisa del "vecino”, que exhibía una dentadura blanca y regular, de dientes fuertes. Los dos incisivos tenían una agudeza de carnívoro.

—Recibimos poco mi marido y yo. La corte está lejos de aquí. Por cierto, ya que cité a mi esposo, perdonad su ausencia. Está siempre absorto en su a afición por las piedras raras. ¿Os interesa esa ciencia que llaman Historia Natural?

—Ciencia, muerta, señora. Sólo me gusta, lo que viva y rebulle. Un caballo, un lebrel lanzado en pos de la liebre, el vuelo del águila... en una palabra, todo lo que significa vitalidad...

—Hay quizás un poco de crueldad inconsciente en vuestro concepto de la vitalidad, capitán Lezama. El águila, el lebrel... la persecución de un pobre animal indefenso...

—Nadie está indefenso, señora. La liebre es veloz y sabe huir, y el animal más tímido tiene sus armas.

—He admirado la estampa de vuestro caballo. ¿Árabe?

—Sí, con mezcla de andaluz—y los negros ojos del visitante destellaron animados—. ¿Os gusta la equitación, señora?

—Monto todas las mañanas. ¿Queréis visitar nuestras caballerizas?

—Me proporcionaréis con ello una gran satisfacción, señora.

Tiró Hortensia de un cordón de seda. Presentóse un lacayo.

—¿Una copa de licor, capitán? ¿O preferís una infusión caliente?

—Lo que vos estiméis que mejor sienta a un profesor de esgrima.

Poco después, Hortensia señaló en la bandeja recién traída por el lacayo dos frascos.

—¿Borgoña, Anjou, capitán?

—Ambos son néctar. Más aterciopelado el Anjou, más refrescante el Borgoña. Hombre soy, amante de lo suave; os agradeceré el terciopelo.

Ella le miró mientras bebía. Justipreció la fortaleza viril cuya musculatura no lograba amenguar la blanca camisa de encajes.

—¿Otra copa, capitán? No os neguéis; tengo el presentimiento de que sois buen catador de vinos. Es fama innegable en los caballeros españoles.

Bebió de nuevo Carlos Lezama.

—Dícese, también, que son audaces en sus galanterías. Puedo hablaros así, capitán, ya que soy casada y por añadidura provinciana.

Carlos Lezama captó la intensa ironía de los verdes ojos.

—No hay parisina que pueda poseer la inteligente luz de vuestros ojos, señora, ni toda la delicada armonía de vuestros rasgos. Y así como antes hubiera sido descortés desmentir vuestros informes, también ahora mentiría si no reconociese que estáis bien impuesta de la verdad de los que reputan galante al español. Pero es que ante la Belleza todo hombre sea cual sea su regionalidad, siente deseos de arrodillarse, aunque...

—Decid sin temor, capitán—acució ella al observar la brusca detención de Lezama.

—No era temor, señora, sino recelo de que mal me conceptuarais. Un humilde profesor de esgrima no puede deciros a vos, que si por soberbia de español sólo hinca la rodilla ante las vírgenes, arrodilla en cambio su alma ante la expresión humana de la belleza virginal.

—Tengo otro presentimiento, capitán. Sois fácil en el madrigal y muchos salones habéis frecuentado.

—Los propios en hombre de mi profesión—dijo sonriente el Pirata Negro.

—Es natural. Y ahora, en vista de que mi marido sigue entre sus piedras, ¿queréis visitar nuestras caballerizas?

—Encantado, señora.

Regresando al pabellón Carlos Lezama decíase que Hortensia de Saint-Mandé poseía unos ojos verdes maravillosos, que eran un prodigio de sabia coquetería, y un cutis de sonrosada porcelana.

Pero emitió breve carcajada burlona mientras galopaba en el bosque.

—Tengo el presentimiento, señora —dijo en voz alta al entrar en el jardín del pabellón—, que vos, pese a vuestra apariencia, no leéis trovas pastoriles ni lloráis con los claros de luna.

Hortensia de Saint-Mandé tardó en dormirse. Veía imaginativamente un rostro moreno de ojos atrevidos e indiferentes, y repetíase en silencio retazos de la conversación sostenida con el español en su paseo ante las caballerizas.

“...tenéis un encanto veneciano, señora. Oro veneciano en los

cabellos; misterio de dogaresa en los verdes ojos...”

“No debéis esforzaros, capitán, en sostener conmigo la fama española.”

“Las galanterías suelen ser falsas, señora, pero ante vos el más falaz de los hombres es veraz. Si sois compendio de perfecciones...”

“¿Olvidáis que soy...?”, había ella interrumpido, fingiendo enfado.

“Ya sé. Casada y provinciana. Pero cuando oigo a un caballero repetir constantemente que es jinete, tirador y bailarín, sé que lo desmontan, que no da en un blanco y que tiene pisoteos de elefante.”

“¿Queréis decir con ello...?”, había ella inquirido, altiva.

“Que el hecho de que seáis casada en nada aminora la realidad de que sois una bella dama, y no veo la razón por qué habría de callar lo que tan a los ojos está.”

“Sabéis enmendar hábilmente cuando notáis yerro.”

“Cualidad dé jinete y esgrimista. Pero ahora nada he enmendado.”

“Sí. Vuestra comparación con el caballero fanfarrón quería decir más o menos... que yo también presumo de lo que no soy o de lo que no sé ser.” “‘Lejos de mí tamaña osadía—había sonreído él sarcásticamente—. ¿Quién niega el hecho evidente de que el desconocido señor de Saint-Mandé es vuestro esposo? Pero provinciana, no. París dista cinco minutos, y poseéis todo el cachet y esprit de la inteligente parisina.”

Y la conversación había proseguido como un duelo, a florete. Esgrima de salón..., pero en la fingida indiferencia de Hortensia de Saint-Mandé había dos fallos.

El primero, que no podía ahora reprimir una extraña sensación placentera y una cierta desazón física al recordar el eco de la carcajada, breve y algo brutal, del “capitán español y profesor de esgrima Carlos Lezama”.

Y el segundo fallo era que, si temía a abandonarse a un más pronunciado coqueteo con el nuevo inquilino del pabellón..., era por el temor que experimentaba al pensar en el conde Humbert de Ferblanc.

CAPÍTULO II

Lecciones de esgrima

La fachada posterior del pabellón estaba construida en forma de mirador. El semicírculo de grandes ventanales daba a un paseo que en abanico iba abriéndose hasta el borde del lago, donde una lancha fácilmente manejable servía para atravesar la banda de agua y pisar la avenida de Percy, que conducía al centro de París.

En este mirador, confortablemente amueblado, recibió Carlos Lezama, a la mañana siguiente de su visita al “castillo del Lago”, al único criado cuyos servicios había contratado por cuatro meses. Marcel tenía la obligación de presentarse en el pabellón a las ocho de la mañana y marcharse a las siete de la tarde. Atendía a la limpieza, a servir el desayuno y las dos comidas, e inauguró otro nuevo cometido al anunciar, con ademán de hombre impresionado:

—El señor conde de Ferblanc aguarda en la antesala.

—¿Otra invitación? Creí que sólo tendría un vecino matrimonio, y fué para estar aislado que elegí esta isleta. ¿Qué me desea este señor conde, Marcel?

—Dijome tan sólo que quería veros, señor.

Humbert de Ferblanc entró en el salón. Su elegante porte, sus naturales ademanes de cortesano habituado a mandar, la soberbia altivez de su bello semblante audaz, pregonaban sin palabras que aquel hombre, que rondando los cincuenta presentaba el aspecto de no tener más de treinta años, poseía no sólo inteligencia, sino decisión y viril energía.

—Presumo que tengo el honor de saludar al capitán de espadas señor Carlos Lezama—dijo apenas entró, inclinando levemente la cabeza—. Ante vos, y en visita de cortesía, Humbert de Ferblanc.

—Generosa es la cortesía en París, conde de Ferblanc — dijo el

Pirata Negro, a quien el recién llegado no le resultaba grato por su impertinente altivez—. Dignaos tomar asiento. En todo el bosque de Vincennes creí no ver más domicilios que tres: mi pabellón, el castillo del lago y el castillo famoso que es a la vez prisión de Estado. Me es difícil imaginar que me enorgullezca de contaros por vecino, ya que en mi pabellón no vivís, ni sois huésped del castillo... ni mucho menos os ofenderé suponiéndoos huésped del castillo-prisión de Vincennes.

La patente ironía del Pirata Negro no pasó desapercibida a Ferblanc.

—¿Sois recientemente llegado a París, mi capitán de espadas?

—Quizá. Aclaradme dos dudas. Achacad mis preguntas a ignorancia de español pueblerino no hecho a las modas parisinas. ¿Es moda interrogar a quien profesa el mandamiento de que cada cual conserve sus propios secretos? ¿Es moda llamar “capitán de espadas” a los que compran un pabellón de reposo... para reposar lejos del mundanal ruido?

Los negros ojos del bello Ferblanc chispearon peligrosamente.

—Es capitán de espadas denominación empleada para los que como vos viven..., y viven por lo visto bien, de su profesión de esgrimir. Y si os pregunté el tiempo que llevabais en París, no fué más que por extrañeza ante vuestra ignorancia al no saber quién soy yo.

—Sois Humbert de Ferblanc, conde del mismo nombre. Al menos eso me ha dicho Marcel al anunciaros.

—Entre otras cosas, soy también gobernador de la fortaleza-prisión de Vincennes. Y no toméis a desaire el que os diga que no puedo compartir vuestro mandamiento. Otro de mis cargos es informar al rey como secretario de interna seguridad de quiénes son los extranjeros que nos honran con sus visitas.

—¿Interna seguridad? Es profesión cuyo alcance ignoro.

—Suponed que las calles de París, mal empedradas, estrechas y obscuras, apenas alumbradas por algunas linternas pronto apagadas por malhechores y galantes que a citas acuden, conviertan el tránsito, a partir de las ocho de la noche, en peligrosa aventura. Los libertinos que salen de tabernas asedian las damas que regresan a sus hogares, y muchas veces atacan a los lacayos o a los esposos que las acompañan. Los espadachines, a favor de la obscuridad, dirimen

sus querellas particulares o cumplen con sus tareas pagadas asesinando a maridos importunos, amantes imprudentes o ricos hombres que en morir tardan... demasiado según los herederos.

—Describís bien, señor de Ferblanc —y el Pirata Negro sonrió—. Según se desprende de vuestras palabras, París de noche es, pues, una lúgubre sinfonía donde sólo se mezclan, a los silbidos de los salteadores, los choques de las espadas, las vociferaciones de los ebrios, los lamentos de los infortunados que son asesinados, los gritos de los que piden socorro... Triste paisaje... Pero... ¿a qué me habéis contado tales lastimosas tragedias? ¿Qué relación conmigo pueden tener?

—Su Majestad decidió sanear ese estado de cosas, y su primera medida ha sido nombrarme, conjuntamente con mi cargo de gobernador del castillo de Vincennes, secretario especial encargado de investigar la real personalidad de todos los visitantes extranjeros. Comprended, pues, que, en mi visita y en la infracción de vuestro mandamiento, no hay inoportunidad, sino obligación.

—Ya. Dicho en otras palabras: deseáis saber si a partir de las ocho de la noche pienso apostarme en las esquinas y sopesar las bolsas de los burgueses, o alquilar mi espada a maridos cobardes, y amantes temerosos, y herederos ansiosos.

—No hay tal, no hay tal, mi capitán de espadas. Pero si vuestra profesión es floretear, la mía es investigar. Es de límpidas luces el diamante que cierra vuestro coleto de encajes... Bellísimo y... caro.

—Ganado con la honrada labor justiciera de la punta de mi espada, señor de Ferblanc. Pero no en París.

—Me complace vuestra amable ironía, caballero. ¿Pensáis residir largo tiempo en París?

—¿Le interesa tal nimio detalle a vuestro soberano? Porque tengo una fea costumbre, señor de Ferblanc, y espero no os molestéis si os digo que por todas partes no acato más soberana voluntad... que la mía propia. No os desafío; es simple orgullo de hombre que tiene una conciencia limpia y que ama vivir en paz... si en paz le dejan.

Los dos hombres se observaron por unos instantes, sonrientes, pero con íntimo desagrado.

—¿Me admitiréis un consejo, caballero?

—Consejos de jefe de prisión y perseguidor de maleantes, han de

ser útiles para los presos y los maleantes. Soy hombre libre... y mientras lo contrario no se demuestre, nada tengo de maleante. Pero bajo vuestra elegante peluca lisa creo adivinar la presencia de incipientes canas. Consejos de hombre canoso han de oírse respetuosamente.

—Si decadente anciano queréis llamarme, no os privo de tal placer. En París tenemos un hondo respeto por las leyes del buen gusto.

—También en España... si nos gusta el portavoz de las leyes. Pero no queríais darme un consejo?



—¿No queríais darme un consejo?

—Ayer tarde visitasteis a la señora de Saint-Mandé. Como español quizá consideréis muy parisina a dicha dama.

—Posee unos rubios cabellos de un matiz especial, su garganta es resplandeciente, sus brazos parecen moldeados en divina arcilla hecha de leche y rosas, y sus manos son de una belleza sin par. Esa es la consideración que dicha dama me merece.

—Sabéis apreciar la estética femenina. ¿Habéis observado que los ojos de esta dama son bellos, pero despiden un fuego más libertino que recatado? Su boca es de extrema frescura, pero su sonrisa es más bien desdeñosa y burlona. El conjunto de sus rasgos

demuestra cierta audacia más propia a excitar peligrosa pasión que sólido afecto... legal.

—¿Pertenece a vuestro cargo el ser psicólogo en belleza femenina? Además, ¿no hablasteis de consejos? ¿Por qué citáis inesperadamente a la señora de Saint-Mandé?

—El señor de Saint-Mandé es un sabio absorto que... descuida las atenciones que dama tan linda como su esposa requiere. Vos sois español, y os reputan fácilmente inflamables. Os aconsejo desconfiéis de las damas parisinas; parecen algo muy distinto a lo que realmente son. Todas son honestísimas; sólo que es moda de corte fingir que les encanta el coqueteo.

El Pirata Negro rió, alegremente divertido, aunque irritado.

—¡Peregrinas usanzas estílanse en París! Perdonad a un español pueblerino si os dice que en España es ofender al amigo y a la esposa tomar defensa de honestísima señora. Si no lo es, el marido sabe tomar sus medidas, y si lo es, el marido... apalea al amigo que siéntese defensor inoportuno.

Humbert de Ferblanc levantóse sin prisa. Señaló en los muros las varias panoplias.

—Dadme aliora vos un consejo, aunque canas no tenéis. ¿Es vuestra habilidad en el manejo de estos instrumentos el que os confiere un ligero matiz insolente al hablar?

—Si clases de parisina elegancia de vos he recibido, también puedo devolveros el favor, si lo deseáis, dándoos clases de esgrima.

—Acabáis de demostrar con vuestras palabras que desconocéis en absoluto quién yo soy, mi capitán de espadas. No quiero jactarme al deciros que nunca he desenvainado desde mi duelo con otro célebre maestro de armas... al cual maté. Desde entonces no puedo..., pese a mis canas que no se ven..., aceptar clases de esgrima de nadie. Naturalmente, vos, al ofrecerme clases, es porque presentáis floretes con punta redonda.

—También ofrezco, si me las piden, espadas duelistas sin punta protegida y con dos filos cortantes.

—Tenéis una arrogancia que no me ofende, caballero. Siempre he admirado al hombre que por jactancia es capaz de exponerse a ser malherido.

—La jactancia, ¿en quién está? ¿En vos o en mí?

La conversación desarrollábase en aparente apacibilidad cortés y

sonriente, pero ambos hombres mirábanse en idéntica semejanza: idénticos en negrura desafiante y burlona eran los ojos de Humbert de Ferblanc y de Carlos Lezama.

—No quiero responder a vuestra pregunta, caballero — replicó amablemente Ferblanch—. Para contestación adecuada debería aceptar una de las espadas sin punta redonda que decís ofrecer cuando os las piden...

—Sí... tan sólo cuando las piden.

La breve frase del Pirata Negro rebosaba de insolencia. Humbert de Ferblanc palideció ligeramente y su bello rostro audaz se ensombreció.

—Dadme una, ¿queréis?

Carlos Lezama dirigióse a una panoplia donde entrecruzábanse dos largas y esbeltas espadas de aguda punta y afilados trinchantes. Asiéndolas por las empuñaduras, colocó las hojas de acero bajo el sobaco, presentando los pomos al conde de Ferblanc.

Humbert de Ferblanc aceptó la oferta y blandió en el aire, cimbreándola, la flexible y mortal arma peligrosa.

—Acero toledano. Esmeraldas en la guarda. Arma de caballero. Vedla, mi capitán de armas. Es sinuosa y esbelta; es bella y femenina; hay verde reflejo en sus ojos... de la guarda; es... peligrosa.

—¿Para el que la acaricia o para el que ante ella se presenta?

—Creo más bien que puede matar al que delante de ella se presente.

Ferblanc hablaba con negligencia, agitando en el aire la cimbreante espada; pero el oculto significado amenazador de sus palabras no se escapó al quisquilloso Pirata Negro, que también comprendió las comparaciones entre el acero y la Saint-Mandé.

—A los quince años manejé mi primera espada, señor de Ferblanc. Y conocí la primera mujer... Tengo ya treinta y dos años, y muchas espadas he roto y jirones de alma he dejado en manos blancas de mujer..

—Todas hieren..., la última mata, caballero. Es expresión que podréis leer en los relojes antiguos, y que señala la ruta inexorable de las horas. Aceptad un buen consejo directo, de hombre a hombre: hay un puente entre las dos islas. No lo atraveséis.

—Desde pequeño me reprocharon el hacer siempre lo contrario

de lo que me aconsejaban.

—Pero un azote en las nalgas no es lo mismo, por ejemplo..., que sentir la picadura de esta espada en vuestra garganta. Como amigo de Saint-Mandé, y en evitación de mayores daños, os ruego que abandonéis por completo toda idea equivocada con respecto a la señora de Saint-Mandé. Este caballero entiende mucho de piedras raras, pero desconoce el manejo de las armas... y vos sois capitán de ellas. No quisiera que un sabio ofendido pereciera en defensa de una voluble dama... que es su esposa.

—Si todos los maridos ofendidos muriesen..., ¡qué hecatombe habría en París, señor! Por dicha, los parisinos dicen que son de una resignada sabiduría sensata, y no hay que temer tal mortandad como la que suponéis. ¿No es Saint-Mandé vuestro amigo... y no sigue vivo?

—¿Queréis decir...? — y la espada de Ferblanc vibró junto a su sien.

—Lo que digo y que habéis entendido perfectamente. Hay una dama de verdes ojos que cita con frecuencia su predisposición a los presentimientos. La imito, y presiento, señor, que no vinisteis a verme ni como gobernador de morada vecina, ni como secretario investigador. Vinisteis pura y simplemente por el reflejo de dos esmeraldas tales como las que lucen nuestras respectivas empuñaduras.

—A veces soy insolente, mi capitán de armas, y por eso, quizá, aunque me irrite, admiro la insolencia en los demás. No había ya en París quien conmigo se atreviera a imitarme en impertinencia. ¿Queréis tener la bondad de hablar con toda claridad?

—Es mi manía. Hablar claro me encanta. Vuestras referencias a la señora de Saint-Mandé han pecado de poco galantes. Sin embargo, hombre galante soís. Debo, pues, admitir que tenéis un cierto derecho de propiedad sobre los verdes reflejos de las esmeraldas que son los ojos de Hortensia de Saint-Mandé. Y por eso tanto defendéis a su marido... defendiendo vuestros derechos de amante. ¿Me equivoco al juzgar que es por esta razón que me habéis aconsejado no atravesar el puente?

Humbert de Ferblanc besó la hoja da su acero, y, con los labios aun respirando y empañando la espada, sonrió amablemente.

—¿Persistís, después de estas palabras, caballero Lezama, en

darme una clase de esgrima?

—Más que nunca, señor de Ferblanc. Los discípulos... acalorados íntimamente tienen a veces buenas estocadas.

—Me acaloro difícilmente, mi capitán de armas..., pero poseo un buen surtido de estocadas, que deseo conozcáis. Sería lamentable... que un desdichado accidente os impidiera para siempre jamás atravesar el puente de madera tendido entre las dos islitas.

Carlos Lezama besó a su vez la hoja de su espada. Al estilo duelista francés de Ferblanc, que se puso en guardia doblando tras su espalda el brazo izquierdo, el Pirata Negro hizo la mayor de las provocaciones: dobló su brazo derecho tras la espalda, asiendo con la izquierda el arma.

Humbert de Ferblanc abatió la espada, que ya había trabado el preliminar contacto con la hoja enemiga.

—Sois joven, caballero, para darme ventajas. Y me creo en el deber de advertiros que será mucho más fácil que el accidente se presente si con bravura de espadachín profesional pretendéis darme lección con la zurda. ¿En tan poco precio tasáis vuestra vida, que la exponéis a un muy posible accidente mortal?

—Mi vida me es soportable porque desde los quince años me la he jugado a un envite. ¿Me creéis fanfarrón? Lo soy..., pero cumplo lo que prometo. Os voy a dar tres pruebas sucesivas: atravesaré el puente esta misma tarde, incurriré en el riesgo de que Saint-Mandé muera sepultado bajo el peso de sus pedruscos córneos, y os envido el resto en mi lección de esgrima. El accidente que me insinuáis tan elegantemente a cambio del arañazo que como simple consejo os pienso dibujar en la mano derecha..

—¿Consejo?

—De que sigáis gobernando en el castillo-prisión de Vincennes, y sigáis encarcelando maleantes..., pero os reservéis para el futuro todos vuestros consejos por lo que a mí respecta.

—Me suenan vuestras palabras a la última voluntad de un testador en trance de muerte. ¡Dadme vuestra lección!

Agilmente, Humbert de Ferblanc hizo saltar en el aire su espada, recogiéndola con la mano izquierda. Trabó contacto y con hábiles estocadas hizo retroceder a Carlos Lezama hasta que éste sintió contra sus botas el borde de un sillón bajo.

—No lo hacéis mal, señor de Ferblanc. Pero no os entusiasméis;

si he retrocedido ha sido para conocer vuestra capacidad duelista. Ahora os toca el turno de defenderos. ¡Va la lección!—y, a medida que, al estilo de los profesores de esgrima, iba cantando los golpes que prodigaba, el Pirata Negro hacía retroceder paso a paso al conde—. ¡Parad en quinta! Bien, perfecto. ¡Terciad al flanco! Excelente. ¡Trabad al sesgo! Magnífico. ¡Cuidado al botonazo en sexta! Eso es: bien parado. ¡Levantad la guarda! Exacto y a tiempo..., pero ved lo que se avecina. ¡Libro en segunda, doblo en cuarta, paro en sexta y...—tendióse a fondo el Pirata Negro—¡se acabó por hoy la lección!

Humbert de Ferblanc no pudo evitar que su espada cayera al suelo, al ser atravesado el dorso de su mano izquierda. Recogió rápidamente el arma caída y púsose en guardia asiéndola con la mano derecha.

—Dije sólo una lección, señor de Ferblanc—y el Pirata Negro fué a colgar su espada en la panoplia—. Cobro muy caras mis lecciones y no las prodigo. ¿Deseáis Anjou, Borgoña o Burdeos para curar vuestro arañazo?

—Dos dedos de Borgoña. Os quedaré agradecido.

Y aunque la herida en su zurda era un puntarazo hondo y doloroso, Humbert, de Ferblanc, andando calmosamente, fué a colgar la espada junto a la otra.

El propio Pirata Negro presentó dos copas, asiéndolas con el índice y el pulgar por el talle de cristal. Ambos hombres bebieron, y Humbert de Ferblanc derramó el resto de su copa sobre la herida, pasándose después su pañuelo arrollado alrededor de la mano. El fino tejido de batista y encajes tintóse en sangre.

—Gracias por la lección, caballero Lezama. Aunque nos equivocamos los dos; yo, al aconsejaros, y vos, al herirme en la zurda, cuando me prometisteis arañazo en la diestra.

—Mi casa, señor de Ferblanc—y el Pirata Negro inclinóse en leve reverencia—, está siempre a vuestra disposición... para cuando gustéis recibir la segunda lección.

El conde de Ferblanc devolvió el ceremonioso saludo, y sin hablar abandonó el pabellón. Quedósele viendo el Pirata Negro hasta que el aristócrata francés hubo atravesado el puente que daba paso al “castillo del lago”.

—No tienes cura ni remedio—díjose en voz alta y riendo el

Pirata Negro—. Vienes a París atraído por un impulso sentimental ignorado, como si obedecieras a una llamada secreta que a través del mar te ha estado citando. Viniste a ser un hombre pacífico... y allí va tu primer enemigo. Entiendo en hombres, mi capitán de armas—dijo, remedando el tono breve y enérgico de Ferblanc—, y si en París todos fueran del temple diamantino y duro del señor de Ferblanc, creo que menos señores de Saint-Mandé existirían. También es extraño que si comprendo que Ferblanc y yo mal hemos de acabar..., siendo que, siéndome antipático..., me es mucho más simpático que Jean de Saint-Mandé.

* * *

Hortensia de Saint-Mandé fingió perfectamente que era un simple paseo de atardecer el que la había conducido hasta el margen del lago visible desde el puente. En pie, erguida en el embarcadero donde estaba amarrada una frágil canoa de línea elegante, su silueta escultórica armonizaba con la bucólica soledad de égloga del paisaje. Volvióse lentamente al resonar con más claridad los pasos que se acercaban.

—¿Permitís que un vecino molesto importune vuestras solitarias meditaciones señora?—pidió el Pirata Negro, inclinándose y besando la mano tendida.

—Llegáis siempre oportunamente. Estaba pensando, capitán, que si remar supierais, este lago nos serviría de apacible mar. Algo de marino hay en vuestra tez, aunque el sol de España broncea mucho.

—¿Llamáis apacible mar a este lago, señora? Mejor quisiera atravesar galerna en el Atlántico, que sucumbir al encanto sentimental que siempre me inspiraron los bellos espectáculos: azul de agua, blancura de diosa pagana, verdor de alga... Si Afrodita reviviera, vuestro aspecto tendría.

Ayudada por la mano del Pirata Negro, entró ella en la canoa. Con lenta remada el frágil esquife llegó hasta el centro del curso que en líquido cinturón daba vuelta a los bosques de las dos islas.

—Delicioso es imaginarse en cumbre alpina cuando París bulle a cinco minutos de trote. Sonreís, señora; os advertí, ¿o no lo hice?, que hombre de mar no soy, y quizá os causa hilaridad mi manera de remar.

—Tengo el presentimiento que no es la primera vez que en nave estáis. Decidme, capitán: ¿recibisteis esta mañana visita del conde

de Ferblanc?

—Me honró con su distinguida prestancia.

—¿Sabéis quién es?

—Un caballero elegante, comedido y muy encantador... si dama yo fuera.

—No me refería a esas cualidades, que le han hecho acreedor al título de “favorito de las damas”. Aludí a que es el poder más temido en la capital, y enemistarse con él es imprudente.

—Considero imprudentísimo, señora, estar viendo el tentador cuadro que formáis, sentada ante mí y aureolada por el boscaje del fondo.

—¿Por qué... heristeis al conde de Ferblanc? Dijo él que había sido accidente al vos darle lección de esgrima. Pero ni Ferblanc necesita lecciones de esgrima, ni su herida era arañazo por accidente. Era hondísima y atravesaba de parte a parte su mano zurda.

—Fué accidente desdichado, señora. Saltó la punta de mi florete y hundióse inesperadamente en la mano del señor de Ferblanc. Al cielo pluguiera que tantas veces como me hiriesen por accidente vos fuerais quien me atendiera.

—¿Por qué suponéis que yo atendí a Ferblanc?

—Pudisteis ver y calcular la honda aguijonada. ¿Podéis ver también las heridas que más duelen por ser invisibles? Hay flechas que un diosecillo que pintan alado dispara cruelmente y cuya febril mordedura sólo puede restañar la causante del disparo.

—Vuestro aspecto es de hombre acostumbrado a ejercicios peligrosos y rudos... y no a sentimentales extravíos.

—Cuando me hallo sin ejercitar las costumbres rudas que me achacáis, me encuentro extrañamente debilitado, casi sentimental, y he pensado que el día en que hallase una mujer sincera..., no sé, pero creo que perdería la libre disposición de mi sentimentalismo sin dueña.

—Me producís una extraña sensación que no me halaga, capitán. Como si me cortejarais, no por suponerme agradable, sino para... molestar a alguien.

La corta carcajada del Pirata Negro hizo estremecer a su pasajera.

—¡Tanta modestia, señora! Si en París hay belleza superior a la

vuestra, tendré que vendar mis ojos para poder andar libre de tanto flechazo que empezó a dispararme al veros el diosecillo de los ojos vendados.

La conversación también en esta ocasión prosiguió en tono de floreteo. Al crepúsculo, Hortensia de Saint-Mandé desembarcó y perdióse en el boscaje que a su castillo conducía. Acababa de abofetear al Pirata Negro, pero fué con sonrisa complacida que andaba hacia el castillo, recordando la audaz presión de los labios varoniles sobre los suyos.



Terminaba Carlos Lezama su cena, y Marcel habíase ido a la ciudad, cuando en la puerta de entrada al pabellón oyéronse unos pasos tímidos, pasos que fueron acercándose, y en el umbral del mirador de las panoplias se detuvo la figura indecisa y robusta del señor de Saint-Mandé.

—Excusadme, caballero, si turbo vuestro retiro. Mi esposa venía desde ayer reprochándome que no hubiera cumplido con mi deber de vecino, y os he venido a decir que cuanto se os ofrezca del castillo está a vuestra disposición. Soy Jean de Saint-Mandé, a vuestras órdenes.

Pusóse en pie ágilmente el Pirata Negro. Saludó.

—Carlos Lezama, a vuestras órdenes. ¿Puedo devolveros la invitación que de vuestra esposa recibí? ¿Anjou, Borgoña...?

—No, gracias. No bebo después de las cenas. Lujosa habitación, capitán. ¿Me admitís un consejo?

Sonrió levemente el Pirata Negro, señalando un sillón frente al suyo.

—Sentado estaréis más confortable para aconsejarme.

—¿Halléis oído hablar del Fantasma Gris?— y, mientras se sentaba, Jean de Saint-Mandé miró a su oponente a través de los impertinentes—. Creo que no..., porque si así fuera no tendríais vuestras puertas abiertas. Las empuñaduras de vuestras espadas, el diamante del coleto, los rubíes y esmeraldas que lucen los varios chambergos que he visto en el salón de entrada... Hay aquí suficiente atracción para el Fantasma Gris.

—Los fantasmas vagan por las imaginaciones revestidas de blancos sudarios, pero son insensibles a las joyas...

—Hace un año que en París empezaron a circular dos

misteriosas palabras. Se hablaba de cofrecitos de joyas desaparecidos, de carrozas asaltadas... Y el malhechor era siempre un hombre cuyo rostro estaba totalmente cubierto por un lienzo gris, que bajo el tricornio ostentaba la macabra apariencia de una calavera. Los asaltados vieron con perfección las concavidades de las cuentas vacías de ojos, la sonrisa desdentada, los hoyos nasales...

—Me estremecéis, caballero. ¿Esqueletos andando? A París he tenido que venir para aprender tan peregrina innovación. Hasta hoy siempre creí que los huesos humanos pudríanse tranquilamente en sus fosas.

—O, bien, capitán, si el vulgo supersticioso cree en que el Fantasma Gris es ser de ultratumba, no así opinamos los demás. Mi amigo, el conde de Ferblanc, tiene por especialísima misión dar caza a ese malhechor cuya identidad nadie descubre. Y me pareció oportuno aconsejaros que cerrarais vuestras puertas. Hasta hoy a nadie ha matado el Fantasma Gris, porque todos han quedado paralizados por el terror de una calavera apuntando con dos pistolas. Pero vos, mi capitán de armas, podríais quizá recibir sin impresionaros la visita del tal malhechor, y sería sensible que de pronto me viera privado de vuestra vecindad.

—Consejo por consejo, señor de Saint-Mandé. ¿Sabéis cuál es la costumbre de quien tesoros posee? Defenderlos contra los que pretenden robarlos, espada en mano.

—No os comprendo. Si precisamente ese ha sido mi consejo; que ya que poseéis tesoros, los defendáis cerrando la puerta con protecciones de hierros.

—Hay quienes poseyendo tesoros los ignoran, o por temerosa pusilanimidad fingen ignorarlo. Hay estatuas de mármol vivo, con engarzadas esmeraldas, que valen por cien cofres de joyas. Vos descendéis, según he leído en las crónicas de París, del célebre soldado Saint-Mandé. ¿Os legó su espada?

—Sí. Ha ido pasando de generación en generación, pero la consideramos reliquia intocable. Es más: confieso que nunca he manejado una espada.

—Permitidme, pues, ofreceros mis clases de esgrima. Os garantizo que a lo sumo en un mes os pondría en condiciones de descolgar la espada que os han legado y no volverla a colgar sino tinta en rojo..., aunque os peleéis con espadachín.

—¡Líbreme el cielo de abandonarme a instintos primitivos! Soy hombre de ciencia; gústame tan sólo coleccionar piedras raras. ¿Qué liaría yo con una espada en la mano?

—No os ofendáis de algo que voy a deciros, señor de Saint-Mandé. Suponed por un instante que un bribón insolente encuentra a vuestra esposa paseando por el solitaro bosque del lago y que audazmente la besa... Ella le abofetea... Pero ¿es bastante castigo? No, no; vos sois su marido. Vos, espada en mano, debéis exigirle cuentas al bribón insolente. Es por esto que os ofrezco mis clases de esgrima.

Los ojos de Saint-Mandé tuvieron un breve destello muy distinto del aparente mirar bonachón y cordial. Fué un parpadeo de honda agudeza y amenazadora decisión. Pero tan rápidamente como apareció velóse en súbito parpadeo.

—En París, los caballeros galantes no roban besos a los que no sean invitados. Y si es un bribón, insolente el que tal acto cometiera con mi esposa, lacayos tengo para hacer que le tundan a palos.

—¡Ah! Había olvidado tal comodidad. No es mala idea hacer guardar sus tesoros por grey lacayuna, ¿Os vais ya, señor de Saint-Mandé? Cuidado no tropecéis con la frente... al salir. La puerta es algo baja. Buenas noches...

CAPÍTULO III

La alegría de vivir

Segundo día de Carnaval... En el inicio del siglo más galante de la historia de Francia y a la vez el más trágico, un alegre bullicio proclamaba por las calles de París el apogeo del reino efímero de Momo.

Los suelos cubiertos de alfombras de flores crujían blandamente bajo los pies de las máscaras que se interpelaban cómicamente, enlazándose indistintamente de brazo en brazo... Algunas carrozas dirigíanse al desfile que realizábase en el “Cours du Roi”, donde la corte entera hallábase reunida.

En el “Cours du Roi” el amplio pavimento era un río caudaloso de carrozas engalanadas, y a favor de la máscara la batalla de flores era también pretexto para alusiones de todas clases que el decoro de los demás días impedía verificar.

A ambos lados del lujoso y galante desfile erigíanse los palcos, donde espectadores también enmascarados reconocían, pese al antifaz, a muchas celebridades del “todo” París. El palco real era el único en que el terciopelo o la seda negra con dos orificios no cubría los rostros.

Si el rey llevaba el rostro descubierto, otros cuatro personajes ofrecían la misma particularidad. Uno era el conde de Ferblanc, en pie en un palco cuya reunión recibía muchos corteses saludos. La célebre Lisa Souza y el maestro Bulli eran también majestades en París: la reina del culto a Terpsícore y el rey del culto que los melómanos rendían al mejor de los intérpretes de la musa Euterpe.

El otro personaje que llevaba el rostro descubierto era un elegante jinete vestido enteramente de negro, aparte la gorguera de encajes blanca que hacía resaltar la morena tez bronceada. No

llevaba sombrero ni espada. La rígida casaca entreabierta dejaba sólo ver la culata damasquinada y engarzada en esmeraldas de una pistola de panoplia de doble cébo.

El jinete contemplaba la alegre carnavalada con risueño semblante burlón. Al pasar ante el palco ocupado por Lisa Souza, el maestro Bullí y el conde de Ferblanc, refrenó su caballo blanco y, sonriente, inclinó la cabeza en cortés saludo hacia el conde de Ferblanc, que con la misma cortesía inclinó su alta talla atlética.

Lisa Souza, que se abanicaba con su antifaz, volvió ligeramente la cabeza hacia atrás.

—¿Quién es este caballero, Humbert? — preguntó la bailarina portuguesa.

—Un capitán de armas original: el maestro de esgrima señor Carlos Lezama, español—replicó el conde, pasándose suavemente los dedos sobre el dorso de su mano zurda vendada.

—Tiene prestancia y línea de buen jinete—dijo Bulli—. ¿Es amigo vuestro, conde?

—Simplemente un conocido más. Sostuvimos anteayer un ameno diálogo, y cuanto puedo deciros de él es que, además de tener una dialéctica agradable, posee un excelente alojamiento y una variada colección de lujosísimas espadas y pistolas. Tengo barruntos de que es también uno de los más completos y hábiles esgrimistas que he conocido.

Carlos Lezama fué varias veces interpelado por máscaras femeninas. Limitóse a sonreír y besar de vez en cuando las flores que prestamente cogía al vuelo. Replicó con alegre carcajada a la exclamación de una máscara que, pasando en carroza por su lado le espetó:

—¿Hay espacio en tu grupa para una hija de Francia, rey gitano?

Al extremo del “Cours du Roi” elevábase una gran plataforma en la que, a diez metros de altura, sentábase en un trono de cartón dorado la burlesca máscara de Momo, el rey de la farsa, emperador de Carnaval...

Frenó Lezama su caballo, y estaba contemplando la grotesca figura cuando una carroza se detuvo a su lado.

De su interior una mano femenina colocóse en el antebrazo del jinete. Habló con voz aguda la poseedora del rostro enmascarado

que se enmarcó en la ventanilla:

—Desde el trono de una silla de cabalgar podéis sin peligro mirar desafiante el que impera en trono de breve reinado.

Carlos Lezama creyó adivinar la identidad de la enmascarada.

—Si el antifaz oculta vuestro rostro, señora, vuestras palabras llevan también antifaz. No las sé comprender, aunque las oigo.

—Carnaval es una alegoría, moreno jinete Ofrecéis una imagen alegórica mirando con soberbia al dios Momo... Me acerqué pensando que hay en París un hombre de bravura indómita, de mano segura y que, despreciando todos los peligros, se ha sentado en mi trono de cartón dorado. No es Momo; es... el conde de Ferblanc. Y a París ha llegado otro hombre de audaz mirada centelleante, de rostro atezado y músculos de acero. Pero hay empresas que sólo la suerte puede decidir. El chismorreo parisino ha hecho correr la voz de que mucho debe confiar en su suerte el desconocido que se ha atrevido a clavar un aguijón picante en la mano del conde de Ferblanc. Todo se sabe pronto en esta ciudad...

—Si la bellísima Hortensia de Saint-Mandé, por ocultos motivos, quiso hablar, no hay duda que el chismorreo parisino está informado del accidente sufrido por el señor de Ferblanc.—Y el Pirata Negro se inclinó sobre el cuello de su caballo, hasta acercar su rostro al que asomaba por la ventanilla de su carroza. —Señora, siempre he confiado en mi buena estrella, y no le temo al sortilegio que reputan maléfico de las esmeraldas. ¿No veis la culata de mi pistola? Engarza gemas verdes.

—Según parece, es vuestra piedra, favorita.

—Azares de las circunstancias me impusieron este favoritismo. Pero, al hablar de esmeraldas, quería yo también crear alegorías. Si sigo sin entender vuestras referencias al mascarón que allí en lo alto impera, debo, en cambio, deciros que quien como vos posee ojos tan únicos, absurdo es que pretenda encubrir su identidad con antifaz que no puede velar la refulgente maravilla de vuestras pupilas.

—¿Me conocéis, acaso, señor español?

—¡Lejos de mí tal desatino!— rió el Pirata Negro—. ¿Quién puede ser tan vano que se jacte de conocer a la mujer? Es enigma insondable, que el secreto de su alma guarda tan celosamente, como las verdes olas celan el recóndito secreto del fondo del mar. Y,

volviendo a nuestro tema de contacto, linda encarrozada, mirar hacia lo alto no es desafiar, ni veo alegoría entre la burlesca figura de Momo y la intrépida arrogancia de Ferblanc.

—Hay mucha más relación de la que os figuráis, en vuestra actitud presente. La venda que Ferblanc lleva en la mano equivale a lo mismo..., ¿cómo podría hallar comparación?.., a lo mismo que pretender saltar desde allí arriba—y la mano femenina señaló la alta plataforma—al frágil techo de mi carroza o a vuestra silla de montar. Humbert de Ferblanc es hombre singular; hombre que muy lejos llegará si su ambición no le lleva al verdugo. Muy noble en todos sus actos, no es por esto menos ambicioso, caprichoso y pleno de fantasías. Cortesano insolente y temido, si es extremadamente bravo es también peligrosamente osado, y nadie desea ser su enemigo.

—Creo reconocer el temple de los hombres oyéndoles hablar y leyendo en sus ojos. Cuanto decís lo supuse en Ferblanc, y por esto mismo no quiero hacerle al señor conde la ofensa de suponer que os eligió como linda embajadora para infundirme respeto hacia él.

—¡Dad por seguro que no es así! Dé nadie soy embajadora, porque nadie manda en mí. Sois insolente, caballero...

—No fué ésta mi intención. ¿Dijisteis que nadie manda en vos? Así lo creo..., y ya que esta confidencia me honra, os diré que también tengo yo una peculiaridad; basta que me adviertan de un peligro, para que me encante sucumbir a este peligro. ¿No hay peligro en vuestros verdes ojos? Suspiro por perecer en él.

—Sois petulante y despreocupado. Pero recordad lo que os he dicho: si no sois capaz de saltar desde aquella altura sin riesgo de romperos el cuello; ¿por qué no tenéis la misma sensatez de comprender que en París no hay sitio para dos hombres como vos y Ferblanc?

—Me enternece el aprecio en que parecéis tener mi seguridad personal. Pero si Ferblanc reina en trono de cartón, yo hago siempre mi real gana. Decidme, señora: ¿consideraríais insensato apostar a un beso a que os demuestro que el mayor de los insensatos soy yo y que, por tanto, aunque agradeciendo vuestros sabida consejos, ningún caso haré de ellos?

—Oí que os llamaban “zíngaro”... Dejadme que os llame fanfarrón y que os diga que poseéis en grado superlativo el defecto

llamado desfachatez.

La carcajada del Pirata Negro hizo de nuevo estremecerse a Hortensia de Saint-Mandé.

—No es defecto, mi señora. ¿Rómpeme el cuello es suficiente envite para un beso de vuestros labios tentadores?

—Tenéis gestos de… excéntrico bandido loco, señor español. Si mis labios son de alguna utilidad, ¿qué utilidad puede tener vuestro cuello roto?

—Demostrar que mi buena estrella siempre me favorece. ¿No dijisteis antes que quien puso venda en la mano de Ferblanc fué tan insensato como el que pretendiera saltar al vacío desde la altura del trono de Momo? En muy poco aprecio tengo la sensatez y mi cuello, pero de muy buena gana envido toda la sensatez del mundo y la base de mi loca cabeza por un beso vuestro… Si sabroso es beso robado, jugarse la vida por un beso compartido debe ser digno de morir, si la muerte ha de acecharme por osar aspirar a sentir en mi boca vuestro aliento.

—Fanfarrón y rey de los insolentes, eso es lo que sois. Por frívola y caprichosa me tienen, pero no lo soy tanto como para cogeros la palabra y poneros en ridículo ante la negativa.

—¿Decir “no” a una dama? Aunque vuestros labios no me dierais en recompensa, sabed, señora, que cumplo siempre mis fanfarronerías mal me pese.

No había aún terminado de hablar el Pirata Negro, cuando, quitándose la casaca, que dejó sobre el arzón, y atando sus riendas al pomo de la portezuela de la carroza, púsose en pie sobre la silla de montar.

Rió, y, tomando impulso hacia adelante, en salto felino fué a asirse al andamiaje que en cruces de maderos soportaba, el alto trono de Momo. Algunos gritos en el “Cours du Roí” indicaron que el ágil ascenso del hombre que trepaba simiescamente por el andamiaje constituía una repentina e inesperada diversión.

Llegado a la alta plataforma, el Pirata Negro acercóse al trono de cartón y quitóle al muñeco de serrín corona de papel dorado, que colocó sobre sus cabellos negros. Cruzóse de brazos, mirando a sus pies la multitud de rostros que mirábanle con las nucas echadas hacia atrás.

¡La alegría de vivir, ciudadanos de París!—gritó el Pirata Negro,

con burlescas muecas—. Si Momo reina por loco, dejadme presumir de ser loco amante de la alegría. ¿No habéis visto nunca una cuerpo humano desafiar las leyes de la pesadez? Intentémoslo..., ¿Veis aquel caballo atado de riendas a una portezuela de carroza? Si desde aquí logro sentarme a horcadas en su lomo, queda proclamada la superioridad de la locura sobre la sensatez. A la alegre ciudad que sabe vivir en perpetua sonrisa dedico mi alegre locura de “saltimbanqui" improvisado.

Un grito unánime se elevó del “Cours du Roi” cuando el Pirata Negro, como el que se dispone a zambulliré en el agua, extendió los brazos prolongándolos verticalmente a la altura de sus hombros.

En el aire trazó una línea de color la blanca camisa de encajes abullonada en las mangas, y el negro pantalón ceñido. Describiendo dos vueltas sobre si mismo, el Pirata Negro cayó en doble salto mortal...

El caballo junto a la carroza se encabritó al sentir sobre su silla el repentino peso de dos manos... El Pirata Negro quedó por una fracción de segundo con el cuerpo rígido, cabeza abajo y pies en lo alto, formando un extraño grupo acrobático con su montura. Encabritóse el caballo y con recio tirón le mantuvo quieto Carlos Lezama, ya sentado en normal postura de jinete reposado.

Una salva de aplausos y risas estalló... Una pedrea de flores lloviznó aureolando la carroza... Reanudóse el desfile...

La enmascarada sonrió levemente, asomando el busto y tendiendo los labios. Inclinóse Carlos Lezama, y por espacio de un minuto mantuvo prietos sus labios contra los de Hortensia de Saint-Mandé.

En silencio separáronse los dos rostros.

—No tenéis remedio, caballero Lezama. Quien por mi beso jugóse la vida, mal fin le aguarda en París... Adiós, señor..., y gracias por el madrigal que me habéis dedicado con vuestra inverosímil acrobacia.

Una breve orden puso en acción la fusta del cochero. Partió la carroza, mientras Carlos Lezama, revistiendo su casaca, sonreía alegremente.

—¿Importuno alguna agradable sensación reciente, mi capitán de armas?

Volvióse en la silla rápido el Pirata Negro, y desde lo alto

contempló la irónica sonrisa de Humbert de Ferblanc. Apeóse sin tocar los estribos y frente al conde saludó sonriente.

—Tenéis el don de la discreta oportunidad, señor de Ferblanc. Un minuto antes el “favorito de las damas” hubiera llegado pronto; y un minuto después, tarde.

—Parece, capitán Lezama, que un cierto destino quiere que os crucéis en mi camino — objetó amablemente el conde.

—¿Yo en el vuestro, o vos en el mío, señor?

—Hubo divisa española que rezaba: “Tanto monta, monta tanto”. ¿Me permitís felicitaros por la alegre pirueta reciente? Tentáis mucho al Mar, mi capitán de armas. Una silla de montar es frágil tumba movediza. Y quitarle la corona de papel a Momo es leve desafío al buen orden.

—Oh, perdón, perdón. Olvidaba que sois guardián del orden, señor de Ferblanc. ¿Infringí alguna de vuestras leyes? Presto estoy a sufrir las consecuencias. ¿Arresto de dos días por perturbar el programa de festejos en el “Cours du Roi”, o pago de varios luises por robar corona de papel?

—Para los arrestos y las multas, hombres tengo a mi servicio, capitán Lezama. Pero a caballero de vuestra genialidad no puedo mandarle insignificantes mosqueteros grises[1]. Si vine en vuestra busca, fué obedeciendo órdenes para mí inaplazables. Antes de saltar lanzasteis una exclamación que agradó a una dama que me ha honrado dándome acogida en su palco. Hablo de Lisa Souza, la alegría de vivir en París... ¿Tenéis la bondad de acompañarme, caballero Lezama? Lisa Souza desea conoceros.

—Dijisteis que por dos veces nuestros caminos se han cruzado. La primera fué en el lago de Saint Mandé. ¿El motivo? Quizá temples idénticos en dos hombres distintos...

—...quizá también amantes ambos de las esmeraldas. Perdonad que os haya interrumpido; quiero evitar que malpenséis. Lisa Souza es bailarina. Lisa Souza ríe fácilmente, gusta de esgrimir palabras en guerra inocente, y ha sido llamada “la alegría de vivir”. Tiene esprit, y posee un corazón sensible y bueno; es generosa y constante en su amistad; protege a los afligidos; es discreta y nunca habla mal de nadie; nadie con ella ha reñido; y es tan amable y honesta, que es amada puramente por toda la corte..., pero nadie se ha atrevido a cortejarla audazmente, porque pertenece a París, y París quiere que

sea respetada.

—Debo inclinarme ante tan calurosa defensa de Lisa Souza. Pero no me juzguéis impertinente si os pregunto: ¿vuestras dos últimas menciones de la palabra “París” no significan “Humbert de Ferblanc”?

El gobernador de Vincennes crispó los labios y sus negros ojos centellearon... Pasóse la mano vendada por la mejilla y al fin habló reposadamente:

—No hagamos esperar a una dama, caballero. Lisa Souza nos aguarda.

CAPITULO IV

Colombina y Arlequín

Lisa Souza poseía el más encantador de los caracteres. Su hermoso talle esbelto pregonaba su profesión. Tenía unos cabellos castaños de matices oro viejo que enmarcaban una faz infantil de labios encarnados y golosos, con lindos hoyuelos en las mejillas que al sonreir la aniñaban aún más.

Los ojos azules chispeaban alegremente y en toda su fisonomía resplandecía una finura espiritual. Nacida en Lisboa y apadrinada por el gran músico Bulli, había llegado a ser a los dieciocho años el ídolo venerado de París, que admiraba la honesta compostura y amabilidad de la adolescente portuguesa.

Al entrar en su palco, Ferblanc y Lezama, Lisa Souza entrechocó suavemente por dos veces las palmas de sus manitas.

—Maravilloso salto, señor—dijo con pastosa voz armónica—. Un caballero que por "la alegría de vivir" olvida que un pavimento puede matar, ha de ser amigo mío."

—Si la danza expresa la honda alegría de vivir, señora, dejadme que rodilla en tierra bese la mano de la qué en París ha traído toda. la sensibilidad poética del bello Portugal.

Humbert de Ferblanc inclinó la cabeza en muda aprobación al ver que el "insolente espadachin", hincada por un instante la rodilla en tierra, besaba con respeto la manecita de la bailarina.

—Os presento al gran maestro Bulli, señor Lezama —dijo Ferblanc—. Yo, que poquísimos amigos tengo, me honro en deciros que Bulli y Lisa, al concederme su amistad, me conceden fortuna inigualable.

Ei músico italiano, viejo sesentón parpadeante y diminuto, estrechó la diestra del Pirata Negro. Lisa Souza rió señalando a los

dos hombres en pie, sendas sillas a ambos lados de ella.

—¿Sabéis, señor Lezama, que el conde, al hablar de vos, os prodigó los elogios? Y es parco en ellos.

—El conde de Ferblanc no es en balde hombre galante y generoso.

—Eres una niña, Lisa — reprochó amistosamente Ferblanc—. Si he elogiado al capitán Lezama ha sido porque sé que todo lo inédito, lo distinto a la diaria vulgaridad, lo original y excéntrico, te interesa y apasiona...

Y ante vos, señor Lezama, repetir puedo que es innegable que no sois hombre adocenado. Con vuestro salto mortal disteis...

—¡Dejadme hablar!—intervino Lisa, sonriente—. ¿Sabéis por qué deseé, Humbert, que me presentarais al capitán Lezama? Acaricio una súbita idea... Mirad, Bulli, vos que sois mi padre adoptivo, mi músico, mi escenógrafo y mi figurinista en conjunto, ¿qué pensasteis al ver al capitán Lezama surcar los aires como un..., perdonad, señor Lezama..., como un aguilucho?

Ferblanc y Lezama rieron, aunque al mirarse de vez en cuando no se miraban amenamente. Bulli parpadeó, meditativo.

—Pensé que..., ebrio o loco, un forastero imaginaba que la mejor muerte era morir entre flores y risas aplastado en el suelo. Al verlo formar un vertical sobre el lomo riel caballo estimé que si su cintura era flexible hasta lo ilimitado, sus muñecas tenían fortaleza y elasticidad de acero. Eso es todo cuanto pensé niña.

—Me defraudáis, Bulli — dijo ella, riendo—. ¿No dijisteis cuando conocimos al conde que tenía plasmado en el rostro una audacia extrema y un atrevimiento inteligente?



—Dejadme que rodilla en tierra...

Examinad de nuevo, como artista que sois, a vuestro amigo reciente. Pensad de nuevo en su salto. ¿No hay audacia y atrevimiento en el capitán Lezama?

—No soy artista, Lisa — intervino Ferblanc—, pero garantizarte puedo que eres psicóloga mayor que por tus años fuera de esperar. Si me das crédito, puedo asegurarte que el capitán Lezama, siendo, como es, un honesto profesor de esgrima, podría muy bién servir de

modelo a un escultor como imagen de bandido generoso y romántico.

Tanto elogio me abruma—rebatió sonriendo irónicamente Lezama—. Pero no dejemos a la señora Souza que nos diga cual es su idea...

No me atrevo a decírosla, caballeros. Me juzgaréis impertinente.

Habla sin temor, Lisa—apremió Ferblanc. No creo que a nuestro amigo lo puedan asustar tus niñerías.

Las lindas damitas nunca pueden decir, digan lo que digan impertinencias ¿No es esta vuestra opinión, señor Lezama?

—Habeis pronunciado máxima que es credo también en mí. Ardo en deseos de oír expresar vuestra idea, señora.

—Sois maestro de armas, saltáis como a nadie he visto hacerlo, tenéis buena figura... ¿me aceptaríais como pareja de baile?

Ya no fué sólo Bulli el que parpadeó; Ferblanc y el propio Lezama pestañearon sorprendidos.

—¡Niña, niña!—reprendió Bulli—. ¿Qué nueva originalidad es esa?

—Cierta estoy de que el señor Lezama sabrá comprenderme. Ved que hablo como artista. ¿No afirmabais, conde, que lo inédito interesa y apasiona? Cerrad los ojos, caballeros: figuraos una ninfa bailando alegre y recelosa en el borde de un lago que pretenden habitado por un misterioso ser mitológico mitad hombre mitad fiera. En el decorado hay un árbol alto, y de pronto, en ágil salto, el misterioso dueño del lago cae a los pies de la ninfa. Mimetiza el deseo rondando la inocencia... Ella quiere huir, asustada y a la vez fascinada... La música acelera su diapasón, mientras en veloces saltos acrobáticos el fauno cierra el paso a la imprudente ninfa... Caerá el telón cuando el señor Lezama me haya raptado, llevándome en brazos en mística ofrenda salvaje hacia lo alto...

Bulli acaricióse la barbilla; Ferblanc sonrió y Lezama extendió ambas manos, en ademán de cómica protesta.

—Nunca os han abucheado, señora, ni nadie ha pateado donde vos danzabais, porque sois exquisita y frágil como un lirio silvestre. Dejando aparte que nunca he bailado al son de ninguna música, ¿no comprendéis que una cosa es brincar y muy otra es dar motivos con mis saltos a destiempo y contramúsica a que todos los espectadores derramen lágrimas de risas al verme hacer el oso?

—¡No haréis el oso!—exclamó Lisa con viveza—. Tenéis lo principal: una agilidad sorprendente. Bulli y yo haremos el resto. Bastaría una semana de asiduo ejercicio preparatorio. Decidme, Bulli: ¿no asegurabais que para romper la monotonía de mis danzas individuales rogabais que naciera pronto el bailarín que pudiera conmigo competir? ¿Qué decís ahora que conocéis al señor Lezama?

—Yo... no puedo decir nada—habló vacilante el artista—. No niego que sería espectacular. “La leyenda del lago”, tal como la has descrito, niña, la veo... Sería magnífico..., pero el señor Lezama no es bailarín.

—¡No deis tan débil argumento!— exclamó impaciente la portuguesa—. Sabéis que es falso, Bulli. En fin—y se encogió de hombros con afligida expresión—, no quiero insistir... ¡Tanto como me habría gustado!

—Por vos, señora, capaz de todo soy, porque el señor de Ferblanc os ha descrito como hada de bondad y virtudes. Pero no queráis que yo, un pobre Arlequín, enlode con mis brincos de loco la magistral filigrana ingrávida y musical de la Colombina que sois.

Humbert de Ferblanc varió la conversación, e instantes después, al abandonar Bulli y Lisa Souza el palco, el gobernador de Vincennes quedóse solo con el Pirata Negro.

—¿Persistís, mi capitán de armas, en creer que al deciros que París desea que Lisa sea respetada hablaba en nombre mío?

—Lisa Souza me parece un cándido botón de rosa al que tan sólo el hálito de un mal pensamiento puede empañar. Admitid mis excusas, Ferblanc. Las doy escasas veces..., pero pensando en Lisa Souza y su infantil inocencia resplandeciente, soy un parisino más: es diosecilla que a nadie puede pertenecer, porque su reino es de todos.

—Celebro vuestra rectificación, señor Lezama. ¿Podría solicitar de vos una señalada merced? Leo sonrisas en vuestros ojos; casi adivino lo que deseáis decirme. ¿Me anticipo?

—Como queráis. Os diré si sois buen o mal adivino.

—Si cortesano soy en la corte, pierdo tal hipocresía cuando ante un hombre me hallo. Me sois extrañamente antipático, mi capitán de armas, y... también no os puedo odiar. Sois insolente y por reto habéis descuidado la advertencia que os hice; no sólo atravesasteis el puente del lago y robasteis un beso, sino que hace instantes

recibisteis otro concedido de buen grado. Llevo en la mano vuestra señal; nunca nadie me arañó con la espada ni con sus palabras como vos lo habéis hecho. Quiero advertiros que tenéis en mí a un enemigo que no perdona las ofensas; tarde o temprano uno de los dos abandonará París respirando o definitivamente en reposo. Sé que cuanto hacéis lo hacéis por retarme, y, por tanto, me ibais a decir que cómo incurría en la candidez de pediros una merced, si vuestro gusto está en hacer todo lo posible para aumentar vuestra deuda para conmigo. Y casi puedo afirmar que me habríais expresado tal parecer en términos mucho más impertinentes. ¿Me engaño?

—Acertáis plenamente, Ferblanc. Aprecio vuestra lealtad de enemigo y vuestra listeza de adivino. Oídme bien: tengo tal soberbia, que cuando en mi camino se interpone un soberbio pretendiendo asustarme, no descanso hasta ver quién de los dos se asusta antes. Es propio de bravucones y perdonavidas mi actitud, lo reconozco; siempre sé reconocer mis cualidades y defectos. Pero, ¿no es propio de un maestro de armas el provocar?

—¿Maestro de armas, señor Lezama?—y Ferblanc sonrió irónicamente—. No dudo que la espada es vuestro fuerte. Ya volveremos sobre este tema algún día... Con más claridad, dentro de ocho días, espero conversar con vos y quizá os pida una segunda lección de esgrima.

—¿Dentro de ocho días? ¿Por qué no hoy? Tengo tales deseos de complaceros, que largo me parece el aplazamiento de ocho días.

—Son los que Lisa Souza necesita para realizar su capricho de niña buena y artista apasionada. Esa era la merced que os quería pedir: consentid en ser su bailarín. Creo que los primeros aplausos serán los míos, y la corte entera me acompañará en la admiración de vuestras cabriolas salvajes y felinas de leopardo.

—¿Tanto os interesa que yo haga el ridículo para complacer a una niña que me halaga con su seguridad en mis dotes musicales?

—A ella le dijisteis que no bailáis al son de músicas. La pobrecita no supo comprender la soberbia de vuestra respuesta. Escuchadme, señor Lezama: no soy hombre rico, pero os podría ofrecer un millar de luises. No lo hago ¿sabéis por qué? Si los demás os creen un profesional de las armas, yo creo que la mayor ofensa que os pudiera hacer es ofreceros dinero.

—Me pasma vuestra listeza de adivino, Ferblanc. Seguid, me interesáis.

—Sin embargo nada sería que dinero ofreciera a quien maestro de armas es... según dicen. No lo hago, por corazonada.

—¡Ah! ¿También vos, como yo, creéis en la sensatez de ciertas corazonadas? Hombre listísimo sois.

—Si orgulloso sois con razón, también lo soy, y por esto os digo que quizá hay en mí más de listo de lo que suponeis. Pero no nos extraviemos. Insisto en que, en honor a la portuguesita mimada, consintáis en atender su capricho. Esos artistas, aun los más ancianos son niños por el alma. Vuestra negativa no sólo ha entristecido a la niña, sino al viejo. ¿No proclamasteis al saltar que lo hacíais por la alegría de vivir?

Olvidemos el beso de recompensa, y pensad en que triste sería empañar ojos azules de una adolescente negándole un capricho honesto que vos podéis realizar.

—Soís elegante, Ferblanc, y me habéis convencido. ¡Allá responsabilidades si la corte francesa me arroja hortalizas! Consiento en ser el hazmerreír de la corte, con tal de que las azules pupilas de una niña sonrían alegres.

—Gracias en nombre de ella, Lezama. Si os llamo con esa familiaridad, no es por amistad ni agradecimiento, sino porque vos me honráis llamándome Ferblanc a secas.

El Pirata Negro echó la cabeza hacia atrás y estalló en breve carcajada.

—¿Os causo hilaridad, Lezama?

—Me producís un cierto desasosiego, Ferblanc. Habláis muchas veces con palabras que yo ha empleado en distintas ocasiones. Decís frases que son eco de otras que he pronunciado...

—...y si quiero soy tan insolente como vos, y eso os molesta—dijo riendo el conde—. Atendedme, Lezama; os advertí que soy enemigo leal cuando con valiente leal me tropiezo. Estáis aún a tiempo de partir de París.

—Partiré cuando me apetezca y sea tal mi buen deseo, Ferblanc.

Fué ahora Ferblanc el que estalló en seca carcajada.

—Sabía que así me contestaríais. Vuestro pabellón del lago es bonito, pero tiene peligrosa vecindad.

—¿Por Hortensia de Saint-Mandé? Porque no creo que vuestros

espías, que tan bien informados están de mis pasos, os hayan dicho que el señor de Saint-Mandé ruge… El pobre muge, nada más.

—Me llaman el “favorito de las damas”, Lezama, porqué cuando una de ellas deja de hallarme grato, tengo la discreción de no insistir. Si vos me habéis ganado en el terreno de la predilección de Hortensia de Saint-Mandé, no pienso luchar con la desventaja que suponen para mí vuestros originales veinte años menos. Al hablar de vecindad peligrosa no me refería a los Saint-Mandé. Hablaba del castillo-prisión de Vincennes, del que soy gobernador.

Y Humbert de Ferblanc, con serio semblante que dejaba entrever a las claras una honda amenaza, mantuvo fija la negra mirada en los negros ojos de Carlos Lezama.

—¿Peligrosa vecindad el castillo-prisión de Vincennes?—preguntó el Pirata Negro con mueca burlona—. Será seguramente porque los pobres presos apestan. Dadles más agua y que se laven.

—El agua está escasa en Vincennes porque hay que lavar las manchas de sangre que el hacha del verdugo derrama en el cadalso. El rey es recto y justiciero; por eso le sirvo. Hasta hace poco me quitaba una hora de sueño el pensar en el Fantasma Gris… Pronto dormiré mis horas enteras.

—¿El Fantasma Gris?—y el Pirata Negro rió sonoramente—. ¿Que tiene que ver ese esperpento conmigo y con vuestro verdugo?

—Perdón, Lezama. Decid: el verdugo del rey. Cité el Fantasma Gris como podría haber citado a cualquier otro bandido generoso por el estilo… ¡qué sé yo!…, un corsario o un pirata por ejemplo. Disculpad los excesos de mi imaginación. Dibujad en el aire la mortal silueta de otra cabriola: cerremos los ojos y figurémonos cómo hizo Lisa un decorado… Una gran balanza: en un platillo, vos saltando cual diablo alegre que de mí quiere burlarse. En el otro, Lisa Souza y su ‘ballet”. En el fiel, la ruta de París a Burdeos…, hacia el mar, hacia otros continentes donde la libertad no puede perderse tan fácilmente como en París. Os dije que me exasperáis, Lezama y que soy vuestro enemigo; pero hay algo misterioso en mi íntimo ser que obliga a advertiros por última vez: pesad bien en la balanza lo que vale el desafiarme y lo bello que es el canto de las olas en un libre mar lejano.

—Si pesara, Ferblanc, sería un mísero mercader. El mar es bello, pero es bella también la candorosa sonrisa inocente de Lisa Souza.

París me gusta..., y en París me quedo, tanto si os place como si no.

—Reina el dios Momo y vos le arrebatasteis la corona de su locura, señor Lezama—y Humbert de Ferblanc inclinóse en respetuosa reverencia—. Os saludo, señor loco, porque impedirme no puedo de rendir pleitesía a vuestra arrogante insensatez.

—¡Tanto honor me abruma, señor de Ferblanc!—rió Lezama, inclinándose con la misma ceremonia—. La corte entera ha visto como me saludabais tan rendidamente, y no quiero ser menos. A todo gran señor, gran honor.

CAPITULO V

El Fantasma Gris

Por espació de cuatro días, Carlos Lezama se prestó de buen grado al aprendizaje, que entre elogios e invectivas graciosas, bromas y veras, le convertía bajo el asesoramiento de Bulli y la portuguesita en improvisado bailarín.

Los ensayos tenían lugar en un templete del jardín de Luxemburgo, donde en un anfiteatro griego erigíase el escenario natural en que Lisa Souza trenzaba la maravilla alada de sus danzas.

El extravagante Pirata Negro granjeose el aprecio de Bulli, quien le reputó "dócil y apto para ser un gran actor". En un descanso, entre dos pasos, Lisa Souza reía a unas frases de Lezama, quien, viéndola reír, la miró con amable fijeza.

—La risa delata el carácter real de una mujer, Lisa. Vuestra risa mana espontánea y pura como manantial que poco camino ha recorrido. Es símbolo de vuestro santo candor de niña bonita. Aceptadme ese cumplido fraterno.

—Es curioso, don Carlos, que sienta por vos una gran amistad. Es como si desde muy antiguo os conociera.

—Cuando por mutua inclinación fraterna dos almas sé acercan, la amistad en breve término se hace antigua—y para borrar el sentimental arranque con el que había hablado, el Pirata Negro añadió humorísticamente—: Será afinidad de artistas. Vos, por hada del baile; yo, por monstruo de la espada.

A las siete de la tarde, dióse por satisfecho Bulli. El “ballet” La leyenda del lago iba perfilándose a su gusto. Declaró que debía quedarse componiendo y afinando unos compases de su partitura y rogó al Pirata que acompañase a Lisa a su hotelito.

—Os quedaréis como siempre trabajando hasta altas horas de la

noche, Bulli—dijo con reproche Lisa—. Pero ya qué no puedo evitarlo, dejad al menos que don Carlos y yo os pasemos a recoger más tarde.

En la carroza que Ferblanc había puesto a disposición de Bulli y Lisa, ella sentóse entrelazando su brazo al de su pareja de baile.

—¿Por qué no me lleváis a vuestro pabellón, don Carlos? Quisiera conocer el lago. No me digáis que es incorrecto, ¿no somos dos artistas? Y, ¿no decís que me queréis como, un hermano? Yo también os estimo...

—Necesitado estaba de ternura y amistad, niña. Pero te advierto que te quedas sin ver mi lago encantado como sigas llamándome "don Carlos".

Asintió ella risueña, apretando aún más el enlace de su mano alrededor del hercúleo brazo del Pirata Negro. La carroza partió hacia Vincennes.

A medida que Lezama había ido profundizando en su conocimiento de la bailarina, fué queriéndola con un sentimiento de honda amistad sin mácula de físico deseo ni pasión. Un sentimiento de apacible ternura, que aumentó al oírse tutear por la adolescente que con gráciles pasos caminaba ahora a su lado por el boscaje de la isla...

—Es bellísimo tu hogar, Carlos. Pero, ¡tanta espada y tantas armas en su interior! Faltan grabados y estatuillas, cosas que dulcifiquen la rudeza de los muros. ¡Qué bonita es la plata que cabrillea en el agua! ¿Damos un paseo? Me parecerá que estoy lejos de París. Es delicioso todo este silencio, ese misterio con que susurra el agua y muévense las ramas agitadas por la brisa aromada. Elegiste el más poético de los refugios, Carlos.

Remando en silencio, el Pirata Negro contemplaba extasiado la tenue figurilla de la bailarina, sentada frente a él en el remate de la erguida proa.

—Me habría gustado tener un hermano como tú, Carlos. Fuerte, ágil, alegre, bueno y por su profesión, hombre de valor y caballerosidad. Soy curiosa, ¿por qué no me cuentas algo de tu vida?

—Siempre fui hombre influenciable al lagrimeo lunar si nimbaba como ahora mi ilusión de una niña-ángel, a la que como tú también desearía tener por hermana. ¿Mi vida? Monótona y vulgar.

Nací en Panamá, en Bocas del Toro, una aldea indígena de montañosas cumbres instaladas en la laguna de Chiriqui. No conocí a mis verdaderos padres; crecí entre mestizos panameños, brincando como choto silvestre por los montes para desesperación de “Mamita Fríjoles”, la anciana panameña que murió teniendo yo quince años. Instalé en La Española una academia de esgrima con mi primer dinero ganado. Después... he viajado mucho por el mar, llevando aquí y acullá mi espada, y ha poco una desazón, una inquietud inexplicable me susurró día y noche: “París, París...” Obedezco a las corazonadas, y agradecido les estoy, porque gracias a ellas te conozco, mi niña ángel.

El lago formaba a modo de la tela negra de un antifaz rodeando los dos ojos que eran las dos isletas. Pasaba la canoa bajo el puente que unía las pequeñas islas de tupido boscaje, cuando Lisa Souza dilató los ojos y su temblorosa mano avanzó impulsivamente señalando con hondo terror un punto distante en la ribera del “castillo del lago”.

El Pirata Negro, acostumbrado a otear horizontes en obscuras noches, vió distintamente entre unos matorrales la figura inmóvil y tétrica de una calavera sonriente, cubierta con negro tricornio...

Más que lividez era gris tonalidad la que empalidecía el rostro del esqueleto fantasmagórico, amenazador en su inmovilidad. Semejaba una cabeza decapitada suspendida en el aire, asomando por entre el verdor de los brezos...

El Pirata Negro siguió remando, cuando la macabra aparición, en lenta difuminación, desapareció. Rió alegremente, fingiendo no haber visto nada.

—¿Qué ocurre, mi niña ¿Visiones? ¿Por qué tiemblas?

—Un... un muerto que me sonreía... allí entre el bosque...— tembló ella.

—Lógico es que los muertos se sientan revivir al verte, Lisa, si verte pudieran. Pero fué espejismo; plata de luna destiñendo el verdor de las hojas. Miré hacia donde señalabas y nada había, más que imagen engañósa que con frecuencia ocurre en las quietas noches. ¿No veo yo tras tu blanco cuello las curvas de dos alitas de ángel?

Por la tranquila entonación y el ademán pausado con el que remaba el Pirata Negro, fué tranquilizándose ella. Rozó con la mano

la límpida superficie líquida y la marcha de la canoa creó entre los dedos de la portuguesita una estela de perlas goteantes...

De pronto, el Pirata Negro miró de soslayo y arqueó las cejas. Cambió rápidamente el impulso de los remos, virando para retroceder la canoa.

Una masa de encajes blancos y azules flotaba sobre el agua, destacándose en la obscuridad. Era claramente visible el lazo negro que, rodeando el cuello de la muerta, había estrangulado a Hortensia de Saint-Mandé. Flotaba a la deriva, con el bello rostro vuelto hacia el cielo...

Pese a la rápida maniobra de Carlos Lezama, Lisa Souza vió con horrorizada sacudida de hombros la trágica visión, de la que parecía no poder apartar los ojos, como fascinada.

La canoa tocó tierra y Carlos Lezama cogió en brazos a la bailarina, que semidesvanecida ocultó el rostro en su pecho.

La llevó así hasta el postadero donde aguardaba la carroza, y la depositó en los blandos rasos del asiento.

—A los jardines del Luxemburgo— ordenó Lezama al cochero.

—No me dejes sola...—dijo ella, asomando por la ventanilla con intensa expresión atemorizada—. Es horrible... la calavera... y la pobre...

olvídalo, mi niña. No pienses en este lago, sino en la leyenda del decorado del maestro Bulli. Te acompañare. ¡Fustiga, cochero!

La tibia manecita de Lisa cogió la diestra del Pirata Negro, mientras éste galopaba manteniendo su caballo junto a la carroza. Ante el templete donde aun lucía en un ventanal la luz tras la que se Inclinaba estudiosamente el músico, Carlos Lezama besó en las mejillas a Lisa Souza y reemprendió a todo galope la vuelta al apostadero. Descabalgó, y remando vigorosamente, tocó la otra orilla.

Le extrañaba ver en su pabellón desocupado varias sombras grises ir y venir, así como luces en la sala de panoplias.

Apoyando la mano en su única pistola de doble cebo, avanzó hacia el pabellón. Dos mosqueteros grises, espada desenvainada, montaban guardia ante la puerta de entrada. Al ver al Pirata Negro besaron las hojas de sus espadas en saludo mosquetero, y cuando él hubo pasado entre ellos, a sus espaldas cruzaron en el aire los dos aceros.

Era significativo, quien había entrado no podía ya salir. En otros términos: los dos mosqueteros tenían orden de considerar prisionero al dueño del pabellón.

En la segunda puerta repitióse la consigna mosquetera; otros dos aceros saludaron y se cruzaron a espaldas del Pirata Negro. En el umbral de la sala de las panoplias, de nuevo formóse una tercera cruz de dos espadas. Seis mosqueteros grises formaban la discreta guardia del que debía considerarse prisionero del rey.

En la sala de panoplias, el conde de Ferblanc cesó de hablar con Jean de Saint-Mandé. Saludó ceremoniosamente al Pirata Negro.

—Elegí, señores, mi pabellón para estar a solas. Me honra vuestra presencia, señor de Ferblanc, pero sobran aquí siete caballeros.

Jean de Saint-Mandé, que se apoyaba en un grueso bastón de puño de oro, lo tendió rectamente señalando al Pirata Negro, con muestras de evidente excitación.

—Hay un gran canalla al extremo de mi bastón, señor Ferblanc —gritó, manteniendo el bastón apuntando a Lezama.

—¿A qué extremo?—preguntó sardónicamente el Pirata Negro, dando un paso hacia adelante, lo cual hizo retroceder con prudencia a Saint-Mandé.

—¡Acuso a este hombre de haberme robado mis joyas y...!

—empezó a chillar el noble propietario del “castillo del lago”.

El ágil salto del Pirata Negro tuvo dos finalidades. Un rodillazo derribó en el suelo al asustado Saint-Mandé, mientras el brusco tirón le arrebataba el bastón de la mano. Sin aparente esfuerzo, Carlos Lezama rompió el grueso junco en tres trozos, que arrojó contra el gentilhombre que arrodillado levantábase trabajosamente.

—¿Con que ladrón y canalla me llamáis, Saint-Mandé? No os he apaleado porque no tengo lacayo a quien encargar de esta misión. ¡Señor de Ferblanc! ¿Pueden vuestros mosqueteros abrir las cruces y dejar salir a ese caballero? Me temo que si prosigue abriendo la boca para mugir ofensas vase a quedar sin dientes.

—¡Defended mis derechos, señor de Ferblanc!—gritó Saint-Mandé, colocándose junto al conde.

Hasta entonces, Humbert de Ferblanc había contemplado lo ocurrido, con los brazos cruzados e indiferente ademán. Sonrió hacia Saint-Mandé.

—Fuisteis imprudente, Jean. Os advertí que para acusar me emplearais, y nunca os autoricé a ofender al caballero Lezama. Si le tildasteis feamente, a vuestro riesgo fué. Si os hiere en el alma el vapuleo, panoplias hay y espadas cuelgan por doquier.

—No..., ¡no me bato con un espadachín profesional! Mi alcurnia me lo impide. Y..., ¡tiempo perdido en necedades, señor Ferblanc! ¡Acusad en mi nombre! ¡Decidle a ese... señor, a qué hemos venido!

—Bien hablado, Saint-Mandé—comentó el Pirata Negro—. Decidme a qué se debe tanto visitante, señor de Ferblanc. Repito que, aparte vos, sobran en mi casa seis mosqueteros y ese... señor, que de alcurnia alardea.

Saint-Mandé corrió tras el diván y levantó con gesto brusco un tapiz que cubría un cuerpo alargado. Quedó al descubierto el húmedo cadáver de Hortensia de Saint-Mandé.

—¡Y mi esposa...!, ¿también os sobra, criminal asesino?—gritó Saint-Mandé.

Carlos Lezama dió un paso al frente y se inclinó sobre la muerta. Crispó los puños, mirando después a Saint-Mandé.

—Por respeto a ella, que muerta está y cuya presencia aquí ignoraba, no os quito a puntapiés la alcurnia— y volvióle la espalda al noble—. Abreviemos, señor Ferblanc. ¿Qué ha ocurrido y qué hacéis vos y vuestros mosqueteros en mi pabellón? Si velar se debe a la difunta señora de Saint-Mandé, no es este el lugar apropiados —Saint-Mandé me envió un lacayo al castillo-prisión, solicitando que no me demorase en venir. Sus vitrinas de joyas habían sido desvalijadas y vió al Fantasma Gris dirigirse al lago.

No le persiguió como era su obligación de caballero—dijo desdeñosamente Ferblanc—. Subió a la alcoba de su esposa y al no hallarla fué llamándola. Por fin atrevióse a salir al bosque; continuó llamándola y atravesando el puente, halló en estos parajes un jirón húmedo de la tela del vestido de Hortensia. Halló el cadáver de su esposa estrangulada junto a vuestro umbral. Resumiendo, el señor de Saint-Mandé os acusa de ser vos el Fantasma Gris, y de ser vos quien ha saqueado sus vitrinas y matado a su esposa.

—¿Os hacéis solidario de tal acusación, Ferblanc?—interrogó Lezama.

—Soy mero instrumento del rey y obedezco a la demanda de un ciudadano francés. Personalmente, no os estimo hombre capaz de

matar a una mujer.

—Gracias. Preguntad a Saint-Mandé a qué hora vió por última vez viva a su esposa.

El interrogado declaró que a las siete y media de la tarde, antes de cenar, había conversado con su esposa.

—¿Basta a la justicia del rey el testimonio de una persona honorable, que no soy yo, sino otra? De cinco de la tarde a diez de la noche, una dama me ha estado acompañando, sin separarse un instante de mí. Ella está, por encima de toda sospecha: es Lisa Souza. Podrá testificar que bailé, brinqué, subí a su carroza, la hice los honores del pabellón, paseé con ella por el lago y, a las diez, la acompañé junto a Bulli. ¿Basta a la justicia del rey?

El conde de Ferblanc acercóse al umbral.

—¡Envainen!—ordenó a los seis mosqueteros grises—. Aguarden en el castillo de Saint-Mandé. Vos, llevaos a vuestra esposa.

—Pero..., ¡es inaudito! Me quejaré al rey...

—Quejaos a quien queráis, señor Saint-Mandé dijo duramente Ferblanc—. Yo, si en vuestro lugar estuviera, cuidaría de velar el último sueño de la esposa..., que no supisteis defender y guardar. Después, pensad en quejaros y buscad al asesino para matarlo. Yo os digo que no es en esta sala donde debisteis buscar el asesino de vuestra esposa.

—¿Os basta el crédito de una bailarina que...? — empezó a preguntar Saint-Mandé, mientras demostraba poseer robustos brazos al levantar en ellos el cadáver de su esposa.

—¡Idos, Saint-Mandé!—explicó impulsivamente Ferblanc—. Y si os asusta andar a solas por el bosque con vuestra difunta esposa, apresurad el paso. Que os den escolta mis mosqueteros.

A solas con Ferblanc, el Pirata Negro apoyó el codo en la palma de su diestra y con el índice y el pulgar arañose el fino y sedoso bigote.

¿Yo el Fantasma Gris? ¿Yo matar a la esmeraldina ninfa? No me gustan los ojos de Saint-Mandé. Fingen bondad y cobardía..., pero hay mucho más de lo que, parece tras el rostro grasiento de esté supuesto calzonazos.

—Sois insensible, Lezama — dijo Ferblanc con sonriente sequedad—. Os dedicáis a meditar investigación que a mí pertenece, sin tener en cuenta que en estas últimas horas ha muerto

quien os quería.

—Hortensia de Saint-Mandé no me quería y asunto es que con vos no puedo discutir, ya que sois aún menos dueño que Saint-Mandé para hablarme de esto. ¿Cómo se os pudo ocurrir tan peregrina idea de que yo fuera el Fantasma Gris?

—Le llaman "el bandido generoso", y generoso sois en jugaros la vida por un beso o por una terquedad. ¿Antes de adquirir este pabellón, dónde andabais, Lezama?

—Por donde se me antojaba.

—Respuesta particular que no os tengo en cuenta, ni que podría ser tenida en cuenta ante un tribunal. Algún día os pueden exigir que expliquéis vuestro pasado, señor Carlos Lezama. Hasta pronto y perdonad mi visita.

CAPITULO VI

"La Corte de los Milagros"

Lisa Souza mereció aquella tarde justos reproches de Bulli, que dió por terminados los ensayos manifestando que "si ella no quería pensar en que debía adaptarse a los compases musicales, ya que los compases musicales no podían pensar en adaptarse a ella, lastimosa pérdida de tiempo era proseguir".

El diminuto y agitado artista marchóse furibundo sin dejarse ablandar por los mimos de su apadrinada. Y Lisa Souza, pesarosa, contemplóse los pequeños pies calzados con escarpines trenzados de baile.

—Fué horrible, Carlos. No puedo apartar de mi imaginación la pobre muerta del lago, y la extraña aparición del Fantasma Gris.

—¿Qué Fantasma Gris?—preguntó el Pirata Negro, sentado ante ella.

—Hace poco que estás en París, o si no comprenderías mi estrañeza. Muchas leyendas han ocurrido en torno a ese especial bandido; nadie conoce su verdadera personalidad, pero si todos están de acuerdo en afirmar que nunca ha matado. Desvalija... pero muchos pobres necesitados le quieren y bendicen su rostro de calavera...

—¿El bandido generoso con la diestra quita a los ricos y con la zurda distribuye entre los pobres?—y el Pirata Negro rió sarcástico.

—No me gusta que te burles de cosas... que tú mismo serías el primero en hacer. Felizmente no eres hombre perseguido por la

justicia.

—Felizmente, niña—dijo Ferblanc, entrando en la salita de ensayos, y besando la mano de la portuguesita—. ¿Y quién es el malhechor que no es tan feliz? Se os saluda, caballero Lezama.

—Hablábamos del Fantasma Gris, señor de Ferblanc—replicó Lezama—. Hay algo que extraña a Lisa, que, por otra parte, es ardiente defensora de ese bandido de tan mal gusto que cubre su faz con pañuelo que finge calavera.

—Ante la inocencia no debemos hablar de crónicas sangrientas. Si te vistes, Lisa, me encantará llevarte a cenar donde elijas. Recuerda que desde que el caballero Lezama es tu pareja de baile, poco tiempo me has dedicado.

—Vuelvo enseguida—dijo ella alejándose hacia el vestuario.

Por la ventana abierta entraron los melodiosos rasgueos de una guitarra preludiando con arte un fandanguillo. El Pirata Negro arqueó las cejas, prestando atención al peculiar toque del guitarrista callejero.

—Bonita música—comentó el conde con indiferencia—. Huele a jazmines y recuerda el breve pie de las andaluzas.

—Sois hombre entendido en española música?

—En mis años mozos viví en Sevilla varios años antes de partir para las Américas. Por cierto, en tierras antillanas conocí seres extravagantes, aventureros de toda laya; geniales los unos, canallas otros, pero todos con un punto en común. Sabían, como vos..., jugarse la vida por un quítame allá esas pajas.

La guitarra, en arabescos de hábil tocador, acompañó una recia voz bien medida, que cantó:

“Como príncipe pude vivir
porque fortuna poseo,
pero hay cosas del sentir
que las siento y no las creo.”

—Canta bien ese bergante — dijo sonriendo el Pirata Negro—. Os agradezco, Ferblanc, vuestras confidencias antillanas, aunque no veo la relación que guardan con París.

—¡Oh! Simplemente, que estoy capacitado por mi edad y experiencia, para saber reconocer el temple de los hombres y las voces. Así, como estoy en estado de garantizar que ese cantante sabe su oficio, adivino también personalidades bajo otras supuestas.

Nada tengo de romántico, Lezama, ni mi mente es propia de jovencita novelera, pero ¿os reiréis si os digo que a veces os veo bajo ropaje de pirata?

El Pirata Negro rió, pero sus ojos brillaban intensamente.

—Vos mismo dijisteis que me iba a reír. Os he complacido. Sois, gracioso, Ferblanc. ¿Qué haría un pirata en París? Y si. yo fuera pirata, ¿no habría sabido leer bajo vuestras alusiones distintas amenazas?

—Me temo que no queréis comprenderme, mi capitán de armas. No amenazo; advierto en vos ciertas peculiaridades. Sois hombre galante, que por generosidad persistís en acompañar a Lisa en sus bailes...

—Vos me lo aconsejasteis.

—Quería probar vuestra osadía. Ya basta, señor Lezama. Sobráis en París.

Al menos ahora habéis hablado directamente. ¿Os molesta mi continua presencia junto a la portuguesita?

—Si, Me molesta—dijo seca e imperativamente Ferblanc.

El guitarrista callejero vertía ahora los festivos rasgueos de una farruca de burlonas cadencias.

—Es curioso, Ferblanc, cuando una persona me es antipática sin serme odiosa, me causa gran satisfacción molestarla.

—Cara satisfacción la que pagarse pueda con la cabeza.

—Si menor fuera el precio, ya no habría satisfacción. Escuchadme, Ferblanc — y el Pirata Negro levantándose, colocóse frente a Ferblanc, en pie — si en París sois autoridad, yo no reconozco más autoridad que mi real gana y voluntad. Siempre he sido así.

—Hasta que, demasiado tarde, comprendáis que sois un loco. Idos que aún es tiempo; favoreceos en la extraña benevolencia que para vos demuestro, y no abuséis del curioso parecido que tenéis con determinados seres que por el mar libremente navegan.

—Tenéis terco empeño en hablarme del mar. Me habéis dado una idea, Freblanc. Discutía con Lisa que yo, vestido de fauno o de monstruo brincador no rendiré con mis brincos una idea real. ¿Qué os parece si la ninfa del lago, que será Lisa, fuera raptado por un pirata? En otras palabras: ¿qué os parece si mañana por la noche ante el público que venga a presenciar el último “ballet de Bulli, "La

leyenda del lago” sea una danza pirata?

—Hasta hoy, a mí solo me habéis desafiado, Lezama. Soy tolerante e Indulgente. Pero no llevaréis vuestra desfachatez hasta tal colmo; bailar en atuendo pirata, sería desafiar la omnipotencia en París de Su Majestad del que soy yo representante. No dudo que sabríais imitar muy bien a un pirata... Tanto que hasta vuestros

lóbulos de orejas hay agujeritos; dos. Los precisos para el paso de dos aretes...

—Soy un actor concienzudo—dijo con sarcasmo Lezama—. ¿Puedo tener la esperanza de que mañana por la noche asistiréis en primera fila a mi imitación del Pirata Negro? ¿Oísteis hablar de ese bribón?

—Oí. Pero os aseguro que mañana por la noche no os atreveréis a desafiar impunemente la autoridad del rey.

—Cuanto decido, hago, señor de Ferblanc. Ahí viene la ninfa alada. Lisa: le estaba diciendo al conde que te parecía bien y el mismo Bulli estimaba más adecuado para “La leyenda del lago” que yo revistiera ropa de esos bribones de mar llamados piratas. Y él está muy de acuerdo conmigo.

Humbert de Ferblanc cogió del brazo a la portuguesita y con breve saludo cortés abandonó el salón de ensayos. Instantes después, el Pirata Negro salía y dirigióse hacia donde sonaban los rasgueos de guitarra.

Detúvose ante un alto y flaco individuo de ancho tórax huesudo y robusto, en pie sobre largas piernas delgadas. Vestía andrajosamente y cubría uno de sus ojos un ancho parche negro atado en cinta a la nuca..Cesó el mendigo en su guitarreo al permanecer por espacio de un largo minuto ante él la silueta de Carlos Lezama, puños en las caderas.

—¿Pides limosna, “tocaor”? — preguntó ceñudamente el Pirata Negro.

—Almas caritativas hay que viéndome en las esquinas danme menuda plata—dijo también en español y con acento andaluz ceceante el guitarrista, exhibiendo en sonrisa picara unos dientes sucios y ralos.

—Toma mi limosna — y el Pirata Negro tendió un luis de oro.

Sin el menor escrúpulo, “Piernas Largas” cogió la moneda.

—¡Trae acá... bandido!—masculló airado Lezama, volviendo a

recoger el luis de oro—. ¿Puedo saber por qué infestas las calles de París con tu apestoso olor de pirata andaluz? ¿No te ordené que a bordo del “Aquilón” quedaras?

—Dijiste, señor, que por seis meses libres quedábamos. ¿No oíste el fandanguillo chiclanero que te canté? Dinero tengo para vivir como un tipejo de esos que se “recuestan” en carrozas, pero hay cosas... que siendo como soy de fácil parla, no sé explicar. Cosas del sentir, ¿sabes, señor? Como “Cien Chirlos” dice a veces, digo yo: “Créome perro siendo como soy jabato. Y créome perro porque lejos de él no puedo sentirme contento”. Y “él” eres tú.

—Tentaciones me dan de ponerte por coleto la barriga de tu guitarra, andaluz. ¡Maldito seas! ¿Soy o no tu jefe?

—Lo eres y quien diga lo contrario

lo despellejo.

—¿Te dije o no que a bordo del “Aquilón” debías quedar?

—No dijiste tal, señor. Que si fuera así, líbreme yo de cantarte fandanguillos, que hubieran sido mis últimos. Pero tú eres recto como una espada, y recordarás que nos dijiste que si poníamos en lugar seguro al velero, podíamos ir a tierra a divertirnos y gastar el oro que nos diste. ¿Qué mejor sitio que París?

—Hablas en plural, vil bellaco—y el Pirata Negro olisqueó el aire, íntimamente divertido, aunque con semblante colérico—. Cierto es que huele mal. ¿Quién más te acompañó por esta tierra?

—”Cien Chirlos” y quince otros peleones. Dejamos el “Aquilón” con Tichli y cinco más escondido en cueva de las bocas del Ródano y para pasar desapercibidos vinimos a París como aislados mendigos, y ocultos vivimos en la maravillosa francachela libre que son las callejuelas de la Corte de los Milagros.

Bajo el reinado de Henry el Cuarto, en el barrio de Saint-Dennis formóse una ciudad donde pululaban los mendigos, ladrones y espadachines de París, el “guet”[2] no se asomaba por los puentes del Sena que conducían a las callejuelas de la Corte de los Milagros, llamada así porque en ella se “componían” falsos tullidos y sanos leprosos. Como en la Kasba argelina, dábase la original y privilegiada magnanimidad real de fingir ignorar la existencia crapulosa de aquella corte especial que por las noches, tras efectuar el reparto de las ganancias recogidas durante el día de mendicidad y robo, dedicábase a grandes jolgorios.

—¿Conque la Corte de los Milagros, no? A ladrones ninguno os ganará allí. Echa por delante, andaluz. Tus tacones piso y me vas a llevar a que le vea la jeta a ese monstruo de bellaquería llamado “Cien Chirlos”.

Un dédalo de intrincadas callejuelas, donde como indolentes mendigos, reclinánbanse en las esquinas, los “centinelas” de la Corte de los Milagros. El rey reconocía el privilegio de la nocturna corte, pero de vez en cuando algún crimen requería un registro en aquellos sucios escondrijos y recovecos. Y los “centinelas” tenían por misión cantar una quejumbrosa melopea implorando piedad del transeúnte, con lo que el criminal al intentar huir al cundir la alarma entre los mendigos y ladrones, era apresado por los propios componentes de la Corte de los Milagros que no admitían en su seno a asesinos, hecho al cual debían su hereditario privilegio.

Era ciudadela de picaros, de bribones cortabolsas y pendencieros espadachines, pero tenían por código de honor matar sólo cuando alguno de su misma asociación pretendía quitarles la “fidelidad” de sus momentáneas esposas, compañeras elegidas al azar de una francachela. Todas las mujeres que entraban en la Corte de los Milagros con la misma libertad que los bandidos de París, eran las "ribaudes”, el ejército de la galantería callejera y sórdida.

“Piernas Largas”, terciada al hombro la guitarra, bajó por unas escaleras húmedas y resbaladizas, que dando vueltas daban paso a los “intestinos” de París: las cloacas.

Anchas y purificadas por su mezcla con las aguas del Sena, las cloacas tenía en su desfile bajo tierra, amplían márgenes donde instalábanse las distintas reuniones de la muchedumbre de la Corte de los Milagros.

"Cien Chirlos" con la ayuda de su feroz brutalidad y algunos repartos de luises había logrado para él y sus dieciséis piratas, una plataforma alta. Privilegiada posición, porque se respiraba a través de las lucarnas enrejadas que daban a los «Quais» por donde paseaban los mortales comunes. Y “Cien Chirlos” no se aburría demasiado asistiendo a las peleas de los “courtisards”[3], donde los puñales servían para marcar las elecciones de esposas, las cuales muchas veces entre citas organizaban luchas salvajes que eran coreadas con brutales carcajadas por todos los “courtisards”.

Peroo las querellas olvidábanse tan pronto quedaba muerto uno

de los que las suscitaba, y mientras el cadáver alejábase cloaca abajo seguido por bandadas de gordas ratas de ojos malignos, reanudábase la interrumpida diversión donde el vino corría a raudales.

“Piernas Largas” subió a la plataforma donde alrededor de una larga mesa “Cien Chirlos” y tres piratas cantaban una marcial letrilla que acompañaban con entrechocar de los jarros de lata.

El rostro lleno de costurones mal cosidos, que quitaban toda semejanza humana al lugarteniente del Pirata Negro, dándole una apariencia de gárgola espantosa, se dilató en cien pliegues que significaban la sonrisa de “Cien Chirlos”. Púsose en pie de un salto repartiendo codazos entre los otros tres piratas que no habían visto llegar a Carlos Lezama. Los cuatro bebedores quedaron como resortes tensos, en pie y destocados.

—Verás... señor. Aquí, pues...—empezó a explicar “Cien Chirlos”, que no brillaba por su elocuencia—. ¡Ese maldito andaluz fué el que nos metió en el lío!—y el índice del atlético lugarteniente señalaba al andaluz.

—¿Acusica, “Cien Chirlos”?—rezongó secamente el Pirata Negro, aunque en su fuero interno agradecía hondamente el tosco homenaje de fidelidad de su segundo, que por estar cerca de él hablaba de “lío” al no ser capaz de poder exteriorizar el fiel cariño perruno que siendo un salvaje luchador de pobre mentalidad no sabía expresar.

—No soy acusica, señor—dijo ofendido e1 lugarteniente—. Es que..., no sé decirte... Verás: yo... en fin, perdóname, señor, si te ha molestado que,.. ¡Ya te dije, maldito seas, andaluz de los mil demonios, que no rondases tan de cerca por donde andaba “él”! Bastaba con que estuvieses al ojeo...

El recio puñetazo del Pirata Negro hizo enmudecer a “Cien Chirlos”, que bajó los ojos. Habían ido llegando los restantes piratas que destocándose manteníanse en pie al otro lado de la mesa, tras “Cien Chirlos”.

En las márgenes de las cloacas, en distintas mesas amontonábanse abigarradas reuniones de coloridos andrajosos, canciones báquicas, chocar de jarros, bailes de mujerzuelas... La Corte de los Milagros batía su pleno, e imperaba la ley única; no meterse en lo que hacían los vecinos.

—Huéleme, “Cien Chirlos”, que has pretendido venir a París para custodiarme, para velar por mi seguridad — dijo ceñudo el Pirata Negro—. ¿Soy, acaso, un mequetrefe que no sabe andar solo por esos mundos? ¿Eres tú, acaso, nodriza que teme por su rorro? Ganas me dan de apuñarte el hocico y emprenderla a cintarazos de mi espada con esa turba de apestosos malandrines que formáis? ¿No os di seis meses de libertad? Responde, “Cien Chirlos”.

—Si... si la libertad nos diste, ¿por qué te enojas, señor, si elegimos estar aquí dentro de esa divertida mansión?

—¡Osado bellaco eres! ¿Llamas mansión, so bergante, a esa infecta pocilga? ¡Sentaos todos! Esa es la Corte de los Milagros y no mi bordo.

Y vosotros sois “courtisards” y yo un visitante. ¿Hay vino para mí, amigos?



—...sin ti el “Aquilón” no nos serviría...

La sonrisa con la que el Pirata Negro solicitó el vino, distendió los semblantes de todos los piratas que se lanzaron a la mesa en busca de jarro. En la traidora lucha sorda de codazos y puntapiés en

las espinillas, ganó “Cien Chirlos”, como siempre, quien tendió un jarro repleto de vino al Pirata Negro, ostentando en su rostro una mueca de satisfacción.

—No os tratáis mal, mis valientes —dijo el Pirata Negro, tras beber y tomando asiento. Los diecisiete piratas se sentaron al otro lado de la larga y estrecha mesa—. ¿Está seguro mi velero, guapetón?

—Despues de ti, señor, lo que más... pues lo que más me gusta es el " Aquilón ". Y bien me encargué de que quedase al amparo en cueva donde nadie entrará, porque Tichli colocó “trampas mecheras” en la boca de entrada, y hay vía de escape al mar por el otro lado.

—Bien. ¿Y que ojeo es ese del andaluz mientras finge rascar su guitarra?

—¡Habla tu, so entrometido!—gritóle "Cien Chirlos” al de Chiclana.

—Tardé en dar contigo, señor —habló el andaluz—. Te vi por fin ir a una isleta del lago, y espadear con un tipejo bien parecido y ricamente vestido. Le perdonaste la vida, pero nos enteramos que era un tal conde de Ferblanc, que dice es un jefe de los esbirros de la ley.

—No es esbirro, ya que manda en valientes llamados mosqueteros grises.

—Como tu digas, señor. ¿Sabes que es también el amo de las llaves de una prisión cercana a tu lago? ¿Y sabes que siempre te siguen por donde vas tres mosqueteros grises? Al venir aquí pude darle esquinazo...pero, no te enojes, señor, si te digo lo que todos pensamos: sin ti el "Aquilón" no nos serviría, y sin ti no nos sentimos hombres, sino perros sin dueño.

—Pero ¡por vida de Belcebú! ¿A que me resultáis perillanes con ese repugnante órgano llamado corazón? ¿Lo que ha dicho el andaluz, es lo que me hubieras dicho si supieras hablar como una persona, “Cien Chirlos”?

El lugarteniente rascóse las peludas cejas.

—Pues... creo que sí, señor. Yo no quiero tener ese “repuznante orgáno” de que nos acusas, pero si nos quedamos sin ti..., pues, ¿que se nos da ya de vivir como... gusanos? Cuando a bordo ríes, señor, no me cambio por el más pintado de los mozos felices.

—Dame más vino, guapetón. Sois un hatajo de asnos sentimentales, aunque no lo parezca al ver vuestras jetas. Puedo decíroslo, ya que no se me escapa que desconocéis el sentido de la palabra “sentimentalismo”, aunque virilmente me lo demostréis. Bien; hablemos de una idea que tengo. Hay un caballero que no me es grato, y a la vez me es extrañamente imposible de odiar. Pero tengo que darle una lección. Me he empeñado estúpidamente en demostrarle que puedo más que él, y que mis jactancias las sostengo. Y mañana por la noche...

CAPÍTULO VII

La danza pirata

Lisa Souza, al terminar el último ensayo, enlazó su brasso alrededor del cuello del Pirata Negro y al acercarse Ferblanc que hasta entonces había asistido como espectador a los toques definitivos del "ballet", apoyó su otra mano en el antebrazo del conde.

—Estoy cierta, Humbert, que esta noche obtendremos un éxito sin igual y estoy muy ilusionada con las modificaciones que Carlos ha sabido introducir en la presentación de mi nuevo baile. Seré inmodesta, Humbert, pero necesito vuestro elogio. Decidme que no hay mejor pareja en el mundo que la que formamos Carlos y yo.

—Si te ha de contentar, así lo reconozco—dijo amablemente el conde. —Pero no olvides que el señor Lezama no es profesional del baile..., sino de las armas. Y que pronto nos dejará para ir a otros lugares donde reclamen las excelentes lecciones de su espada, ¿no es así, mi capitán de armas?

—Nunca sé qué me reserva el mañana, señor de Ferblanc, y quizás por esto sacudo el marasmo de la vida monótona. Hablando de otra cosa, como ya Lisa se ha sobrepuesto a la tragedia de la muerte de Hortensia de Saint-Mandé no ha tenido inconveniente en atender mi indicación de que el mejor decorado para su estreno de "La leyenda del lago" sea la isleta donde está mi pabellón. Ha enviado distintas invitaciones a los amantes de su arte, y esta noche a las once la Naturaleza servirá de fondo a lós maravillosos trenzados de Lisa Souza, la mujercita más linda del mundo.

—¿Os decidisteis por el pelaje de un fauno mitológico, o por la. semi desnudez de una fiera-hombre? ¿Quién saltará del árbol, señor Lezama? ¿Un descendiente de simio o un sátiro bailarín?

—¡Mucho mejor! — sonrió Lisa—. Es sorpresa... pero a vos, Humbert, no os quiero tratar como a los demás espectadores. Carlos vestirá de pirata. ¿Qué os parece la idea? Audaz y genial innovación, ¿verdad?

Humbert de Ferblanc palmoteo la mejilla de la portuguesita.

—Aquí te esperamos, Lisa. Vístete lo más bonita que sepas, porque vas a tener el disgusto de cenar por última vez con tu pareja de baile.

Ella parpadeó, enseriecido el semblante. Miró angustiada a Ferblanc.

—¿Qué queréis decir, Humbert?

—No has de ser egoísta, Lisa—dijo afectuosamente el conde—. Nuestro amigo Carlos te explicará durante la cena a la que os invito, las razones por las que, aún lamentándolo, debe abandonar París. Anda, vístete con tus mejores galas.

Ella contempló unos instantes al Pirata Negro esperando que hablase, pero Lezama fingió no verla. Sólo cuando Lisa Souza hubo desaparecido camino del vestuario, Carlos Lezama sonrió mordaz.

—Vais a quedar mal, Ferblanc. ¿Por qué dijisteis a la niña que yo iba a partir de París? ¿Quién os autorizó a hablar en mi nombre? ¿No sabéis que basta que algo deseéis para que yo haga todo lo contrario?

—¿Vamos a jugar cartas boca arriba, señor... Pirata Negro?

Y el conde de Ferblanc al terminar de hablar cruzóse de brazos frente a su rival, que también cruzóse de brazos sonriente.

—Volcad los naipes, señor conde. Me hartaban ya vuestras alusiones y siempre he gustado de los juegos claros...

—Os dije que mi misión es investigar, y tengo nutridos archivos. En París llaman “el ejército de las sombras" a los hombres que destino a la labor de espiar. Son hábiles, supieron roscar el barniz del supuesto profesor de esgrima y hallaron la madera del Pirata Negro. Si os denuncio al rey nada os salvará del verdugo.

—Admiro vuestra osadía, señor de Ferblanc.

Humbert de Ferblanc echó hacia atrás su cabeza riendo en divertida carcajada,

—¡Sois magnífico, don Carlos Lezama! Vos... ¿vos me acusáis a mí de osadía! ¿Vos, que os metéis en París como si eso fuera un puerto antillano o una rada oculta del Caribe?

Digo que sois osado porque solo y cruzando los brazos habéis revelado quo conocéis mi identidad. Si pirata soy, ¿no comprendéis que antes que el verdugo cumpla su oficio os voy a quitar de en medio?

—Todas las salidas de París están cerradas. Mi ejército de sombras tiene orden de no dejaros salir. Permanentemente os siguen varios mosqueteros grises. Ayer noche os perdieron la pista cuando ibais tras un guitarrista con el que entrasteis en los laberintos de la Corte de los Milagros. ¿Curiosidad de viajero? Así lo creó. Pero sabedlo, señor pirata: a mí podréis matarme si tal es vuestro gusto, pero el verdugo os espera.

—Muchos verdugos hay por el mundo que me han esperado… y cansados de esperar han cogido silla y se han sentado. Recomendadle al vuestro que haga lo mismo.

—Al mío, no. Ya os tuve que corregir una vez: yo soy mero instrumento real. Pero esta vez no cumpliré con mi obligación. Es legendaria ya vuestra caballerosidad de pirata sin par; hay damas francesas que os conocieron en el mar y que de vos sólo hablan elogios. Quizás yo tengo una cierta debilidad por los que han elegido la vida aventurera. Sea como sea, he decidido que sea otro verdugo el que corte vuestro cuello. Esta noche os iréis de París.

—Sois generoso, Ferblanc, y quizás me fuera si tuviera la certidumbre de que en vuestra magnanimidad hay sólo viril gesto de hombre galante. Pero ¿no dijisteis que ibais a volcar el naipe boca arriba? ¿Por qué mantenéis boca abajo la dama de corazones?

—¿A qué os referís?

—A Lisa Souza.

Por vez primera leyó Lezama en el rostro de su antagonista una fría cólera, más peligrosa que cuantas amenazas verbales pudieran existir. Con demostración de un gran dominio sobre sí mismo, Ferblanc habló en voz baja:

—Me habéis estado provocando una vez tras otra. Tres muertes que merecíais os las he perdonado, por razones que no puedo razonar porque no las consigo comprender. Me heristeis en la mano y en el amor propio; os burlasteis de mí al cortejar a Hortensia, que os era indiferente, pero que por ser mía, la besasteis; y ahora lleváis la provocación hasta el terreno que ya no me es personal, al pretender bailar en burla pirata, cosa que genialidad de aventurero

será en las Antillas, pero que en París se paga con la cabeza. Pero ved lo que os digo: dispuesto estoy a olvidar esto, yo el hombre que nunca olvida las ofensas. Yo mismo estoy dispuesto a prestaros la salvaguardia de mi carroza hasta las afueras de París, que os cierra sus puertas de salvación… pero ¡por lo que más queráis en el mundo! No pronunciéis la menor palabra de humana galantería cuando de Lisa Souza habléis. ¡Os lo prohíbo, me oís! ¡Os lo prohibo!

—A mí nadie me prohíbe nada. Si de Lisa Souza al hablar, quiero hablar como se mienta a los ángeles, a vos sí os digo también que por ella precisamente, por la pureza de su alma de niña, por lo sagrada que me es, no quiero que vos tengáis sobre ella la menor idea humana. Oídme bien, ya no es terquedad de insolente loco, la que me hace quedarme; es que vos, mientras yo viva… no añadiréis en vuestra lista de “favorito de las damas” el nombre de Lisa Souza, porque yo, el Pirata Negro, os lo prohibo.

Humbert de Ferblanc echó otra vez hacia atrás la cabeza y su risa sonora fué creciendo en incontenibles carcajadas. Carlos Lezama frunció el entrecejo y amenazador bisbiseó:

—Por menos cantidad de carcajadas que las que acabáis de lanzar, he matado a varios hombres, Ferblanc.

—Y yo por… Luego continuaremos, Lezama. Ahí viene ella.—Y alzando la voz Humbert de Ferblanc añadió sonriente—: Te vestiste pronto, Lisa.

—¿De qué reíais tan a placer, Humbert? Nunca os oí reír tan alegremente.

—Espero que tu quisquilloso bailarín no se ofenda si te digo que lo considero graciosísimo.

—Favor que me hacéis, señor de Ferblanc. Pero tened en cuenta que algo quisquilloso soy cuando de hacer gracia se trata. No me importa que os riáis… si os doy permiso para ello.

—Pero… ¡Carlos!, no hables así a Humbert. Yo os quiero ver siempre amigos. Sois los dos únicos amigos de veras que tengo en París. Si me quieres como dices, pídele excusas al conde, y vos, Humbert, no os riáis si Carlos no lo considera oportuno. Daos las manos, señores. Yo lo ordeno.

Lo dijo con tal gracejo de niña mimada, que los dos hombres se encogieron a la vez de hombros. Pero fue Ferblanc quien tendió la

mano y tuvo que aguardar unos instantes antes que con manifiesta desgana el Pirata Negro rozara apenas sus dedos.

—¿Qué fué lo que os causó tanta risa, Humbert? Explicádmelo, mientras vamos a vuestra carroza. Dadme los dos el brazo.

Entre los dos hombres la talla esbelta de la bailarina quedó empequeñecida. Ferblanc miró de soslayo al otro lado de Lisa Souza.

—Le decía al señor Lezama que cumpliendo con imperativos de buen gusto estimaba que no debe usar ropaje pirata para bailar esta noche. Y me dijo que aunque le cortara el cuello el verdugo confundiéndolo con un pirata verdadero, él hacía lo que se le antojaba. Fué cosa que gracia me hizo.

—Si a mí se me antojó obligarle a bailar conmigo—dijo ella con infantil petulancia—, libre es de que se le antoje emplear el atuendo que mejor le guste, y no veo en ello motivo suficiente para vuestras risas, Humbert. ¿O es que, acaso, creéis que no sirve para dar la impresión de un pirata, raptando a una hada del bosque?

—Precisamente eso es lo que temo, Lisa. Que los espectadores tomen demasiado en serio su disfraz. Pero variemos de conversación. No parece gustarle a vuestro amigo — y mientras ayudaba a la bailarina a subir en los asientos de su carroza, Ferblanc añadió: —Tened en cuenta que ya van impresionados los espectadores, dado que en el lago ocurrió no ha muchos días la tragedia en que Saint-Mandé perdió a su esposa y fué desvalijado por el Fantasma Gris.

Sentados a ambos lados de la bailarina y cuando la carroza se puso en marcha, Carlos Lezama dijo con sequedad:

—¿Me aceptáis una sugerencia, señor de Ferblanc?

—Tengo por costumbre escuchar siempre con mucha atención todos los consejos y sugerencias. Se evita uno así grandes contrariedades.

—¿Habéis pensado en que sea él propio Sain-Mandé quien fingiera ser desvalijado y matando a su esposa vengara lo que vos y yo sabemos debía vengar no en ella, sino en otros dos personajes que ambos conocemos muy bien?

—Achacáis mucha tortuosidad al linfático Jean de Saint-Mandé... aunque había ya pensado en ello. Es posibilidad que tengo en cuenta.

—¿Y no puedo ser él quien oculta su rostro bajo el pañuelo gris que quiere fingir una calavera? Tanto Lisa como yo distinguimos perfectamente e1 tricornio del Fantasma.

—Os garantizo que el bandido llamado Fantasma Gris por el pueblo, no ha matado a Hortensia de Saint-Mandé. Os garantizo que él fué quien desvalijó las vitrinas de joyas del castillo del lago. Y creo que pronto estaré en condiciones de asegurarle al rey que fué Sain-Mandé quien aprovechando la cercanía del Fantasma Gris mató a su esposa.

—Me dais miedo, señores—intervino Lisa—. Habláis de muertes, robos y del Fantasma Gris con una frialdad impropia de los honestos caballeros que sois.

—Ahí tenemos a la ardiente defensora del bandido generoso—dijó sonriente Ferblanc—. ¿Por qué será que todas las damitas coinciden siempre en admirar secretamente al aventurero que aunque sea ladrón las fascina si sabe ser un bribón elegante? Basta que el Fantasma Gris haya repartido la décima parte de lo que roba entre algunas pobres familias necesitadas para que todas las mujeres lo consideren un varón noble y serian capaces de protegerle si les pidiera amparo.

—Se lo diré en tu nombre, Lisa— comentó Ferblanc — cuando tenga el placer de acompañarle, como es mi deber, camino del cadalso.

—¿Por qué sois tan implacable, Humbert?—y ella cogió entre las suyas una mano del conde—. Todo París habla de vuestra rectitud. Se hacen lenguas de que pudiendo obrar como todos los demás palaciegos que ocupan altos cargos, no aceptáis dádivas ni hurtáis fondos del Estado, cosa que todos hacen. Sois insobornable, pero... a veces deberíais ser menos rígido, y si vuestro ejército de las sombras captura al Fantasma Gris deberíais darle a él las serrecitas para que se escapase. Os lo agradecería mucho yo.

—No me tientes, sirenita angelical. Me temo que me sobornarías. Por ti y no es fácil adulación de cortesano, tengo la certeza de que ofrecería mi propia carroza a cualquier perseguido por la ley. Hemos llegado. Vos primero, señor Lezama. Es muy natural que en vuestro brazo se apoye vuestra compañera de danzas.

En el lujoso saloncito del “Royal” donde aguardaba ya una mesa

puesta con todo el refinamiento y gastronomía del mejor restaurante francés, Lisa Souza, tras sentarse, asió por la manga de su casaca a Humbert de Ferblanc.

—Vos a mi izquierda, y tú, Carlos, a mi derecha. Ahora que nadie nos oye, os tengo que regañar por haberme dado un disgusto. Me refiero a lo que asegurasteis de que iba a marcharse Carlos; vos lo afirmasteis, Humbert, y tú, Carlos, no lo negastes...

—No pienses más en ello—dijo Lezama—. Es asunto que el señor de Ferblanc y yo resolveremos a nuestra mutua conveniencia. La realidad presente es que faltan escasas horas para que tus invitados se reúnan en el lago de Saint-Mandé.

—¿Cursaste muchas invitaciones, Lisa?—interrogó Ferblanc.

—Bulli atendió a ese cometido. No pasarán de veinte los asistentes» ya que antes de presentarlo ante el rey, Bulli ha querido que nuestro audaz “ballet” sea refrendado por la aprobación o el rechazo de las autoridades más competentes en el terreno artístico. Lo de siempre: las grandes figuras de la moda que con su dictamen dan valor o lo niegan a lo que ellos presencian. Tengo plena confianza en que obtendremos éxito.

—Tú sola eres ya garantía de ello. ¿Aceptarás por buena mi actitud si en materia artística me concedes autoridad?

—¿Quién puede negarle autoridad al señor de Ferblanc?—dijo el Pirata Negro—. Sólo un loco pensaría en negar ese hecho evidente.

—Afortunadamente confío en que aun los más locos tengan instantes de lucidez... y de aquí a las once de la noche os quedan aún cuatro horas, señor Lezama.

Perpleja, Lisa Souza examinó a los dos hombres, que, ya variando la conversación no volvieron a aludir a hechos incomprensibles para la bailarina.

Y la carroza de Ferblanc llevóse a Lisa que pasaba a recoger a Bulli.

—Son las djez y cuarto, Lezama— dijo Ferblanc, cuando ambos, tras alejarse 1a carroza, se dirigían a pie hacia el bosque de Vincennes—. Os extrañará, puesto que yo soy el primero extrañado, en que tanto insista, pero es que me desconcierta ver el empeño que manifestáis por vano reto en provocarme, en ofrendar vuestra nuca al filo del hacha. Además de los veinte invitados, acudirán diez de mis mosqueteros grises. Los primeros compases que canten la danza

pirata, serán también los inicios de una melodía de muerte para vos. Si persistís, os detendré. Mirad que empiezo a hartarme de teneros tantas contemplaciones. No os dais cuenta que yo soy el conde de Ferblanc y mi palabra es ley porque hombre recto soy, y el rey en mí confía.

—Y es mi empeño que os deis cuenta de que yo atiendo a la ley de mi capricho y en mi buena estrella confío.

—Mirad que…—y Ferblanc se detuvo. Ensilló su caballo que un mosquetero gris acababa de traerle, y saludando a Lezama con seca inclinación de cabeza puso su caballo al galope.

* * *

A las once menos minutos, una veintena de personajes conspicuos en la corte y en las artes congregábanse en los sillones dispuestos en dos filas en las inmediaciones de la ribera del lago frente al pabellón.

Sólo estaba iluminada discretamente por linternas rojas que de los olmos colgaban, la zona de los espectadores. El clavicordio de Bulli y los cinco músicos ocultábanse tras el telón natural de un alto seto. El espacio elegido para “La leyenda del lago” era un trecho en anfiteatro de liso césped apisonado.

En primera fila, Humbert de Ferblanc, brazos cruzados, ostentaba un semblante grave. Presentía que ya nada podría impedir que el audaz aventurero corriera hacia su ejecución, porque no podría escapar al oculto círculo vigilante de los diez mosqueteros apostados por los alrededores de la isleta, fuera de la vista de los asistentes al “ballet”.

Oyéronse los primeros preludios de la música compuesta por Bulli; tenía arpegios de misterio que se adaptaban perfectamente al ambiente nocturno y susurrante del lago, y en la obertura algunos compases de honda sonoridad y ritmo apasionado hablaban de la aparición del deseo viril en todo su primitivismo.

De pronto, en vez de la esperada aparición de Lisa Souza, la música cesó como silenciada bruscamente, y con ágil salto un individuo saltó al centro del césped destinado a servir de entrada a la bailarina.

Los espectadores miráronse sobresaltados, aturdidos por la inesperada presencia del recién llegado. Veían la clásica encarnación del pirata… Aretes de oro en las orejas, pañuelo rojo

anudado en la nuca, sardónica expresión burlona. Camisa roja abullonada, recias muñequeras de cuero, negras botas de vuelta mosquetera, la culata de una pistola asomando junto a la empuñadura de una daga en el cinto estrecho que soportaba la vaina de la espada.

Y la seca carcajada del incongruente personaje aturdió aún más a los espectadores. Ferblanc siguió sentado, brazos cruzados...

—El programa, mis distinguidos señores— habló con voz burlona el pirata, ha sufrido una ligera variación.

Tengo etendido que es moda en cierto genero de diversiones, que un actor se avance y exponga lo que va a ocurrir. Recibe el nombre de “Chismoso”. Haré sus veces. Habíase proyectado una danza en la que un pirata, servidor de vuestras mercedes, debía bailar al son de flautas y cuerdas. La primera idea era satisfacer el capricho de un Angel y por ello consentí yo en servir de diversión a un grupo de ociosos distinguidos. Ulteriores consideraciones me hicieron comprender que era irrespetuoso que yo, a quién conocen y temen en los mares porque soy el Pirata Negro, me dedicara a saltar y muequear ante un distinguido grupo de vagos perezosos.

Algunos de los oyentes pusiéronse en pie, murmuran incoherentes protestas. El Pirata Negro avanzó los dos brazos haciendo con las manos un ademán de apaciguamiento.

Humbert de Ferblanc continuaba inmóvil, expectante.

—La floresta circundante, señores míos, tiene extrañas sorpresas. Un día fue una calavera con tricornio la que andó por ella; poco después las mansas aguas del lago mecían una bella muerta... No quisiera que alguno de los presentes fuera zambullido algo violentamente en el lago.

Humbert de Ferblanc al oír las irónicas palabras del Pirata Negro plusóse en pie y anduvo hasta colocarse frente a su rival.

—Habéis colmado todas las medidas, Pirata Negro—habló con voz autoritaria y tajante—. ¡Daos preso en nombre del rey!

Y el conde desenvainó, imitado enseguida por Lezama, que besó ante él la hoja de su espada erecta ante el rostro.

—Si me presté a ser un actor tan convincente que con sólo verme, esa turba de lechuguinos—y con la barbilla señaló a los asistentes que agrupados expresaban un profundo asombro—comprendiera que soy el Pirata Negro debisteis comprender,

Ferblanc que me sabría rodear de los adecuados comparsas.

Siguió Ferblanc la dirección de los ojos del pirata. Lezama acababa de modular un doble silbido, y como por encanto, de entre, los matorrales surgieron unos andrajosos sujetos de aspecto poco tranquilizador, portando en la distra una pistola y en la zurda un largo puñal.

—No me negaréis, Ferblanc, que están bien caracterizados.

—Debo suponer que sería estúpido que solicitase a gritos la ayuda de mis mosqueteros.

—Suponéis bien. Son gente brava para la lucha frente a frente, pero nada pudieron cuando sobre sus lomos saltaron mis piratas. Tranquilizaos; no les mataron. Mis órdenes fueron que se limitaran a maniatarlos y amordazarlos. Son expertísimos en esta labor. ¡Sobran aquí esos señores, mis valientes!—gritó el Pirata Negro, riendo—, ¡Enseñadles el camino sin demasiada dureza! Buenos modales, bribones; ved que son la flor y nata de la Corte.

Los piratas dirigidos por “Cien Chirlos” y “Piernas Largas” no tuvieron más que avanzar lateralmente para que con paso poco majestuoso los veinte árbitros de la elegancia y el buen tono, se marchasen corriendo hacia la lancha que habíales traído al bosquecillo del pabellón.

Hincada la punta de su espada en extremo de su media-bota, Humbert de Ferblanc sonrió levemente. Pero sus ojos brillaban intensamente al decir:

—Casi habéis destrozado la carrera artística de Lisa, pirata. Los críticos nunca perdonan que no se les tributen elogiosas atenciones. ¿Dónde está Bulli?

—Atado y amordazado, como vuestros mosqueteros.

—¿Y sus músicos?

—En la misma postura.

—¿Lisa?

—Es asunto que ya no os incumbe. Olvidadla, porque nunca más la veréis por París.

Inesperadamente, Humbert de Ferblanc, el hombre cortés y bienhumorado, lanzó una salvaje imprecación y espada en alto, cargó contra el Pirata Negro.

Su ataque fué tan fiero que por espacio de medio minuto, con toda su maestría y dominio de la esgrima, violenta, Carlos Lezama

vióse apurado para lograr detener la impetuosa serie de estocadas y molinetes que Ferblanc prodigaba con férreo brazo. Al fin logró en un intercambio rápido de largas fintas mortales, hincar la acerada punta en la guarda de la espada enemiga, y trabando la cazoleta hacerla saltar de manos de Ferblanc.

La espada vibró en el aire trazando un arco, y el Pirata Negro la recogió hábilmente por la empuñadura. Reunió las dos espadas colocándolas bajo su sobaco izquierdo. Su diestra apoyóse en la culata de la pistola.

—¡Teneos donde estáis, Ferblanc! gritó secamente—. ¡Diablos, señor!

No puedo devolveros la espada, porque no quiero que ésta mi segunda lección de esgrima fuera definitiva. Habéis demostrado tal coraje y habilidad que puedo confesaros, si de consuelo a vuestro amor propio os sirve, que por vez primera, me he visto cerca de la derrota. Cargáis bien el hombro, señor, y vuestra espada es de magnífica clase cuando el odio la impulsa.

—¿Dónde está Lisa? — preguntó sordamente el conde.

El Pirata Negro examinó el semicícírculo de expectantes piratas.

—¡Acabóse el espectáculo, bergantes! ¡Desapareced! Id a aguardarme donde sabéis. El señor conde y yo hemos de conversar a solas.

Pronto oyéronse el tundir de los remos en el lago anunciando la partida de los piratas. En el césped alisado quedaron frente a frente los dos antagonistas.

—Primero os provoqué, Ferblanc, por capricho de... de pirata, si así se os antoja llamarlo. Después entre los dos demonios que somos, intervino un ángel. Una niña que es de nieve como un almendro en flor; ningún soplo de pasión puede mancillarla... y es por eso que nunca más la veréis. ¡Cuidado, Ferblanc! No perdáis el dominio de vuestra calma. Leo en vuestros ojos intenciones asesinas... y me estimo joven aún para morir... siendo yo quien apoya la diestra en una culata y vos vinisteis sólo con vuestra espada... y diez inocentones mosqueteros. ¿Tanto os había apresado en sus garras el deseo? ¿Quisisteis para vuestras canas la tibieza inmaculada de la portuguesita?

Humbert de Ferblanc lanzóse hacia delante en salto ágil. Abrazado al Pirata Negro ambos hombres rodaron por el suelo. Las

manos del conde llegaron al cuello de su contrincante...

El Pirata Negro tuvo que tensar todos sus hercúleos músculos para conseguir deshacxerse del abrazo mortal. Apoyó sus dos rodillas en los hombros de Ferblanc, inmovilizándole difícilmente. Rasgóle la casaca y le maniató dura y expertamente, aunque con gran dificultad por la enérgica resistencia del vencido.

Púsose en pie de un salto Lezama, mientras maniatado, Humbert de Ferblanc levantábase lentamente. Sus negros ojos centelleaban de odio.

—Apresúrate en matarme, Carlos Lezama— masculló el conde —. ¡Si en Dios crees, por Él te juro que he de llevarte al patíbulo!

—Mucho debisteis querer a la niña portuguesa cuando tanto odio me demuestran vuestros ojos y vuestras palabras— y encogiendose de hombros, el Pirata Negro, algo molesto añadió:

—Encuentro extraño que hombre como vos pierda tanto la calma, con solo oir mentar a la niña Lisa. Primero creí en vuestra honradez de miras con respecto a la niña, ya qie vos mismo me advertisteis que mentecato sería el hombre que la pretendiera con insana pasión de deseo.

Pero escuchadme: esta mañana vino a visitarme Jean de Saint-Mandé. Quería excusarse de haberme acusado; le dediqué lindezas insultantes esperando que sentiríase viril y me permitiría apalearlo. Pero no rechistó y no pude, por tanto, vapulearlo como habría sido mi gusto. Me afirmó que ya sabía que no era yo el Fantasma Gris, ni que tampoco a mí podía achacarse la muerte de Hortensia. Y sinuosamente lanzó veladas alusiones hacia vuestro apasionamiento por Lisa. Me contó que era hecho sabido en el “todo” París que vos mandasteis a buscar a la ignorada bailarina lisboeta, que vos fuisteis quien pagó los servicios de Bulli que la educó; y que por dos veces habíais herido gravemente en duelo a caballeros que pretendieron galantearla con excesivo ardor. Comprendí que Saint-Mandé, estipulándome enamorado de Lisa, quería suscitar mis celos para que yo os provocara. He preferido quitar de vuestro camino a la portuguesita. Por mí, ya satisfecho mi puntillo de loco orgulloso, podéis seguir siendo en París el favorito de las damas. Pero por lo que a ella la quiero, lejos de este continente la he de llevar, en lugar donde nunca podrá sucumbir a vuestras artes de ducho y paciente conquistador.

—No desperdicies la ocasión, pirata—dijo en voz baja Ferblanc—. Asegúrate bien antes de irte de que yo esté sin vida, porque las gradas del patíbulo subirás ayudado por mí, si en pie me dejas.

El Pirata Negro se encogió de hombros, arqueando las cejas.

—No lo comprendo, Ferblanc. A otro lo desataría, le daría la espada y lo mataría. A vos… no sé por qué razón, no puedo pensar en que mutuamente nos perforemos a estocadas. Vivid en paz, Ferblanc. Igualmente como os he dado una segunda lección, os anticipo que aunque dobléis las guardias de las puertas de París, nada me detendrá ya en mi camino hacia el mar. Si me recordáis… no lo hagáis con demasiado odio. Adiós.

Rápidamente, el Pirata Negro, con larga zancada, dirigióse al lago.

Humbert de Ferblanc en pie, manos atadas, vaciló por unos instantes. Cuando se cercioró de que estaba solo, cayó arrodillado, con el semblante crispado en mueca de intenso sufrimiento…

CAPÍTULO VIII

Dos bandidos en acción

Jean de Saint-Mandé disponíase a acostarse. La muerte de su esposa no parecía haberle afectado mucho a juzgar por su apacible sueño.

En la alcoba, por la ventana entreabierta, penetraba un resplandor lunar que siluetaba a lo lejos la erguida silueta amenazadora del castillo-prisión de Vincennes.

Una mano enguantada de gris terciopelo avanzó por la abertura de la ventana... Tras la mano un cuerpo aumentó el espacio de entrada...

Un tricornio gris cubría el horrendo cráneo de una calavera... Pero fué un robusto puño humano el que se abatió sobre el rostro del dormido Jean de Saint-Mondé que del sueño pasó al desmayo, y de la inconsciencia despertó para verse atado con sus propias sábanas al lecho. Bajo su barbilla una ancha tira de sábana lindaba con su boca abierta por el temor...

Sentado junto al lecho en un escabel, el Fantasma Gris habló con voz honda, velada por el pañuelo pintado que ocultaba su identidad.

—He oído decir que me acusas de haber desvalijado tus vitrinas, también reconozco que si gritas pidiendo auxilio o si a mí sigues acusándome de crimen que no cometí, pronto irás a re un irte con tu esposa. ¿Por qué eres tan indigno? ¿Por qué acusas al Fantasma Gris de crimen que sólo tú cometiste?

—¡Fué... fué el español profesor de esgrima quien...

—¡Calla, vil y abyecto cobarde! ¿Acaso me tomas por juez del rey?

—Sospecho que fué el conde de Ferblanc... porque era el amante

de mí esposa y dado su poder no me atreví a darle muerte en duelo —balbuceó nerviosamente el robusto gentilhombre.

—Das náuseas, Saint-Mandé. ¿No has oído decir que yo acato la valentía? Hombres han habido que no se han asustado por mi torpe mascarón, y por eso yo no trabé combate con ellos. Les dejé con sus joyas. Pero… los cobardes sólo merecen mi asco y que en su rostro plasme la figura simbólica de mi antifaz.

—No… no me des muerte, Fantasma Gris. Yo no volveré a acusarte…, ¡No me…! ¡Ten piedad! — y Saint-Mandé miró tembloroso la reluciente daga que el Fantasma Gris avanzaba hacia su cuello—. Hablaré… sólo para ti. Yo fui quien la mató… Sí, porque me vejaba dando su amor a Ferblanc y después concediendo sus besos que a mí me negaba al español del pabellón. Aquella noche después de cenar, mientras ella de nuevo se negaba a mis caricias, la estrangulé con lazo de seda…

—Este.

Y el Fantasma Negro exhibió en su mano izquierda el retazo de tela que había segado la vida de Hortensia de Saint-Mandé cortándole la respiración.

—Sí; éste—dijo dócilmente Saint-Mandé—. Y la eché al lago. Te vi andar por los alrededores… y después vi partir al español y la bailarina. Entonces llevé a Hortensia hasta el umbral del pabellón…

—Vine sólo en visita de curioso impertinente, Saint-Mandé. Me deleitan los comadreos de corte. ¿Qué hablan los chismosos acerca de Lisa Souza y el conde de Ferblanc?

—Puedes… ganar mucho oro en esto, Fantasma Gris— dijo ansiosamente y con servilismo Sain-Mandé—. Si raptas a la portuguesa, Humbert de Ferblanc te dará cuanto pidas, porque nadie ignora que el insensible favorito de las damas rinde pasión ciega a la adolescente portuguesa— y con risa bajuna añadió—:

La damita puede ser tuya, también si sabes…

El recio bofetón que el Fantasma Gris propinó en la boca del hombre tendido, llenó de sangre las comisuras de sus labios.

Y con rápido tirón, el Fantasma Gris cubrió la boca de Saint-Mandé con la sábana preparada en mordaza a ese efecto.

Los ojos de Saint-Mandé dilatáronse no solo de abyecto terror, sino también de infinita sorpresa. El Fantasma Gris acababa de separar por unos instantes el pañuelo que le cubría el rostro… Fué

un minuto y de nuevo la pintada calavera sustituyó el veradadero semblante del Fantasma Gris.

—Ya sabes quién soy, Saint-Mandé. Tu solo lo sabes y es secreto que a la tumba llevarás. Pronto en el lago flotará tu cadáver que portará la amoratada serpiente de este trozo de tela que tu hundiste en el cuello de tu esposa. Te mato por cobnarde y por vil, pero antes ya que mi personalidad conoces, aprende también otro secreto. El conde de Ferblanc conoció hace dieciocho años en Lisaboa a una dama y juntos vivieron un amor compartido que les dio dos años de felicidad. Ella se llamaba Alicia Souza, ¿comprendes? Y en recuerdo de aquellos dos años de felicidad, cuando murió Alicia Souza, Bulli, por orden y con dinero de Ferblanc, fue a buscar a Lisa Souza, la hija del conde Ferblanc, y mueres porque por tus venenosas calumnias hiciste que un pirata robase el único tesoro que posee el conde de Ferblanc.

Lentamente fué el Fantasma Gris arrollando prietamente alrededor cuello de Jean de Saint-Mandé la cinta negra.

—Hay seres que nacieron para ser atraídos por la aventura, por el vivir inquieto. Seres que pudiendo tenerlo todo, hallaron monótona la vida si no la arriesgaban continuamente. Como tú, yo habría podido vivir quietamente disfrutando la herencia paterna. Preferí recorrer el mundo y ya en París, para sacudir el marasmo de esperar muerte aburrida en lecho cómodo, elegí ser el Fantasma Gris que es venerado por muchas gentes. Tus joyas, Saint-Mandé, han hecho felices a pobres desvalidos... y tu muerte venga en parte el triste destino de Lisa Souza, la hija del conde de Ferblanc... ¡mi hija, maldito!

El último estertor de Saint-Mandé quedó ahogado bajo la tenaz opresión de la cinta de seda que había estrangulado a Hortensia de Saint-Mandé. Instantes después el lago mecía blandamente el cadáver del dueño del “Castillo del Lago”.

* * *

Lisa Souza intentó ver a través de las profundas tinieblas que la envolvían. Hallábase tendida en muelle diván...

Recordaba vagamente los últimos sucesos recientes. Veíase disponiéndose a consolidar las trenzas de sus chapines de baile, mientras sonaban los primeros compases de la música de Bulli. Y, de pronto, manos suaves pero en fuerte presión, habían cubierto sus

labios y, enlazándola sólidamente por el talle, la habían mantenido quieta.

Desde aquella posición había presenciado lo ocurrido desde la provocativa aparición del Pirata Negro su duelo con Ferblanc, y fué entonces cuando aún los dos hombres seguían enzarzados en violento corabate, que las manos que la aprisionaban la levantaron en vilo, llevándola a una lancha. Colocaron una capucha que le cubrió la cabeza, y, temblando de miedo y furor infantil, fué transportada, a través de muchos descensos por escaleras, hasta dejarla a solas en aquella reducida habitación obscura.

Oiase sobre el techo un chapoteo regular de monorrítmica cadencia. La humedad hizo comprender a Lisa Souza que se encontraba presa en uno de los innumerables subterráneos de París, y era el Sena quien con su deslizar producía el clapoteo encima del abovedado techo.

Una repentina claridad iluminó la habitación, y el Pirata Negro, cerrando tras sí la puerta, empotró en un aro de hierro la antorcha que llevaba.

—No hubo más remedio, mi niña—dijo cariñosamente, contemplando con afecto a la adolescente—. Ha sido un rapto simulado; tu eres mi dueña y yo tu esclavo, pero te llevaré lejos de París, a otro continente. Tendrás todo el oro que quieras, y sólo para mí bailarás. Al fin he hallado en ti la hermana que deseaba. Falta sólo que no me mires como ahora con ese recelo, chiquilla. Cuanto he hecho ha sido por tu bien. ¿Me tienes miedo?

Lisa Souza, sentada, habló despacio, recalcando las sílabas.

—¿Miedo? Te odio, pirata innoble,

—¡Bah, bah, mi niña! Eso son resultas de la impresión—dijo confiadamente el Pirata Negro, avanzando un paso—. Sigo siendo Garlos Lezama, tu amigo, tu hermano, por afinidad de simpatía amistosa.

—¡Eres el Pirata Negro! Y... ¿qué hiciste del conde de Ferblanc

—Fuerte empeño mutuo el que tenéis ambos. No pensáis en vosotros, sino en él, tú, y él en ti. Escucha, mi niña; hay cosas que deberías ignorar, porque eres rosa sin abrir. Pero debo decírtelas: has nacido para ser venerada, como se venera a la Virgen en los altares. Tu imagen está muy alta para que tu candor y pureza sea mancillados por humano deseo. Y por eso te aparté de Ferblanc.

Necesito a mi lado un cariño noble, puro, como el tuyo. ¿Nunca has visto en ensueños tierras desconocidas, paradisíacas, donde la felicidad anida porque olvidamos el tiempo y el pasado?.. Déjame olvidar con tu ternura de adoptiva hermana.

—¿Qué hiciste con el conde de Ferblanc?—repitió ella hoscamente.

—No pienses más en él, mi niña.

—¡Le quiero! ¿Me oyes?.. ¡Como nunca a ti podría quererte! Porque eres un malvado bandido cobarde, un asesino pirata. ¡Te odio y te desprecio!...

Quedóse ella en pie, imagen viva de los sentimientos que manifestaba.

Asombrado y dolido, retrocedió Carlos Lezama.

—Me escupes al rostro injurias que te perdono, mi niña, porque lógico es que me creas lo que no soy. Pero no merezco tu odio ni tu desprecio. Cuanto hice fué por tu bien, portuguesita. Loco me llamaba Ferblanc; loco soy cuando a ti te entronicé en altar sagrado..., y eres otro idolillo más con pies de barro. También la rosa tiene sus raíces en el barro. Humbert de Ferblanc tiene treinta años más que tú... ¿Cómo puedes quererle?

—Le quiero porque es hombre recto, noble y justiciero. Porque representa todo lo contrario de lo que tú eres...

—Cierto es que le llamabas Humbert con mucho afecto, pero nunca imaginé que era amor de mujercita casi núbil, sino afecto de criatura agradecida a las atenciones galantes de un caballero poderoso... ¡que a dos ha matado en duelo por ti! Escúchame, Lisa Souza: quieras o no, vendrás conmigo. Loco soy, y por locura no quiero que cometas la insensatez de sucumbir a las malas artes de un seductor profesional como Lo es Ferblanc. Yo en ti no veo a una mujer, ni como hombre te amo. Por eso mi conciencia nada me remuerde; no te rapta por Pirata Negro, sino que te ampara como Carlos Lezama. Lejos de aquí tendrás palacio y cuanto desees: vivirás feliz, y algún día me agradecerás lo que hoy rapto te parece. Y por contento me daré si me confiesas entonces que ni me odias ni me desprecias.

Era tal el calor y la convicción con la que hablaba el habitualmente chancero y burlón pirata, que Lisa Souza volvió a sentarse, distendiéndose su cuerpo presto a defenderé y arañar al

hombre que la desconcertaba ahora con aquellas palabras impropias de un bandido sin alma.

—Si a la fuerza contigo me llevas, no sobreviviré — dijo despacio y casi en susurro huraño.

—¡Por lo que más quieras, Lisa! Ten fe en mí; ningún propósito llevo que confesar no pueda con la frente muy alta. Eres niña que desconoce el sortilegio embrujador de París y sus galanterías. No naciste para ser cortesana dorada, sino para ser mujer honesta, porque tu carácter es noble. Pero a la larga aquí sucumbirías... Ferblanc... ¡qué más da!..., otro cualquiera mancharía tu inocencia...

—Humbert de Ferblanc me defiende contra todos.

—¡Insensata! Ycontra él ¿quién te defiende?

—Nu puedo decírtelo..., pero sé, con toda mi alma lo afirmo y juro, que solo bienestar y bondad de Humbert Ferblanc espero.

La carcajada burlona y exasperada del Pirata Negro irritó a la muchacha.

—Si ridículo es invocar sentimientos en un pirata—y ella se levantó con digno furor—, invoco lo imposible..., pero no te rías de la palabra que todos deban venerar.

—¿Qué palabra, chiquilla?.. ¿El amor por un cincuentón elegante?

—¡Te odio! No hables así de quien es... mi padre.

Y mientras ella quedaba en pie, retadora, el Pirata Negro fué retrocediendo, hasta que quedó adosado al muro húmedo, junto a la antorcha. En su frente se dibujaron diminutas gotitas de sudor, pese al frío recinto.

—¿Qué has dicho?—preguntó roncamente.

—Lo que nadie sabe... Lo que el mismo conde de Ferblanc ignora. Porque él no sabe que Bulli un día me confesó la razón por la que yo debía querer con toda mi alma a Humbert de Ferblanc. Porque él no quería que yo conociera mi origen ilegítimo, ni que mi madre, que en el Cielo esté pudiera avergonzarse de haber cedido el amor de Humbert de Ferblanc allá en Lisboa, hace dieciocho años..., y fruto de aquellos amores yo soy. Y me enorgullezco de mi madre, pero para no disgustar al conde ni delatar a mi buen Bullí he seguido fingiendo que ignoro mi origen. Ríete, pirata, ríete y burlate cuanto quieras de mí, que soy la bastarda del conde de Ferblanc, lo cual no me importa para que a él le quiera con toda mi

alma.

—¿Reírme, niña? Ganas me dan de apuñarme la boca hasta destrozármela por haber hablado como lo he hecho cuando hace poco me separé de Ferblanc.

—Yo... no te puedo comprender. Tienes gestos de pirata villano y otros que parecen de caballeroso aristócrata. Me arrancaste confesión que nadie en París sabe... ¿Por qué te he hablado así? A ti me he entregado porque ahora puedes exigir a Humbert de Ferblanc rescate. Pobre es, porque es probo, pero por mí yo sé que robaría si preciso fuera.

—Mi destino es reírme de mí mismo—dijo el Pirata Negro con amarga sonrisa—. Cuando en ti hallo afecto fraterno y pienso olvidar mi pasado tormentoso, una pirueta burlona de mi sino me arroja de nuevo a la vida que me ha señalado ya con su marca imperecedera. Bien—y la mano algo temblorosa del Pirata Negro cubrió por unos instantes su rostro al pasar por su frente, sus ojos y sus labios, en gesto que resultó hondamente patético por su oculto sentido de íntima pena—



Adiós mi niña...

Coge tu capa, Lisa Souza; hace frío afuera.

—¿Dónde... dónde vamos?

—¡Al infierno! No preguntes más ni hables más, niña. Ya no soy Carlos Lezama, al que tú... tú llamabas Carlos... Cubre tus hombros y ven conmigo. El conde de Ferblanc no merece que un pirata

innoble siga atormentándolo.

Lisa Souza, calladamente intrigada y a la vez sintiendo una absurda y repentina confianza, aceptó lar mano que le tendía el Pirata Negro.

Salieron del cerrado aposento, y estalló en todo su vigor salvaje el colorido de harapos, frascos de cristal, risas de astrosos mendigos, peleas y danzas de la Corte de los Milagros.

Silenciosamente, una quincena de hombres formaron una escolta, que como muralla viva acompañó hasta el exterior de la ciudad laberíntica y subterránea al Pirata Negro y a la bailarina.

En la puerta de Saint-Denis el Pirata Negro señaló la cercana cancela abierta que conducía al París burgués y normal.

—Adiós, mi niña. Libre eres, y que la felicidad, la frágil mariposa diosecilla felicidad, se pose permanentemente donde tú estés.

Saludó a usanza pirata y dió media vuelta con brusquedad, desapareciendo en las entrañas que conducían a la Corte de los Milagros.

Lisa Souza empezó a andar hacia la ciudad con el semblante vuelto hacia atrás, guiándose con las manos tocando y resbalando por las paredes del malecón de Saint-Denis...

—"Leyenda del lago"—musitó—. Ha sido un sueño... un sueño...

CAPITULO IX

El ejército de las sombras

Thibaut “le Roi”, el elegido rey de la Corte de los Milagros, gritó con toda la fuerza de sus pulmones al ver entrar al Pirata Negro y sus hombres.

—¡Linda mocita, español! ¿Por qué la dejaste perder?

Las mujeres que rodeaban a Thibaut “le Roi” y su séquito rieron alegremente, intercambiando comentarios salaces. El Pirata Negro avanzó hasta sentarse frente al rey de la Corte de los Milagros.

—No vale intentar salirse fuera del círculo que respiramos, Thibaut, rey de bribones andrajosos. Recuerdo un muchacho que perdió medio brazo en el mar, y que decía que a veces queremos ser águilas y nos olvidamos que fatalmente el destino nos obliga a ser patos. ¡Gansos! ¡Trae vino, “Cien Chirlos”! Quiero invitar a Thibaut, el rey, y su corte de fementidos mendigos falsos...

Thibaut, cuarentón corpulento y listo, levantó una mano sucia imponiendo silencio a los que sentábanse en su mesa.

—No bebo contigo, español. No lo tomes a desaire. En mi corte la libertad impera, pero no quiero emborracharme contigo, porque tus ojos relucen mal. No piden vino para reír, sino vino para matar... Si pena tienen tus tripas..., tripas es lo que llamo yo a lo que otros llaman alma..., ahógalas en tu mesa y mátate con los tuyos. Aquí sólo reina la borrachera del bruto sin pena en las tripas.

—Me convence tu fina psicología mundana, Thibaut, “le Rói”... Y te obedezco, no por rey de oropel que eres, sino porque me diste acogida, sin preguntarme de dónde venía ni quién era...

—Libre es el hombre de elegir los vestidos que prefiera. ¿De pirata vistes y a piratas me huelen tus hombres? Allá tú y ellos. Si el guet viene a reclamaros por crímenes, tiempo te queda aún en irte.

Aquí no hallarás protección. Aquí se bebe, se ama, se canta y se componen falsos tullidos. Pero no amparamos al que mata por robar. ¿Hablo claro, español?

—Hablas como me gusta. Si el guet viene, me basto con mi espada y mis piernas para salir de esas cloacas. ¡“Cien Chirlos”! ¡Por nuestra última noche en la Corte de los Milagros paga nuestra hospitalidad! A bordo te devolveré lo que ahora repartas con largueza. Si Thibaut es rey aquí y manda en sus piojosos bergantes alegres, yo mando en mi bolsa. Vierte oro, que de nadie acepto yo lecciones sin pagarlas.

A regañadientes desenrollóse “Cien Chirlos” de lá cintura el grueso fajín, que tintineó en sus manos. Y al voleo, como el sembrador distribuye en campo abonado la semilla del trigo, lanzó relucientes monedas de oro.

Con exclamaciones codiciosas y gritos de avidez, grupos de combatientes revolcáronse por el suelo, luchando por cada moneda que rodando por el sucio suelo emitía ruidos metálicos que parecían burlonas carcajadas.

Thibaut “le Roi” sonrió satisfecho. No tenía que moverse: cada uno de sus gobernados debía entregarle la décima parte de lo que robaba o mendigaba.

El Pirata Negro reunió a sus hombres cuando “Cien Chirlos” hubo vaciado su faja.

—De dos en dos, y por caminos distintos, os abriréis paso hacia donde espera el “Aquilón”. Aprovechad el amanecer, cuando entran en la ciudad las carretas tiradas por bueyes que cargan heno. Abren las puertas y los bueyes tiran despacio. Ya nada nos queda por hacer en París..., y el mar me llama, mis valientes. Bebed o dormid, como queráis. Esa es nuestra última noche de París.

La orgía reinaba en la Corte de los Milagros cuando el Pirata Negro se deslizó fuera de la pululante mansión de los falsos mendigos, vistiendo, ya el atuendo con que había adquirido el pabellón del lago.

Eran las dos de la madrugada, y un frío seco y cortante obligó al Pirata Negro a embozarse más en su capa. Acodóse en el malecón mirando fijamente las negras aguas del Sena...

A diez pasos de distancia, en la tenue neblina dos sombras se inmovilizaron. El Pirata Negro miró de soslayo a su izquierda...

También a diez pasos de distancia dos otras sombras estaban inmóviles…

Bajo la capa jugó Lezama con la empuñadura de su espada, dándole media salida. Fingió mirar el cielo estrellado mientras cruzaba la calle…

Las cuatro sombras fueron siguiendo sus pasos. Al volver de una esquina el Pirata Negro adosóse contra la pared rápida y silenciosamente.

Su puño izquierdo trabó contacto con un rostro, mientras la puntera de su bota chocaba duramente con el estómago de otra sombra…

Desenvainando hizo frente a la silenciosa acometida de las otras dos sombras que espada en mano abalanzáronse contra él.

—¡Ejército de las sombras!—gritó uno de los caídos—. ¡A nosotros!

El grito de contraseña movilizó a lo lejos escurridizas figuras humanas. El Pirata Negro, batiéndose con feroz reciedumbre, desarmó prontamente a los dos atacantes. Corriendo espada en mano atravesó la calle…

La calle de Saint-Denis, instantes antes completamente tranquila, convirtióse en un alborotar de carreras y amenazas… Acudían mosqueteros en marcial y acompasado andar…

El Pirata Negro dió un salto acrobático, encaramándose en el parapeto malecón del Sena. Zambullóse como una saeta en el frío río…

Arriba, “el ejército de las sombras” continuó lanzando al aire su contraseña de alerta…

Con enérgicas brazadas fue avanzando en la obscuridad y en la viscosa agua el nadador hasta llegar a la ribera opuesta al malecón del que se había arrojado. Pisó el rellano inferior de la escalera que conducía a lo alto…

Toda la agilidad felina que poseía el Pirata Negro tuvo que ser puesta a prueba al esquivar el doble salto de dos sombras arrojándose desde lo alto sobre él.

Un rodillazo lanzó al agua al primer atacante; pero el segundo abrazábase tenazmente al escurridizo cuerpo chorreante del Pirata Negro… Acudían más sombras grises en veloces carreras que resonaban en el empedrado de las calles.

—¡Ejército de las sombras! ¡A nosotros!

—¡Malditas sombras!—rugió el Pirata Negro, mientras, levantando en vilo al que se aferraba a él, lanzábase en nueva zambullida.

Bajo el agua aplicó sus dos botas sobre los hombros de su tenaz enemigo, y en violento empujón separó de sí el cuerpo adversario.

Nadó vigorosamente río abajo, dejándose ayudar por la fuerte corriente. Alejábanse ya los gritos de contraseña y las pisadas...

Al fin, chorreante y fatigado, pisó suelo firme el Pirata Negro. Una nueva sombra saltó sobre él, espada en mano...

El centelleo del acero permitió al perseguidor saltar de costado, evitando por pulgadas la mortal estocada.

—¡Pesadas sois ya, sombras malditas!—dijo el Pirata Negro, desenvainando y atacando la hoja enemiga—.

Y, tentándose a fondo, el Pirata Negro desarmó a su enemigo perforándole el brazo derecho. Con el mismo puño de la espada aplicó un violento golpe en la frente de la “sombra”...

Instantes después, cargándoselo al hombro, anduvo en larga zancada hasta un cobertizo cercano que era almacén de las barcazas que navegaban el Sena hasta el mar.

En el desierto interior arrojó al suelo su carga humana, que gimió levemente. Era un hombre canoso de unos cincuenta años.

—¡Voto al diablo, abuelo!—gruñó el Pirata Negro—. ¿A qué te metes a “sombra”, si eres ya un esperpento de anciano?

El viejo sentóse en el suelo, apoyando sus espaldas contra el tabique de madera de la puerta cerrada. Parpadeó débilmente, para evitar que la sangre de la herida en su frente le cayera en los ojos.

Carlos Lezama “con su pañuelo restañó la brecha.

—Nada roto, abuelo. Y te lo merecías, ¡maldito seas! Tu estocada no iba destinada a acariciarme. Mucho te han de pagar cuando andas en lides impropias de viejo.

—Mi paga es escasa, pero gustoso lucho a las Órdenes del conde de Ferblanc, porque es recto, noble y justiciero.

—¿También tú proclamando las virtudes del conde? Mal estás para elogiarme a mí sus dotes. Si me querías matar, ¿no era por orden de él?

—Dijo que te apresáramos vivo, pirata. Pero te vi huir de todos, y era preferible tu cuerpo muerto, a un pirata vivo escapando.

—También es preferible un viejo charlatán vivo, a un cadáver nutriendo peces de río. Te traje aquí porque tu ropa gris me va a servir. ¿Te quito la casaca o me la das de buen grado?

—Tendrás que quitármela... No puedo yo con mi brazo herido. Pero no escaparás, pirata.

—Cierra el pico, anciano. En peores me he visto, y sigo respirando.

Hábilmente desvistió el Pirata Negro al viejo.

—Hace frío, sombra canosa. Si te he desvestido, mejores ropas más abrigadas te daré. Y más lujosas. ¿Te gusta mi gorguera de encajes? Rica prenda, ¿eh?—y a medida que lo vestía iba hablando el Pirata—. Mejor te luce que tu ropa en mí. Temo que reventaré las espaldas de tu casaca, buen viejo espadachín.

—Eres tal como dijo el conde. Me llamó y me dijo: "Es un loco, mi fiel Francois. Que tus sombras estén advertidas que todo lo inesperado es de esperar en este pirata. Pero debemos apresarlo porque se ha burlado de la autoridad del rey". Y créeme, pirata; al hablarme casi parecía pesaroso de hacerte perseguir. Yo le conozco bien a mi señor. Llevo treinta y cinco años a su servicio. Era lacayo mozuelo a su servicio en la casa condal de su padre cuando él era sólo un niño. Mucho mundo he recorrido con él.

—Y mucho hablas, ¡repámpanos!— y enderezóse el Pirata Negro —. ¿Estuviste en Lisboa con él? ¿Sabes de sus amores con una dama Souza?

—Sé... ¿Y cómo sabes tú...?

—Soy mestizo panameño, y allí hay muchas brujerías—dijo burlonamente el Pirata Negro.

—Sí las hay—dijo el anciano, asintiendo con la cabeza—. Cuando acompañó al conde y su dama sevillana al monte de Chiriqui, aprendí extrañas costumbres.

—¿Chiriqui? — y el Pirata Negro, que se dirigía hacia la puerta, volvió sobre sus pasos—. ¿Qué fuiste tú a hacer en Chiriqui?

—Acompañaba a mi señor y a su dama sevillana, a la que raptó de Andalucía. Estuvimos allí cerca de un año... En la aldea de Boca de Toro.

Nerviosamente el Pirata Negro asió fuertemente por el brazo herido al charlatán.

—! ¡Sigue hablando! ¿Qué pasó en Boca de Toro? ¡Pronto,

habla!

—Razón tenía el conde al decir que tú estabas loco. ¿Pues no tienes el rostro blanco como sudario de muerto?..

—¡Habla!—fué sólo una palabra, pero dicha en tono tan estremecedor, que François sintióse atacado de repentina y abundante rapidez elocuentísima.

—¿Qué pasó en Boca de Toro? Pues que siguieron los amores de la sevillana y de mi señor. Nació un buen mozo pataleante y peleón. La sevillana desapareció un día misteriosamente, y el conde, desesperado, porque mucho la amaba, fué tras ella. Y dejó al niño a la custodia de una mulata nodriza.

—¿Se llamaba?—preguntó vacilando y apoyándose en el tabique el Pirata Negro.

—Algo así como "Pequeña Madre Firjoles". No sé ya fijo... ¡Hace tanto tiempo!...

—¿Mamita Frijoles?—dijo el Pirata Negro, temblando a sacudidas.

—¡Eso es!... ¿Y cómo sabes tú eso? ¿También por brujerías panameñas?

El Pirata Negro no contestó. Pasóse las dos manos por el rostro sudoroso. Y ni oyó siquiera la voz de François decir alegremente:

—Cumplí mi misión, señor. Entretuve al pirata contándole cosas que parecían interesarle..., y aquí lo tenéis.

En el umbral del caserón, con una pistola en cada mano, el conde Humbert de Ferblanc apuntaba cuidadosamente al Pirata Negro.

La voz de Carlos Lezama pareció brotar de muy lejos cuando, aún vuelto de espaldas al recién llegado, murmuró:

—También eran ejército de las sombras las voces ocultas que insistentemente a París me llamaban...

Con repentina resolución dió media vuelta y se encaró sonriente, en inmenso esfuerzo, con el hombre que acababa de saber era su padre.

CAPÍTULO X

La audacia vencida

—Buenas noches, Pirata Negro—saludó amablemente el conde de Ferblanc—. Lo siento, pero en nombre del rey os detengo. ¡Vosotros!—gritó a varios mosqueteros que entraban—. Atended al herido. Gracias, mi buen Frangois. Siempre luchando como un valiente. ¿Se portó bien contigo el pirata?

—Teníais razón, señor. Está loco— dijo desde el suelo el viejo—. Me vistió para que no tuviera frío y se puso a charlar conmigo...

—¡Es gracioso este viejo!—dijo el Pirata Negro, brazos cruzados sobre el pecho—, Me acusa de charlatán y de vestirle. Sin embargo, él fué quien habló y a él fué a quien desvestí.

Humbert de Ferblanc parecía decepcionado. Miró con fijeza al Pirata Negro, sonriendo burlonamente.

—Las tornas han cambiado, pirata. Me desilusionáis; esperaba que me recibiríais disparando.

—Mojóse mi pistola en el río.

—Esperaba que me dierais una nueva lección de esgrima.

—Os acompañan demasiadas... sombras.

—Oh, no me ofendáis, mi capitán de armas. Siempre soy yo quien personalmente detiene... En fin, debo cumplir con mi deber. No riáis si os digo que creo en vuestro honor de aventurero loco. Si me dais vuestra palabra de no huir, os evitaré la humillación de ordenar que os aten.

—¿Tengo yo cara de huir al destino? Os doy mi palabra de... loco que no pienso huir. ¿Os basta?

—Sí; siempre hago caso de las corazonadas. Y aunque no comprendo el porqué, leo en vuestro rostro una extraña desesperación; algo así como si por insensatez no quisierais ya

luchar nunca más. En fin..., mi misión es cumplir las órdenes del rey. Hacedme el honor de precederme hacia la carroza enrejada que aguarda. ¡Señores, rindan honores! ¡Preso del rey, pero preso con todos los honores que se deben al hombre valiente!

Los mosqueteros grises besaron sus espadas formando una avenida humana, por entre la que desfiló Carlos Lezama seguido de Ferblanc.

Entraron ambos en la carroza fuertemente consolidada con aceros y rejas por ventanillas.

Apenas la ambulante prisión-carroza púsose en marcha, inquirió Ferblanc, colocándose las dos pistolas en su cinto:

—¿Sabéis dónde vamos, señor Lezama?

—¿A qué tanta mojiganga?—estalló casi salvajemente el Pirata Negro—. ¿Por qué obligar a vuestros mosqueteros a saludarme? ¿Por qué llamarme ahora “señor”?

—Es señor por título propio quien, al borde de un abismo, sabe recuperarse a tiempo. Me refiero a... Lisa Souza. Os lo agradezco, señor Lezama.

—No lo tengáis en cuenta. Fué una insensatez más de las mías.

—No pretendáis borrar con palabras insulsas lo que es una generosa acción. Lamento no poder olvidar que desafiasteis el poder del rey... si he olvidado ya que me desafiasteis a mí.

A ambos lados de la carroza sendos espejos reflejaban los dos perfiles. De soslayo estudió Lezama las cejas arqueadas, la nariz breve y aquilino, la enérgica barbilla del conde de Ferblanc. Y se vió de pronto mirado por los negros ojos idénticos a los suyos.

—Echo de menos vuestra insolencia, señor Lezama. Observo un extraño abatimiento en toda vuestra persona, y no lo atribuyo a temor, porque seguro estoy de que no le teméis a la muerte que os espera.

—Estamos solos, señor. Más tarde... os demostraré que si en vida un insolente fui, para el verdugo sabré reservar mis últimas insolencias. Pero, decidme, ¿vos creéis en el destino?

—Sí. Todo está escrito en libros que una mano superior llena dictando cuanto nos ha de suceder. Vos nunca pensasteis terminar vuestra carrera de hombre libre en París..., pese a mis advertencias.

—Tenéis fama de hombre recto y justiciero. Los piratas tenemos renombre de sanguinarios canallas. ¿No es lógico que el destino me

llamara a París para que vos me condujeseis al cadalso?

—Os ofrecí el camino de Burdeos, porque tengo relación de vuestra ejecutoria. Y no sois más que un aventurero generoso..., ¿cómo diría yo?.., una especie de Fantasma Gris.

—Alto ahí, señor. Decapitándome a mí morirá el Pirata Negro, pero seguirá en vida el Fantasma Gris. No os confundáis.

—No me confundo. Vos sois solamente el Pirata Negro..., así como yo soy Humbert de Ferblanc. ¿Qué fué lo que os contó Frangois que tanto os hizo demorar vuestra huida a mis sombras?

—Me habló de un viaje vuestro a Panamá; es tierra que conozco superficialmente. Según parece, señor, vuestro escudero o jefe principal de vuestras sombras os conceptúa un insuperable conquistador. Me habló de Cierta sevillana que llevasteis a Panamá...

—Renace vuestra peculiar insolencia, Lezama—dijo secamente el conde—. Demasiado viejo es Frangois para que le tunda a palos...

—¿Viejo él? No andaréis vos lejos de su edad. Yo tengo treinta y dos años... Casi podría ser hijo vuestro.

—No me envejezcáis tanto. En fin, mi capitán de armas, a un hombre que va a morir se le puede confesar la edad, y no ser como las viejas coquetas, que año que pasa, año que olvidan. Tengo exactamente ahora cincuenta años justos. Y si creisteis ofenderme al decirme que yo podría ser vuestro padre, no lo habéis logrado. Antes que a un mequetrefe poltrón de cortesano, os preferiría a vos por hijo. Os lo puedo decir porque a solas estamos. Pero malas migas habríamos hecbo, señor Lezama. Tenemos dos temples semejantes, mucho orgullo y... mucha impertinencia.

Garlos Lezama volvió el rostro, fingiendo mirar hacia la ventana enrejada.

—Nos dirigimos al castillo-prisión de Vincennes, Lezama. Os advertí que era vecindad peligrosa.

—En efecto—dijo sin volver el rostro el Pirata Negro—. Tuvisteis para conmigo sensatas prevenciones, casi... ¿cómo diría yo?.. paternales.

—Seguid echándome en cara mis cincuenta años. Ninguna dama nos oye. Pues sí, mi joven capitán de armas, os advertí con tanta insistencia porque..., no sé, quizá por admiración a vuestra valiente actitud de suicida. Y quizá porque, siendo cortesano, envidio

secretamente la vida aventurera de los bandidos generosos. Romántico que soy; confesión que os hago porque a solas estamos.

—Por la misma razón os puedo decir lo mismo, señor de Ferblanc. Bien, diviso ya el castillo del que sois gobernador—y ahora volvió el rostro Lezama para mirar fijamente a su guardián—. ¿Me guardáis rencor?

—¡Oh, no!—dijo sinceramente Ferblanc—. Lamento tan sólo que vuestra insensatez os hiciera desoír mis consejos.

La carroza se detuvo; entre una fila de mosqueteros grises que habían seguido al galope, el Pirata Negro pasó el puente levadizo, que cerróse con ronco rechinar tras él y Ferblanc.

El patio del castillo-prisión estaba iluminado. Veíase al centro las gradas que conducían al patíbulo, en cuya plataforma elevábase el tronco ancho que servía para apoyar la cabeza de los ajusticiados.

—La "barbería" siempre está abierta en esta mansión, ¿no es así, señor de Ferblanc?

—Olvidadla. Son las cuatro de la madrugada; hasta las seis... ¿Me hacéis el favor de precederme?

—¡Vos primero, diablos! ¿Sois o no el dueño de esta choza? Menos cortesanías. Parecéis olvidar que habéis apresado a un pirata y no al duque de Leicester.

—Para mí no hay más título que el de los actos.

—Frase también mía, pero mal lo demostráis, ¡caramba! ¿Es por mis actos que me lleváis a la degollina?

—Hay orden real que dice que todo pirata o corsario extranjero apresado en suelo francés será decapitado tras serle leída la sentencia por el Tribunal de Mar. Por esa ley os he apresado; por vuestros actos caballerosos es para mí deber trataros con las cortesías que ni al propio duque de Leicester concedería.

Entraron los dos en amplia sala lujosamente amueblada. Señaló Ferblanc un confortable sillón tapizado ante una mesa-despacho.

—Es mi sala particular, mejor dicho, la sala del gobernador del castillo.

—¿Es que no tenéis celdas, o vuestras mazmorras están todas llenas?

—Del rey, señor Lezama... Las mazmorras del rey. Sentaos, si lo tenéis a bien. Dentro de media hora se reunirán los cuatro componentes del Tribunal de Mar, que han sido convocados con

toda urgencia. ¿Deseáis cenar o tomar algún refrigerio?

—¿Paga el gobernador?

—Invita el conde de Ferblanc, señor Lezama. Yo no os guardo rencor. ¿Me lo guardáis vos a mí?

—Como gobernador y jefe de las sombras no os tengo mucha simpatía. Pero como... Humbert de Ferblanc no os guardo ningún rencor. Aceptaría un buen jarro de champán. Es vino elegante, y vos sois un prodigio de elegancia.

—Gracias por el elogio de quien tan elegantemente espera el amanecer—y hablando agitó Ferblanc una campanilla que cogió de encima su mesa—. ¿No deseáis comer nada?

—Me quita el apetito pensar en la cercanía del amanecer—sonrió Lezama—. Me contentaré con beber.

Cuando el lacayo de librea militar que entró portando bandeja con sendos jarros de espumoso hubo salido, Ferblanc bebió un sorbo, imitado por el Pirata Negro.

—Bien; debo conduciros ante el Tribunal del Mar. Os aguardan. Son gente severa, pero no hagáis demasiado caso de cuanto os digan. No os escandalicéis si os insultan.

—Espero que los escandalizados sean ellos. He recuperado ya mi temple normal.

El Tribunal de Mar lo componían cuatro antiguos marinos retirados, cuya única competencia estribaba en juzgar y sentenciar a los piratas o corsarios que en suelo francés cayeran presos.

Sentados tras la ancha mesa recubierta de negro terciopelo en el salón de juicios del castillo-fortaleza, quitáronse cortésmente los tricornios al entrar en la sala el conde de Ferblanc, quien, devolviendo el saludo, sentóse en el sitial que le pertenecía como gobernador de la fortaleza.

El presidente del tribunal contempló unos instantes al acusado, que en pié en el estrado frente a ellos cruzóse de brazos.

—Breve ha de ser tu sentencia, pirata. Por la investigación que como secretario real del orden interno el excelentísimo señor conde de Ferblanc ha realizado desde que tuviste la imprudencia de pisar...

—Falta una “orre” on vuestra frase, presidente—sonrió Lezama.

—No interrumpas al presidente, pirata—gritó otro de los jueces.

—Dijo “impudencia” al calificar mi acción de venir a París, que

fué “imprudencia”. Podéis continuar, presidente. Os autorizo.

El presidente intercambió una escandalizada mirada con sus colegas de tribunal.

—Por tu imprudente impudencia de venir a la misma corte, y desafiar la autoridad de Su Majestad el Rey, quedó revelada tu personalidad de tristemente famoso Pirata Negro. Compulsando archivos, se te demuestra que saqueaste la nave francesa “Marie-Jeanne”, que conducía lingotes de oro hacia las Antillas Francesas. ¿Reconoces ese delito?

—Lo reconozco. Di vida salva al capitán francés y sus hombres. No lo expongo para atenuar mi castigo, sino porque también a mí me place poner las cosas en su punto. Os autorizo a seguir, presidente.

El viejo marino tosió de nuevo intentando recuperar su calma.

—Incendiaste la carabela “Vengeance”, del corsario francés Gars el Albino.

—La incendié personalmente con gran satisfacción.

—¡Ejem! ¡Ejem! Y diste muerte a Gars el Albino.

—Dándole medios de defensa. Cuando los agotó le encadené y fui misericordioso con él. Sí él incendió mi sangre dando muerte a la mujer que yo por esposa había elegido, no quise que pereciera en el incendio de su carabela como antorcha viva. Y le di el plomo de gracia.

—Por esos tres delitos que reconoces con impudencia sin par, serás ajusticiado al amanecer. Nada de cuanto digas podrá alterar el veredicto que en nombre del rey voy a leerte.

Majestuosamente pusiéronse en pie los cuatro marinos, imitados por el conde de Ferblanc. El presidente quitóse el tricornio y desenrolló largo pliego. Aclaróse la garganta.

—¡En nombre de Su Majestad el Rey de Francia! Doy lectura a la real orden que condena a ser decapitados a todos los...

El Pirata Negro silbó melodiosamente unos compases marciales de alegre musicalidad.

—¡Imprudente!...—gritó uno de los jueces—. ¡Rspeta a...!

—¡Basta ya de rostros, severos!— gritó el Pirata Negro, brazos en jarras y apoyados los puños en las caderas—. ¿No habéis ya dicho que me queréis afilar el cogote? ¿A qué, pues, tanta lectura y golpes de tricornio y demás zarandajas?

—¡Es tu obligación...! — gritó el presidente con excitado ademán.

—Mi obligación es colocar mi cabeza en el yunque del verdugo. Y poseo más pulmones que vos, presidente. ¿Qué ley real puede obligarme a escuchar lecturas que mi real gana no quiere oír?

—Puedo ordenar que te encadenen.

—¿Me impedirá esto silbar?

—¡Mordaza para este truhán impudente!—gritó uno de los jueces.

Humbert de Ferblanc dió un paso hacia adelante y habló con mesurado ademán cortés, pero no exento de firmeza y sequedad autoritaria.

—Hago observar al dignísimo tribunal que no es obligación leer la circular de Su Majestad. Basta con la confesión del reo, que admite de buen grado sus delitos, y sabe con entereza disponerse a morir, en pago a haber elegido la profesión de pirata.

—¡No necesito defensa vuestra, señor!—murmuró el Pirata Negro.

—No es defensa. Nada puede salvaros de ser decapitado. Pero así como vos reeconocisteis haber dado muerte en leal combate al ex pirata Gars el Albino, el dignísimo tribunal reconocerá que en el archivo constan también actos caballerosos que no podemos enjuiciar, pero que hacen que solicite cierta benevolencia para el hombre que va a morir. Que el dignísimo tribunal estime la juventud del acusado y no vea en la insolencia más que gallarda actitud de hombre entero. Cualquiera de nosotros ha sido hombre de guerra, y la misma actitud tendría si le importunasen como a un reo vulgar.

El presidente y los demás jueces miráronse perplejos. Al fin cubriéronse las pelucas con sus tricornios.

—En consideración a vuestra calurosa intervención, conde de Ferblanc, atenderemos vuestro ruego. Ha quedado realizada nuestra misión. ¿Tiene el acusado algo que añadir?

—Que duerman vuesas mercedes a gusto. Trasnochar a esa edad es imprudente. He dicho imprudente, no impudente, señores. No me miréis, pues con tanto pasmo.

Los cuatro ex jefes marinos marcháronse, tras saludar rígidamente a Ferblanc. Susurraban comentarios que fácilmente

podían adivinarse.

—Bien, señor Lezama. Como secretario real de seguridad interna, debería manifestaros mi reprobación por vuestra actitud—sonrió Ferblanc. —Pero como particular os aplaudo. Yo hubiera hecho lo mismo. Muchas monsergas son éstas para mandar un hombre al patíbulo.

—Celebro que seáis de mi misma opinión. Bien, ¿qué tiempo falta?

—Escasamente media hora. Es mi obligación haceros compañía. Podéis escribir a quien deseéis. Os doy mi palabra de caballero de que cuanto selléis no será abierto y llegará a su destino.

—A nadie quiero escribir. Sólo de vos desearía un favor. Hay una quincena de bergantes que a mis órdenes han luchado. Son bribones granujas como yo, pero nunca han cometido crimen. Me aguardan al amanecer en la Corte de los Milagros. Sabrán abrirse paso, pero yo quisiera que vuestro ejército de las sombras no les impidiera salir de París.

—Daré orden de que les lleven un salvoconducto firmado de mi puño y letra.

—¿No es contrario a la moral de

un secretario real?

—Es lo que vos haríais si en mi lugar estuvierais. ¿Qué más deseáis?

—De esos buenos valientes, el más apestoso, fácilmente reconocible porque tiene rostro desfigurado por muchas cicatrices y responde al apodo de “Cien Chirlos”, me sirvió siempre con fidelidad sin igual. Quiero obsequiarle con mi velero. Hacédselo decir así. Que le digan que tropecé en escalón imposible de vencer. Y nada más me queda por legar.

—¿Vuestra madre, vuestro padre? El Pirata Negro miró por unos instantes al conde de Ferblanc. Tras sus espaldas blanquearon los nudillos de sus puños crispados.



—Soy huérfano, señor. Mejor que ellos no supieran nunca quién iba yo a ser andando el tiempo.

—Pláceme deciros, Carlos Lezama, que yo personalmente estaría orgulloso de vos.

—¿Lo decís con convicción, Humbert de Ferblanc?

El conde de Ferblanc avanzó impulsivamente su diestra. Las dos manos quedaron estrechamente entrelazadas. —¿Sin rencor, Carlos Lezama?

—Con gratitud, señor—dijo el Pirata Negro, manteniendo en su diestra la de su padre—. Vos habéis impedido simbólicamente que yo cayera fatalmente, un día u otro, en crimen que hasta hoy no he cometido.

—Casi... casi me arrepiento de haberos traído aquí, Carlos Lezama—y deshaciendo el apretón de manos, Ferblanc sonrió afectuosamente—. Ved, amigo; ahora puedo deciros algo que ignoráis. Lisa Souza es hija mía, y como a tal es mi único tesoro. Os llamaba cariñosamente Carlos. No sabrá vuestro fin, y os doy mi palabra que en su recuerdo yo avivaré la imagen del caballejo que ella conoció y adoptó casi como a un hermano. Y será mi deseo que

siempre, cuando de vos hable, os llame simplemente Carlos.

—Gracias, señor. Bien, bien; ¿no os parece que nos estamos poniendo algo sentimentales, señor? ¿No echáis de menos mi desfachatez? ¿Eso que el presidente llamaba impudencia?

—Bien lo corregisteis, Carlos... Lezama. Os ha perdido vuestra imprudencia. Pero, en fin, a lo hecho...

—...pecho. ¡Ah! Redobles de tambores y un toque de cornetín. No tocan mal vuestros músicos...

—Del rey, amigo mío, del rey.

—...pero prefería la música del buen Bulli. Presumo que deberemos salir, señor. El espectáculo que se prepara no podrá empezar, me parece, si yo no estoy presente.

—¡A Dios le pido que en igual trance tenga vuestra bravura!

Cerca los dos rostros, Carlos Lezama sonrió tenuemente.

—A vos nunca os esperará el verdugo porque sois proverbialmente recto y honrado. Pero aun si así no fuera, tened por seguro que me ganaríais porque sois... sois superior a mí en temple... y en años.

La última palabra la pronunció con cariñosa ironía.

—¡Diablos! — masculló Ferblanc—. ¡Es estúpido! ¡Vos sois el que van a ajusticiar, y yo soy quien me siento emocionado sin comprender la razón!

En el patio teñido de grises livideces un cuadro de mosqueteros formaba espada en mano. Los tamborileros de la fortaleza repiqueteaban sus fúnebres redobles.

Humbert de Ferblanc avanzó hacia las gradas del cadalso, donde el verdugo, apoyado en el mango de su hacha, aguardaba. Tras él, brazos cruzados, el Pirata Negro fué recorriendo el camino que le separaba del patíbulo.

—Algo fría la mañana, ¿no?—comentó Lezama, subiendo las escaleras—. La próxima vez que me invitéis a ese paseo, señor de Ferblanc, mandad encender fogatas. Sería muerte indigna el pillar una pulmonía.

El verdugo avanzó con una cordezuela en la diestra.

—¿Atarme, cortacuellos? — rió el Pirata Negro—. Si es tu obligación, bien está. Pero preferiría que te dieras cuenta que no es preciso.

—Dejadlo — ordenó secamente Ferblanc.

Aproximóse el Pirata Negro al yunque.

—Creo, señor de Ferblanc, que ya no podremos seguir peleándonos en esta tierra. Pero confío en otro mundo mejor, donde os pueda llamar menos ceremoniosamente y vos me llaméis simplemente... Carlos.

—Así lo deseo, mi valiente amigo. Dadme la mano.

—¿Ante todo ese público?

—Ante el mismo rey si preciso fuera, yo me honro en estrechar vuestra diestra. Si a la muerte os llevé, derecho tengo a proclamar bien alto que cuando os arrodilléis, por vez primera me arrodillaré pidiendo al Más Allá que nos conceda el reunimos algún día en tierra de almas, donde no existan vanidades y leyes humanas.

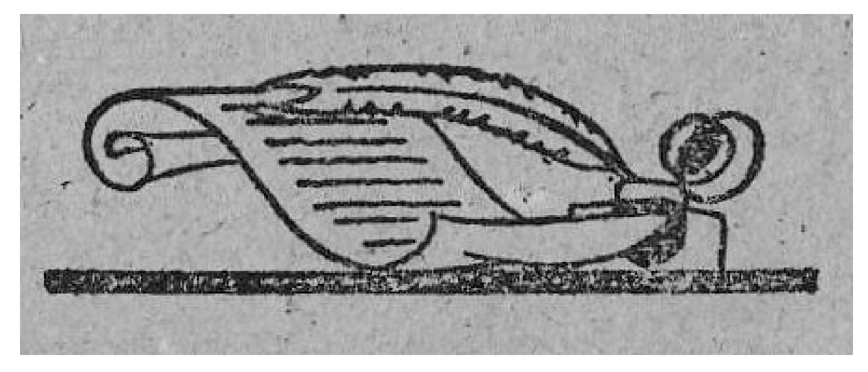
Al estrecharse ambos la mano fuertemente ante el asombrado verdugo, que aguarda, sonrió tristemente Ferblanc.

—Ridículo soy, Carlos Lezama. Como diríais vos: ¿a qué tantas monsergas, si yo mismo os he traído aquí? j, El ademán que dibujó en el aire la diestra del Pirata Negro al separarse de la mano de su padre fué extraño. Semejó una muda caricia destinada al hombro de Ferblanc. Retrocedió la mano, sonrió... y bruscamente arrodillóse, colocando su cabeza sobre el yunque.

Humbert de Ferblanc cayó hincado de rodillas... Rezaba por vez primera.

El verdugo alzó el hacha, y en el lívido amanecer los tambores enmudecieron, mientras el destello del hacha elevábase siniestramente...

FIN



Notas

[1] En 1700 dividiéronse los mosqueteros del rey en dos grupos: los mosqueteros negros eran guardia real, y los grises pertenecían al servicio de seguridad interior. Llamábanseles así por el color de sus atuendos y caballos. < <

[2] Ronda nocturna de vigilancia. < <

[3] Habitantes de la Corte de los Milagros<<